



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO

FACULTAD DE HUMANIDADES

TRAGEDIA Y EXISTENCIA EN MIGUEL DE UNAMUNO

TESIS

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE

MAESTRO EN HUMANIDADES: FILOSOFÍA CONTEMPORÁNEA

PRESENTA:

LUIS DE JESÚS MARÍN

DR. ROBERTO ANDRÉS GONZÁLEZ HINOJOSA

DIRECTOR DE TESIS

DR. MAURICIO ÁVILA BARBA

CO-DIRECTOR DE TESIS

DR. HERMINIO NÚÑEZ VILLAVICENCIO

TUTOR INTERNO



TOLUCA, MÉX., NOVIEMBRE DE 2018

Con dedicatoria a:
Francisco y Martha.
Verónica y Cinthia.
Dr. Juvenal Vargas.
Mtro. Fidel Argenis.
Mtro. Francisco Macias.
Dr. Roberto Andrés.

ÍNDICE

Introducción.....	4
Capítulo I. Tragedia, Terror y Telos	24
1.- La tragedia Unamuniana.....	26
2.- La concepción de lo trágico en Unamuno.....	58
3.- Asequibilidad e integración del terror y el horror	70
4.- El sentimiento trágico ante la infinitud y la finitud	80
Capítulo II. Existencia y facticidad en Unamuno.....	85
1.- El existir del hombre concreto y la existencia en el mundo	87
2.- La existencia ante el todo y la nada	101
3.- La idea del hombre más allá de la razón sustancial	115
Capítulo III. El misterio de la muerte	122
1.- El silencio como resguardo del misterio	136
2.- Destino del hombre y su fatalidad	147
3.- La esperanza.....	155
Coda	160
Bibliografía.....	164

Introducción

No es casual que la historia de la filosofía encuentre sus albores justamente en la tragedia, son muchos los testimonios que se encuentran a lo largo del tiempo, como ejemplo tenemos la tríada Esquilo, Sófocles y Eurípides, quienes nos entregan de viva voz la ininterrumpida y acuciante búsqueda de sentido, así como también las profundas reflexiones sobre la existencia, el *telos* de la vida humana; es decir, el estrecho lazo del que pende la relación de los hombres con la divinidad, con la naturaleza, y entre sí mismos, así como el periplo existencial en el que nos vemos inmersos desde los tiempos originarios, y nos permite intuir la perennidad de los problemas demasiado humanos. Luego entonces, la tragedia nos permite ver el gran número de problemas que posteriormente recuperará la filosofía, uno de ellos es precisamente el del destino.

Resulta claro ver que la tragedia no se separa del destino, más aún, mantienen una tensión constante, relación en la cual se encuentra la vida humana, enfrentando *su* destino, el propio, el de cada quien, su inevitable *sino*. Si bien son bastos los ejemplos de hombres de carne y hueso y personajes literarios que nos muestran el revés y el derecho del existir, encontramos a muchos de ellos tratando de eludir su destino y a otros enfrentándolo y dirigiéndose de una manera admirablemente heroica¹. Cabe señalar que un rasgo distintivo de la religiosidad griega es la creencia

¹ Cuando Nietzsche recupera el admirable sentido trágico de la vida en la antigüedad helénica atraído por la fuerza existencial plasmada en los héroes que enfrentan su ineludible destino, y que él equipara con el doloroso principio de individuación: Prometeo, Heracles, Edipo, Orestes, Electra, Filoctetes, Áyax, todos ellos comparten la ruptura del orden y la culpa *Hamartía* consistente en rebelarse ante su *sino* inexpugnable, la heroicidad de la vida humana es entendida pérdida de antemano pero que a su vez debe ser llevada hasta sus últimas consecuencias, el héroe trágico es tal en cuanto es capaz de reconciliarse con su existencia a sabiendas de su sufrimiento y lo más conveniente para el hombre es no haber nacido y de haberlo hecho morir pronto. Cfr. Sófocles, *Tragedias; Edipo en Colono* 1225. (Tr. A. Alamillo), Madrid, Gredos, 2015, p. 447. Nietzsche, Friedrich, *El nacimiento de la tragedia*, (Tr. Andrés Sánchez), Madrid, Alianza, 2007, p. 54. Píndaro, *Obras y Fragmentos, Píticas VIII* (Tr. Alfonso Ortega), Madrid, Gredos, 1984, p. 194. Roberto Calasso, *Las bodas de Cadmo y Harmonía*. (Tr. Joaquín Jordá) Barcelona, Anagrama, 2006, p. 246.

irrestric­ta en el destino, para los griegos el destino es una irrefrenable voluntad a la que no podemos rehuir y a la vez úni­camente queda tratar de comprender para aceptar su realización, ya que la auténtica sabiduría consiste en vislumbrar esa *hybris* que el hombre no puede controlar y a la vez lo controla. Por definición, el destino golpea sin previo aviso y es inherente, es indiferente a lo que el hombre pueda intentar para evitarlo, de ahí que todos ellos intenten comprender el enigma que significa la vida misma. El intento griego por atenuar los efectos del inexpugnable destino se refleja en la necesidad de atender al oráculo por ello resulta indispensable el tratar de develar, las palabras del dios, a través de la *pythia*; ya que de no realizar la certera interpretación se encuentra el funesto y terrible extravío existencial y por tanto la pérdida de la vida. A través del oráculo se intenta establecer el vínculo hombre-divinidad.

No sólo vemos a reyes enfrentarse a lo terrible y monstruoso, también a hombres padecer en carne propia la condición humana y lamentarse por no acatar el designio de la divinidad. Es por ello que la correcta tensión entre estas dos polaridades, la *hybris* y la lucidez humana, deriva en un optimismo trágico, por lo que la correcta interpretación de los designios lo único que posibilitan es la aceptación del sino existencial; sin embargo, bajo este panorama no podemos dejar de lado evidencia de que el hombre posee la capacidad de aceptar su propio destino; apelando a la lucidez, el gusto, el ingenio, la ironía, la cordura y sobre todo la consciencia de que en cada momento él mismo es irrep­etible. De ahí que hacer de la vida algo digno queda completamente a su alcance, sin prescindir de que debe afrontar y enfrentarse con el destino.

La tragedia muestra de manera contundente un entramado de reveses y destinos consumados, justo por eso se presenta como un latido constante de la conciencia que a su vez manifiesta la única certeza absoluta: la de

morir. Los ejemplos que nos brinda la tragedia son fatídicos, angustiados, atormentados; además se remontan al origen de una ofensa, falta u omisión, es decir a la ruptura del orden primordial. En consecuencia encontramos héroes y hombres que aún con la desgracia a cuestas, la fatiga, el sufrimiento, el dolor, mantienen el camino de la prudencia, la lucidez, el encanto por el calor del sol, por la calidez del cuerpo, por la brisa del mar, incluso la amistad como lazo de solidaridad, en los cuales el encuentro y el dirigirse mutuamente une sus destinos, los asemeja frente a los pesares del existir. Como hombres se debaten con esa mezcla de sufrimientos constantes y efímeros deleites, resonando la constante del riesgo de perecer, apocarse e incluso acobardarse en el momento decisivo del encuentro con el *hado*.

Baste para ello encontrar a un Áyax extraviado, fuera de sí, con una pena que le lacera, desgarrar y le conduce al suicidio; a un Odiseo nostálgico, anhelante de su patria perdida; a un Heracles enloquecido derramando su propia sangre al asesinar a su propia estirpe; la desmesura de los aqueos que es la perdición de los troyanos, en la que parece que los vencedores son merecedores de los más hermosos cantos al haber alcanzado la victoria, pero a ellos los hados les deparan un destino semejante: Clitemnestra urde el asesinato de su marido Agamenón; Casandra sometida por esa urdimbre que le ata a su funesto destino -justamente es ella quien habla de forma clara y advierte, pero no es escuchada, y más aún sabe su final, pero no le rehúye sino que se enfrenta a él, se dirige a su encuentro-. Tampoco faltan aquellos hombres que llevan a cabo una labor interminable que se manifiesta como una fatiga que extenua los miembros pero que les permite llevar a cabo la lucidez, el gusto y saben que la vida también da alegrías plenas y completas. La tragedia muestra plenamente la existencia humana en todo su esplendor, la misma cuerda y sus extremos llegan en un

momento a tocarse: lo divino y lo humano, lo terrorífico y lo bello, la alegría y la pena, la fatiga y el aguante, la locura y la lucidez, la vida y la muerte.

En las tragedias de Sófocles, particularmente en *Antígona*, el poeta patentiza la rebeldía del hombre frente a su destino que resulta terrorífico, pero que a fin de cuentas solo al hombre le corresponde no apocarse ante la mortalidad, no temerle a su finitud, así se expresa este enfrentamiento con el destino. “Me dirijo hacia un encierro que es un túmulo excavado de imprevista tumba. ¡Ay de mí desdichada, que no pertenezco a los mortales ni soy una más entre los difuntos, que no estoy con los vivos ni con los muertos!”² Esa imprevista tumba que confina a Antígona por rebelarse ante leyes que prohíben un acto de piedad, expresa que ni la piedad ni la rebelión ante la ley libra de la fatalidad, muestra también, en otro sentido, que la ley a pesar de contar con la aprobación de los hombres no exime de la furibunda embestida del caótico azar. Antígona ha cumplido con su deber respecto a sus seres queridos, sus hermanos Polinices y Eteocles, la pérdida de ambas vidas es inevitable al igual que el destino de la hermana que se entrelaza por la desgracia. Si bien Antígona se convierte en rebelde es porque comprende a todas luces que el destino familiar le une a su padre Edipo, a su madre Yocasta y a sus hermanos; los hilos que le unen a la tragedia paterna la alcanzan. Su padre, con toda su inteligencia, es capaz de derribar a la esfinge pero al mismo tiempo no es capaz de percibir que ha de consumir su funesto destino; en ello le complementa su hija, ella es tan sensata que resuelve ir por el camino de la penuria y la desgracia, es decir, de la vida tormentosa que en esos momentos de encuentro no duda en aceptar el lazo que le une a su padre. Tal es la resolución que mantiene: su deber hacia su padre y sus hermanos, al primero acompañándolo en la desgracia después de descubrir y aceptar la consumación de su destino, y a los segundos

² Sófocles, *Tragedias, Antígona*. (Tr. A. Alamillo). Madrid. Gredos. 2015, p. 169.

rindiendo los honores funerarios por encima de la frágil ley humana. Antígona representa así la lucidez absoluta ante el destino, su efectuación y la heroicidad de una existencia que se realiza dentro de los límites de lo posible.

Hay una gran gama de elementos que la tragedia muestra y permite dilucidar mostrando ricos significados. Uno de ellos, y que para esta investigación centrada en Miguel de Unamuno, resulta de vital importancia es el tópico del silencio, no obstante, antes de ser recuperado por nosotros en la obra del bilbaíno, nos parece pertinente nuevamente recurrir a Sófocles, ahora en *las Traquinias*:

Deyanira. —Di, oh desdichada, pero dínoslo por ti misma, ya que es una pena no saber de ti al menos quién eres.

(*Yole no contesta.*)

Licas. —Por lo visto no abrirá la boca al igual que antes, la que nunca se ha hecho oír ni mucho ni poco, sino que, angustiada siempre por el peso de la desgracia, derrama lágrimas, infeliz, desde que abandonó su patria expuesta a los vientos. El destino es funesto para ella, ciertamente, pero lleva consigo indulgencias.³

Al parecer Yole guarda silencio porque comprende que es imposible escapar a su inexpugnable destino, hablar o callar no modifica en nada el trágico advenir.

El silencio es uno de los elementos que refleja la aceptación de lo ineludible y que en la tragedia conllevan a una gran entereza. Es justamente aquí que algunos de los personajes de la tragedia como la misma Yole comprenden el peso que llevan a cuestas, ese destino propio se consume poco a poco y el silencio es un resguardo del misterio como un transcurso de lo inevitable. Después de las palabras como intento de conjuro sobre un universo que no da razones, adviene el silencio, ese rasgo de la soledad y de la vida personal del encuentro con su propia vida. Si se calla es

³ Sófocles, Tragedias, *Las Traquinias*. Op. Cit. p. 93.

precisamente porque ha caído en cuenta de que el peso de la desgracia no se aligera ni poco ni mucho, sino que se mantiene. El silencio del hombre es un modo de aceptar su *sino*, no rehúye, y en esto se encuentra su heroico saber. La privación de la voz, permanecer fiel al silencio en nada altera el designio de la vida, por ello se debe enfrentar con más ahínco, con más fuerza y con más valor, en ello estriba la lucidez silente. Si los hombres deciden callar es porque comprenden perfectamente que el misterio se oculta, y una vez que se devela resulta mordaz e hiriente, pero ante ello no se achican o empequeñecen, ni mucho menos se acobardan, se mantienen firmes por el silencio, asimilan y juzgan que lo hiriente es soportable y por eso se enaltecen ante el encuentro de los infortunios de la vida.

Estos elementos que consideramos pertinentes en la tragedia en modo alguno intentan resolver las interpretaciones que se han dado sobre ella y sus diversos tópicos, temas y problemáticas éticas, ontológicas y existenciales, con mayor claridad y lucidez intelectual se han expresado autores como Friedrich Nietzsche en su *Nacimiento de la tragedia*, Sören Kierkegaard en *De la tragedia*, o Lev Shestov en su *Filosofía de la tragedia*; sin embargo, los elementos antes señalados son los que se alojan en el pensamiento de Miguel de Unamuno. Cabe señalar que si bien para el autor de *Niebla*, es claro el rechazo a la idea contenida en la *Ilíada*⁴ de que los dioses tracen el destino del hombre, él apuesta por hacer de los mitos el fundamento de la tragedia y de los albores de la historia de la Filosofía, así encontramos que Unamuno también acepta un mito de la creación del hombre, cristiano quizás, pero qué, como los mitos griegos, posibilita el

⁴ Una de las críticas de un carácter intenso y constante en el pensamiento de Miguel, es hacia la idea de la búsqueda de la fama; le gusta mostrarla con el ejemplo de Eróstrato, causante de prender fuego a la efigie de la diosa Diana. Considera que es una herencia homérica la búsqueda de la fama, por un rasgo de mero esteticismo. De ahí la noción de que “los dioses traman y cumplen la destrucción de los mortales para que los vendederos tengan algo que contar”. De Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 158.

vínculo, la relación tan estrecha e incluso “necesaria” para la vida humana entre el hombre y lo divino.

La desobediencia de Adán y Eva, el engaño perpetrado por la serpiente y la consecuencia de haber probado del árbol de la ciencia, así como la expiación de “haber querido ser como dioses” reiteran la culpa, el vivir trágico que abarca en su totalidad el existir, justamente el problema vital del cual parte es el de la persistencia de la vida consciente, personal, por tanto, del cual la existencia toma participación, en el esfuerzo de ser, y vivir por siempre. Unamuno acepta que el hombre es un ser creado que ha renegado de su primigenio estado paradisiaco, y en su transgresor anhelo de conocer y saber, se entregó ciegamente al sufrimiento; es decir, a un vivir repleto de esfuerzo, avatares, pesares y pérdidas que al final se ven coronadas con la muerte. De ahí ese sentimiento constante de no soportar una vida que se sabe mísera, angustiada y carente de eternidad, extraviada de un Dios que en su milagrosa omnipotencia nos brinda un prodigioso nacimiento y una certera muerte, en ese ir del primero a la última, del nacer al morir, se manifiesta un camino, un existir desolador lleno de avaricia, soledad, vicios y la constante necesidad de propagar esta carne efímera. Aventura existencial, la vida es un drama compartido por todos los hombres, cuya máxima característica es justo el dolor, la pena, el llamado Sentimiento trágico de la vida que se incrusta en el camino de llegar a ser en un destino que se tiene que vivir y sentir, anhelar y culminar. Aparece con una luz tan clara y nítida el destino de la muerte como el camino que ha de terminar una vida humana, aparece el silencio y por supuesto la relación con la divinidad.

Ahora bien, al probar el fruto prohibido se hace manifiesto el camino del saber que puso al hombre en la encrucijada de tener que elegir siempre de manera consciente su norte, no lo sitúa en un simple “saber por saber”

sino en un conocer para vivir; por tanto, la actividad reflexiva, el pensar del pensar mismo, se devela como capacidad única del hombre. Es decir, el hombre conoce lo que necesita para vivir, para solucionar su vida práctica y así, Miguel de Unamuno afirma que el saber está al servicio de la vida: necesitamos conocer para un fin práctico, interroga el para qué de ese pensar, pues no es suficiente el conocer por conocer, ya que toda reflexión debe tener una finalidad, busca el propósito, no se piensa por gusto, sino por necesidad existencial; sin embargo, la razón y el pensamiento lo realizamos según Unamuno, por haber dialogado con nosotros mismos, por haber activado una consciencia lúcida que ve un mundo absorbente lleno de virtudes cardinales y pecados existenciales que acaparan una vida que clama y proclama por la divinidad, por la apoteosis, por la eternidad que se ausenta, que silente abandona al hombre a su pura carne efímera y mortal. El hombre pide verdades existenciales y divinas con una razón humana y mortal, razón a todas luces, insuficiente, así, irracional y vacío, el hombre se refugiará en la fe. Heredero de Pascal, Unamuno reconoce que la razón nos lleva a la desolación, a la evidencia de nuestra materialidad finita, es decir, a la disolución tanto del cuerpo como de la conciencia, dejando al hombre en la nada, sin aspiraciones de búsqueda de inmortalidad. Mientras que la fe cimienta las religiones y las consolida dando esperanza, pero pugnado siempre por la posibilidad de que Dios, con su eterna inmortalidad y salvífico paraíso, exista o no. La fe es una apuesta ciega e irracional, un arrojarse a la inmortalidad sin certeza alguna, por el simple confiar ciego en un Dios incognoscible. De ahí la consideración de un Dios sentido por medio del corazón, vivo, accesible por medio del corazón; del amor y de la fe como facultad creadora.

Tales son los problemas que considera el bilbaíno para incursionar en el único y verdadero problema que debe ocupar al hombre de carne y hueso: el de su destino aquí y ahora, el de la inmortalidad del alma. Este atender

al presente inmanente no resulta nada fácil pues en ello va toda la vida, es decir, el sentimiento respecto a ella, su comprensión o incomprensión. Concepción unitaria y total del mundo y la vida, la mortalidad es el límite de la existencia humana, la evidencia de su finitud es su carne que envejece y perece mientras que a su conciencia se le devela la evidencia de su acontecer hacia un dejar de ser. Sin embargo la fe abre la esperanza de que algo le sobreviva, el anhelo de eternidad que le empuja a la fe en Dios y su eternidad. Lo revelado debe dar las fuerzas y el empuje necesario para los creyentes ante la demoledora razón que aniquila, ante la incertidumbre sobre cualquier vida venidera. Muerte, destino, silencio, son los elementos que de la tragedia se conservan inalterables desde el origen de la condición humana, si bien no se puede decir que de la misma manera, siguen teniendo su lugar primordial en ese saberse carentes de infinito, en ese buscar razones y conformarse con el confiar ciego que en muchos hombres, simplemente no se patentiza. Para Unamuno lo monstruoso y terrible que resulta enfrentarse al destino llevan a afrontar la existencia humana en un constante aquí y ahora que, o se racionaliza para generar angustia, o se cae en una fe ciega que no da razones sino ambiguo acontecer, originando en ambos casos, un sentimiento trágico de la vida.

Son sus propias obras las que nos remiten a alcanzar por medio de ese sentimiento respecto a la vida misma, su gran producción ensayística, poética, narrativa, literaria, etc., en la cual nos deja ver el desgarramiento de la debacle entre las problemáticas unamunianas. Si bien en todo momento se aparta de ser catalogado como perteneciente a alguna corriente, a ser uno más de la lista de pensadores que toman alguna postura, es porque siempre apela a la unicidad de cada individuo, el ser irreplicable, a la conservación de la conciencia; a esa identidad que nadie puede arrancarle, reconociendo el límite en la muerte. Siempre deja mostrar los sentimientos respecto a la vida inmortal, su congoja que es producto del encuentro entre la razón y la

fe, la esperanza del todo frente a la incertidumbre de que el alma sea una función del cuerpo, que la conciencia se entregue a la nada. No poder reconciliar la fe con la razón, se encuentra en la constante muerte de sus personajes, tomados de hombres de carne y hueso, el ver a Dios como productor, y garante de la ansiada salvación y por ello su tremenda necesidad, son los temas que hacen de Unamuno un pensador que se ocupa del trágico problema que aqueja al hombre desde siempre: su destino, su existencia. Mortalidad, destino, silencio, etc., son elementos que moran dentro del sentimiento trágico de la vida.

Para Miguel de Unamuno vale más el existir penoso que el morir en paz; es decir, sin agonizar, esperar y dejarse llevar por ese destino que aniquila, que no deja nada a la imaginación, y que parece lleva a la completa nada, que a fin de cuentas no es consuelo para el ansia y el deseo de una perseverancia que sale fuera de los límites de la razón; de ahí que si el existir de la especie humana resulta nada más que un desfile de hombres como sombras, es decir sombra de sombras, que unas le suceden a otras como generación volviendo de la consciencia a la absoluta inconciencia de la que han salido o brotado, nada resulta más inhumano que esa historia de la especie. Personajes que contienen este germen son sus creaciones “nivolescas”⁵, incluso defiende sus errores o sus intenciones, tal vez ante la crítica se le escapa este término pero le hace su bandera y de ahí para delante lo reitera como una constante. Uno de esos personajes es justamente San Manuel bueno, mártir, el casi santo se encuentra dentro de ese universo espiritual, pero resulta que el silencio se apodera de él por momentos, el casi santo se topa con la incertidumbre de esa vida inmortal; de que su alma y vida perseveren, continúen, sigan dentro de su personalidad, por tanto con la congoja que eso produce pensar que la

⁵ El término nivola es un neologismo inventado por Miguel de Unamuno para referirse a sus propias creaciones literarias.

disolución del alma es una posibilidad del ser del hombre. En San Manuel se devela que el pecado del hombre es el de haber nacido, de que su cuerpo y su alma se quedan en el mundo, que su ser se sume en el silencio con la muerte como límite de la indeterminación del ser, por el otro lado nos encontramos con que quizá en el espíritu se encuentre un pequeño escondrijo que al que cree en la perduración del deseo de vida, se le haga presente una voz íntima que le revele “¡Quién sabe..!” respecto a su deseo y hambre de inmortalidad, resultando la base y fuente del sentimiento trágico de la vida, esa lucha entre la incertidumbre y el sentimiento y la voluntad. La tragedia del casi santo cae en la incompreensión, se le ve llorar, pero no comprenden la pugna que lleva el casi santo. El llanto es por la imposibilidad de no creer en esa vida inmortal, no le alcanza para afianzar o asir esa fe, la esperanza en Cristo.

En la misma novela tenemos a su fiel creyente Ángela que no duda; y que cuando se cuestiona por el pecado del hombre se le revela como el de su nacimiento, siendo éste el único momento de su acongojamiento, y es a la vez la confidente del santo varón, tanto así que le arranca de su silencio la pena que angustia al casi santo. Si bien el absurdo en relación con Dios le hace un mártir, el hombre le inclina a la angustia, siempre alcanzado por su destino, pero dando la posibilidad de que ese mismo hombre se realice aun con la tormentosa y punzante indecisión, es decir que agoniza de manera irrepetible. Su existencia no permite el retorno sino que la plenitud se alcanza desde la vida, que se desenvuelve de una manera anhelante, siempre consciente de que se le va, de ahí precisamente que lo que le queda es la vida misma. Si no la hace plena raya en el sentimiento cómico como aquel jugador Don Sandalio, del cual, sólo se sabe que es un empedernido jugador de ajedrez. El silencio le gobierna en su relación con los demás hombres y lo que le une es el juego en el tablero. Las piezas y sus movimientos, la partida del juego. Cómico porque no realiza su ser, no le

vive, padece o disfruta, incluso no se nota en él angustia, ni temor, no agoniza. Uno de los personajes en los que se ve el sentimiento cómico que raya en la pérdida de la personalidad es el pobre hombre rico; su pobreza radica en que se ahorra hasta vitalmente, es decir, se consume el mismo llegando a perderse a sí mismo, “ya no sé quién soy.”⁶

El presente trabajo se compone de tres capítulos. En el primer capítulo versa a propósito de la tragedia, en el cual rescatamos algunas consideraciones de Miguel de Unamuno, aquello que le permite discurrir en torno a la trágica vida del hombre de carne y hueso. Partiendo del sentimiento trágico de la vida, fundamento de su concepción unitaria y total del mundo que conlleva una comprensión e incomprensión de la vida misma, nos encontramos en una contradicción irresoluta de la cual pende nuestra vida misma, es decir, la contradicción es pugna entre la razón y la fe de querer un destino personal, una vida inmortal, una búsqueda de la finalidad sabiendo que el destino del hombre está trazado de antemano. Contradicción que lleva en ella la lucha sin poder inclinarse por una ganancia o una pérdida. “La vida es tragedia, y la tragedia es perpetua lucha, sin victoria ni esperanza de ella.”⁷ Siguiendo la concepción del bilbaíno nuestra vida es esencialmente una tragedia que se bate, no tiene opción de rehuir, es precisamente por eso que el sentimiento respecto a la vida misma es un sentir trágico, libremente elige la búsqueda de la finalidad para su vida, el problema de la conciencia personal, de su límite y de su indeterminación, de ahí que para Unamuno la vida esencialmente quiere seguir viviendo, romper con el tiempo, en cuanto el empeño de la perseverancia de la vida implica un tiempo indefinido, y traspasar el espacio con el deseo de ser siempre, el hambre de infinito. Así, desde el inicio hasta el final, se enfrenta continuamente entre un dejar de ser o ser por siempre,

⁶ de Unamuno, Miguel, *Tres historias más, Un pobre hombre rico*, p. 219.

⁷ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 111.

la conciencia de saberse finito y a la vez mantener el anhelo de querer ser más son la esencia trágica de la vida del hombre de carne y hueso.

Si establecemos que la vida es trágica, afirmamos nuestro sentimiento respecto a esa misma vida; incluso, si no la comprendemos, nos esforzamos por darle un sentido a nuestra existencia, nos afirmamos ante ese todo y negamos la posibilidad de la nada, aún más nos negamos a ser otro, ya que para Unamuno esto no es ser, todo antes que esto, porque ser otro es dejar de ser uno mismo, la apuesta es por ser. Dejamos en este sentir las palabras del hombre de carne y hueso, de Miguel de Unamuno. “Y «¿quién eres tú?» —me preguntas— [...] «Para el universo, nada; para mí todo» ¡Pobres hombres! Trágico hado, sin duda, el de tener que cimentar en la movediza y deleznable piedra del deseo de inmortalidad la afirmación de ésta; pero torpeza grande condenar el anhelo por creer probado, sin probarlo de que sea conseguidero.”⁸ Vida trágica por ser la base del sentimiento trágico de la vida, concepción sustancial de nuestra existencia, agónica por afirmar siempre la personalidad, la individualidad, la vida que tiene como finalidad vivir.

El reconocimiento de lo trágico de la vida lleva tras de sí, en el fondo de la vida íntima, una lucha que no da cabida a la tranquilidad o la paz, ya que ello significa una no vida, la tranquilidad, el ahorro, son signo de una ignorancia de la vida que se sabe preocupada por su conciencia, se enfrenta el sentimiento de infinito, la voluntad con el escepticismo vital, que niega la posibilidad de trascender de vivir por siempre, aún más no hay problema de la inmortalidad del alma. Este enfrentamiento es lo más íntimo de la existencia, lo más propio, donde el hombre, necesariamente, tiene que adentrarse para poder lograr una renovación concreta. De no aceptar la pugna con su vida trágica, se niega a enfrentar la razón con la fe, a hacer

⁸ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 157.

de su existencia el baluarte que le permita enfrentar el desafío con lo horroroso, es decir, si se niega a aceptar la vida trágica, se abre la posibilidad de perecer sin que nada sobreviva. Por ello, el bilbaíno Miguel de Unamuno insiste en la búsqueda incansable del sentido de esa existencia propia y libre, una existencia siempre sufriente, sin consuelo, pero propia del ser humano que a fin de cuentas es una existencia humana, preocupada, angustiada y con la incertidumbre de lo que ha de pasar con su conciencia personal. De esta forma queda asegurado el sentimiento trágico de la vida y, al mismo tiempo, para cada hombre de carne y hueso, la resolución a tomar una elección de hacer de la existencia una lúcida y constante lucha, desde la vida, entre el riesgo de dejar de ser o de hacer siempre lo mejor posible una vida feliz. Si la tragedia de la vida se encuentra en la agonía del individuo que personaliza el todo y que también advierte el riesgo de la nada, nos encontramos con que siempre ha de preferir su existencia en la vida angustiada por el peso del destino, conduciéndose como ser libre de elegir y de obrar conforme al sentido de su ser mismo.

En el segundo capítulo se muestra la concepción que se tiene de la existencia, partiendo de la evidencia que el simple concebirse a sí mismo como conciencia de sí es uno de los intentos por mostrar que esa conciencia no puede concebirse como no existiendo. La existencia del hombre es el punto de partida para configurar su anhelo de ser, sin embargo, también nos deja ver el riesgo que existe en el dejar de ser, una relación profunda que oscila entre la desesperación y el escepticismo de la razón, entre la razón y la fe. Si bien la conciencia se reconoce, según el bilbaíno, por tener comprensión de que es diferente del mundo, es justamente por ello que ha de querer otra vida, no la del mundo ni la de otro mundo ideal, si no aquella que le permita personalizar todo, que le permita imaginar su problema vital como asequible, una existencia que le dé la posibilidad de realizarse y de

hacer una vida irrepetible, es por ello que busca un consuelo ante el desplazamiento del mundo.

El hombre como alguien que se elige, se siente a sí mismo, se piensa, se sabe un ser con voluntad, que tiene como máxima alcanzar la libertad: entendida como condición de posibilidad de un ser existente que puede concebirse como ser libre, de ahí que este movimiento que se realiza desde *su* existencia, saberse finito e incursionar por el camino de lo infinito es algo propiamente de la existencia del hombre. No podemos decir que el hombre no existe, debido a que, como ser con conciencia, cae en la cuenta de que vive, se sumerge en esa vida que acarrea consigo los problemas que angustian la conciencia. Se hace indispensable que el hombre, como un ser libre, elija o no incursionar en su interior, plantarle cara a los problemas del destino personal, problemática del ser del hombre que remueve todas las entrañas. Qué pena más absoluta que la de cada hombre que lleva la conciencia de su mortalidad y que ha de elegir entre el todo o la nada, que como ser que existe espera y deja de esperar, que se arroja a la vida para hacer de ella su única certeza y que nadie le puede arrebatar esa existencia, pues es lo único que tiene, lo más propio. Frente al todo y la nada apuesta a que le sobreviva, aunque sea, el recuerdo, incluso, desde el momento que vive el día a día, cae en la cuenta de su finitud, de su mortalidad, de la angustia que le produce ser un ser carente de muchas cosas, pero que en ello supera al universo por medio de su conciencia de ese dar cuenta de sí. Recordemos las palabras de Pascal refiriéndose a la grandeza del hombre: “el hombre verdaderamente es débil y pequeño, una gota de agua puede matarlo. Y, sin embargo, es más noble que aquello que lo mata, pues sabe que muere, sabe que el Universo es más fuerte que él. El Universo, con toda su grandeza, no sabe nada de su grandeza. Por consiguiente el hombre es superior al Universo a causa de su conocimiento, aunque sea solamente el conocimiento de su pequeñez.” No importa si el universo puede aniquilarle

con una sola gota de lluvia, el hombre es el único ser que hace de su existencia un continuo enfrentamiento con el todo, con el mundo, con el universo, con la muerte, con el hermano... Su existencia le muestra sus límites, pero no le ata completamente a la materia si no que le da la posibilidad de realizarse, de ser feliz, de encontrar el destino que él decida realizar.

Si existe es porque vive, y si vive, sufre, ama, anhela, quiere, piensa, se debate entre el ser y la nada afirmando su conciencia, y si el hombre, este pequeño ser que se concibe existiendo, y no como algo inexistente, tiene en sus manos llevar al hombre mismo más allá del mundo tangible, tiene las posibilidades de realizarse, de trascender, pero siempre consciente de que no se puede realizar tal cosa si no se sumerge en los sinsabores, en los reveses del destino personal, en la tragedia, en la irresolución de encarnar en su vida, en el acecho de los temores, el terror a dejar de ser, el anhelo a persistir. Todo eso, y mucho más, es la existencia que integra cada conciencia y que reitera su libertad como individuo que elige siempre enfrentarse desde la existencia.

En el tercer capítulo abordamos el tema de la muerte como culmen de ese *hado* del hombre, tremendo resulta el destino humano, por el hecho y más aún por la conciencia de él: la muerte del cuerpo que me sustenta aquí y ahora, con todos los grados de conciencia, con el anhelo de una vida imperecedera, con la libertad de elegir la existencia por encima del mundo, con la felicidad, es decir con el sentimiento trágico de la vida misma. Una vez que la tragedia en Miguel de Unamuno se exalta en el disfrute, por parte del ser concreto y sustantivo, es decir: del hombre de carne y hueso, que ha de sentir su destino, y no solo basta pensar ese destino, así como de la felicidad como aquello que permite vivirse y sentirse, en el gozo de la vida por medio de su esencia; querer vivir aquí, en este momento y no por morir

aun a sabiendas de que se ha de morir y el deseo de perdurar precisamente ésta nos encontramos con el develamiento del destino personal, individual, de cada ser dotado de conciencia, del hombre que se concibe existiendo, en busca del tan ansiado sentido de trascendencia, frente al inexpugnable destino. La muerte como misterio, y el tránsito para Unamuno en la creencia y garantía de la salvación.

Si bien nos limitamos a decir algo certero de la muerte por no alcanzar a dilucidar lo qué es, ello no es limitante para mostrar que el silencio tiene una estrecha colaboración con ella, así como el sueño como estado casi idéntico, a esa pérdida del cuerpo, es decir, al parentesco con una conciencia casi ausente y lo que les asemeja es una quietud en cuanto a los gestos, el parecer inmóvil del cuerpo, donde parece que todo lo que se pueda decir acerca de la muerte, o más bien de alguien que ha muerto es precisamente esto: no la significación de la muerte, sino, simplemente que “está muerto”. Es decir casi no se puede decir gran cosa, de facto no puede decir sensación o pensamiento alguno, dicho de otro modo no puede afirmar su existencia, y menos aún la conciencia que da conciencia de estar y de ser. Aquí para mostrar dicha relación recurrimos nuevamente a sus creaciones de novela para mostrar la hermandad gemela, entre la muerte y el sueño, es en *Abel Sánchez*, dónde se muestra esta relación tan estrecha entre ambos, Unamuno identifica a la envidia⁹ como uno de los sentimientos que llevan y acompañan para no ganarse a sí mismo, por parte de aquel que no era dueño de sí mismo, de Joaquín Monegro (Caín), al dar muerte al casi hermano de infancia, reconoce la falta de espíritu.

Yo le maté. O como si yo le hubiera matado, pues murió en mis manos. [...] Se me murió teniéndole yo en mis manos, cogido del cuello. Aquel fue como un sueño. Toda mi vida ha sido un sueño. [...] No he vivido ni dormido..., ¡ojalá!, ni despierto. No me acuerdo ya de mis padres, no quiero acordarme de ellos y confié en que ya, muertos, me hayan olvidado. ¿Me olvidará también Dios? Sería lo mejor, acaso, el eterno olvido. [...] No pudiste

⁹ Miguel de Unamuno hace de la envidia cosa tan terrible para el hombre de carne y hueso, porque es una tremenda hambre espiritual, es decir de espíritu, hambre de ser.

curarme, no pudiste hacerme bueno... [...] No te he querido. Si te hubiera querido me habría curado. No te he querido. Y ahora me duele no haberte querido. Si pudiéramos volver a empezar... [...] No, no te he querido; no he querido quererte. ¡Si volviésemos a empezar! Ahora, ahora es cuando... [...] ¡No, no..., basta de odio! Pude quererte, debí quererte, que habría sido mi salvación, y no te quise.

Calló. No quiso o no pudo proseguir. Beso a los suyos. Horas después. Rendía su último y cansado suspiro.¹⁰

La relación entre la muerte y el silencio se realiza justamente en un reconocimiento, para caer en cuenta de la mortalidad tiene que existir uno mismo, tiene que haber una entrega por agotar la existencia misma, encontrando goce en la vida, las palabras de Joaquín Monegro no pueden significar, sino el reconocimiento de la lucidez, el reconocimiento de no haber querido, ante la posibilidad del hombre de querer y ese deber de querer a la vida misma, de aceptar incluso el sufrimiento, de que la envidia y el odio tienen un lugar, pero que del mismo modo cesan en la existencia y de ahí que se reconoce el único deber como posibilidad para ganarse en esa entrega total, para ser un hombre real y de carne y hueso, más aún, reconoce la soledad en la que se encuentra inmerso, la completa indiferencia del mundo por esa conciencia que se pierde o se gana. Precisamente el silencio como un reconocimiento de la soledad íntima de la conciencia y, todavía más del espíritu; muerte, sueño y silencio muestran al hombre como estado de su ser, de su estar y de su realizar. De llevar la existencia hasta las últimas consecuencia, es decir, de agotar completamente sus posibilidades. Si Miguel de Unamuno pone frente a el hombre que sufre, quiere, ama y muere la reiterativa de la muerte es porque comprende perfectamente que ésta soledad le es propia y de nadie más, que del mismo modo que lo lleva a sentirse abatido por el destino le da la posibilidad de alcanzar la cumbre de la felicidad por medio de la libertad en cada una de sus acciones de vida, al mismo tiempo existe el riesgo de perder incluso el

¹⁰ De Unamuno Miguel, *Niebla*, Abel Sánchez, *Tres novelas ejemplares y un prólogo*, Porrúa, México, 2006, pp. 221-224.

espíritu, de una entrega casi inconsciente a dejar de vivir, a no vivir concretamente y por tanto a no sufrir, ni a vivir para morir, sino dejarse arrastrar, a no echar a andar la lucidez y menos aún la existencia. Que si bien le traza un destino ineludible y que raya en tragedia, siempre apela a una vida sentimental de cada momento de ella, no solo de un pensamiento, es decir, de una vida existencial completa.

La relación que se establece entre la muerte y el sueño y, a su vez con el silencio son características tan apreciadas en el pensamiento de Miguel de Unamuno, de tal manera que vemos casi en todos los momentos de su obra la carga tan significativa del reconocimiento acerca del destino del hombre de carne y hueso; la muerte, como inexpugnable sino de la vida. El sueño de la vida humana, de Píndaro: “sueño de una sombra”, de Calderón de la Barca con: “la vida es sueño” y según él con la más trágica de Shakespeare: “estamos hechos de la madera de los sueños” pues en Calderón solo se declara sueño a nuestra vida, pero no a nosotros soñadores de ella, mientras que Shakespeare nos hace a nosotros sueño, sueño que sueña.¹¹ Esta relación entre la muerte y el sueño, así como con el silencio, se aprecian de manera nítida en un San Manuel, bueno; la angustia: de ser finito y efímero, como la sombra de un sueño que le aqueja el corazón, precisamente la creencia en la inmortalidad del alma, en la perseverancia de la vida, ante esa duda que le lacera el pensamiento, el estar minado por ella, significa una resguardo para él el silencio, un reconocimiento de que por más que se empeñe, la congoja le sigue, constriñe y le auxilia para encontrar un sentido ante esa incompreensión de la vida y del mundo. Miguel de Unamuno ante el sueño de una vida imperecedera y ante la crítica por esa creencia, se afirma constantemente en un dejadme soñar en ella, pues la vida que pretende es una continuación de la conciencia personal después

¹¹ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, Tecnos, Madrid, 2005, pp. 145, 146.

de la muerte, del engaño que pueda resultar por la evidencia de una muerte segura, reitera su sentimiento trágico respecto a la vida, afirmando toda la existencia, es decir, afirmando la vida, que no se deja catalogar y rompe todo intento racional de mostrar que con la muerte se termina todo, dentro del reconocimiento de la indeterminación de su ser se afirma desde una vida que aspira a ser feliz y a vivir esa felicidad. Ante el desconsuelo de haber nacido se encuentra con que la existencia es ya algo que vale la pena de ser vivida y al mismo tiempo algo por lo que vale la pena una pugna desde el sufrimiento y más desde la mortalidad del hombre pues de este reconocimiento se despliega la existencia. Sus primeras palabras y su sentir de la vida posan en el ser concreto, es decir; sustantivo, del que sufre y muere, sobre todo hace hincapié en esto último. Si bien reconoce ese estado, como destino de cada ser individual, pone del mismo modo mayor perseverancia en la vida del hombre que se sabe mortal, del que tiene claramente que no puede eludir eso precisamente, pero que si tiene la posibilidad de desplegar su vida, su existencia, su ser, su estar, su felicidad y su destino, lo más humano su sentir respecto a la vida misma.

Capítulo I

Tragedia, Terror y Telos

Al partir del hombre concreto, del ser que se concibe a sí mismo, y que además da cuenta de su ser, estar y vivir en el mundo. Miguel de Unamuno arroja luz y expone de manera clara la vida existencial del hombre, de carne y hueso, acerca de su destino cargado de tragedia, por el hecho de lanzarse a la lucha en constante debacle, a sabiendas y renunciando de manera consciente a obtener victoria de la lucha que mantiene por siempre, así como la esperanza de esa victoria, que culmine el esfuerzo de una vida existente. La obtención de la victoria como de la esperanza solucionarían el problema de la existencia esforzada en vivir, el tránsito de la muerte a la vida infinita quedaría truncado por la resolución definitiva, y esto significa dentro del pensamiento de Unamuno una aproximación al no ser. La hazaña y el esfuerzo por mantener los polos de la existencia, tanto el de la condición finita y percedera de la vida humana, como la voluntad de perseverar, el hambre y sed de infinito, es la obra de cada ser sufriente y que sabe de su mortalidad. Ya que para Unamuno lo esencial de la tragedia es matar la inmortalidad, el deseo de más vida, lo que ocupa en algún momento a todo ser que se concibe a sí mismo como libre, el problema de la personalidad; lo que el hombre es y si seguirá siendo lo que es.

Matar la inmortalidad, es la negación del deseo vital, la esencia del hombre como deseo de no morir, no querer quererlo, el “no me da la gana” de Unamuno, emerge la necesidad de la concepción unitaria y total de la vida y del mundo, el engendramiento de una actitud íntima, y la acción para la finalidad de la vida. La incidencia del deseo de inmortalidad, la preocupación por la búsqueda y el empeño por alcanzar el Ser. El temor por

el azar de la vida, ese terror que hace de la vida humana un desfile de la conciencia a la absoluta inconciencia, sombra de sombra, estado terrorífico por la parálisis de la existencia, exclusión de la necesidad del deseo ser más, vida imperecedera, es decir, de la trascendencia. El terror y el miedo por dejar de ser, tienen un lugar primordial dentro de la existencia, de ahí que el sentimiento trágico de la vida, es un reconocimiento dentro de la vida del hombre, este temor se reafirma en el riesgo de perder el cuerpo hasta el recuerdo. Como parte importante el temor por dejar de ser se vuelve parte importante de la existencia, al dejar el esfuerzo del hombre en el mundo.

La finalidad, el para qué de la vida, lo muestra mediante el deseo de perseverar la conciencia, el espíritu y la personalidad, conservar la conciencia incluso ante la nada, todo aquello que conlleva a la disolución del cuerpo y del ser del hombre es signo de opuesto, contra lo que debe luchar, la moral de batalla por la conciencia del hombre que se siente en el mundo, de ahí que el anhelo de más vida es su esencia, la esencia de la cosa es la de no morir; poner el esfuerzo en seguir siendo. Ante la duda como tránsito para reconocer el desconsuelo de la vida: es decir, tener que morir, y saber que se ha de morir, Unamuno ofrece un estado íntimo de la existencia, este es el de la desesperación, así ante la duda de dejar de ser, de morir de una vez y para siempre antepone la esperanza de llegar a ser por siempre, para Unamuno preguntar por el ¿por qué? de las cosas es una mirada al ¿para qué?

El sentimiento trágico de la vida; la necesidad de formarse una concepción unitaria y total del mundo y de la vida, que engendre una actitud íntima y hasta una acción, es la lucha por mantener el deseo de ser cada vez uno mismo y ser al mismo tiempo todo lo demás, es decir, serlo todo sin perder nada de la personalidad, y saber que en cada instante nuestra condición es finita, perecedera, mientras considera que el mundo es para la

conciencia que se concibe como libre, sabe que sus límites le impiden abarcarlo todo, la lucha es por preservar, continuar y depurar su conciencia, su ser integra el terror, la finalidad, y la lucidez.

1.- La tragedia Unamuniana

La incidencia y referencia a la tragedia en la existencia del hombre implica la constante búsqueda incesante de sentido para la vida del ser que puede sentir su existencia, el sentido existencial del hombre se ve claramente con aspectos como la consideración personal y a la vez tan cercano que tiene con el destino; la fatalidad va ligada indudablemente con nuestra condición humana, su acaecimiento en la vida existencial del hombre la encontramos de manera clara en nuestro reconocimiento de que ha de suceder nuestra muerte. Desde el surgimiento de la tragedia, el terror tiene y ocupa un lugar dentro del destino del hombre, lo terrorífico tiene un lugar prominente y hasta un encuentro ineludible en la vida existencial de hombre. La consideración de un destino fatal, nos sirve para retomar el problema de Miguel de Unamuno, este problema se presenta para el bilbaíno como el único de la Filosofía, y como punto de partida de su reflexión: el del destino individual de cada hombre de carne y hueso, de cada ser con conciencia de sí, es decir el de la perseverancia de ésta conciencia después de la muerte, el ser existente; que lucha y se afirma en ese dar cuenta, en saberse aspirante al infinito y al Ser, que filosofa con todo su ser, su cuerpo, los sentidos y hasta con los músculos, que se dirige a quienes como él sienten la acuciante del destino individual, la incertidumbre sobre la inmortalidad del alma.

El problema de la perseverancia de la vida humana ha estado más que presente, desde los orígenes del pensamiento humano. El destino individual

y personal, que como tal no puede ser eludido, así lo deja claro Miguel de Unamuno en sus obras, para quien cuánto más se trata de alejar de ese problema, de esa trama, de su evasión, más se va a caer justamente en el problema de siempre, de ahí justamente que es la problemática de la filosofía y de todo hombre. Para Unamuno el problema de la conservación de nuestro ser provoca un encuentro entre la angustia de lograr la perseverancia y la creencia de lograr asir la fe de la perseverancia de la vida, precisamente la preocupación radica en la angustia que produce la angustia de no lograr el todo, de ahí justamente la ocupación por lo que ha de ser de la conciencia, del espíritu, del yo, del cuerpo y del enfrentamiento con la muerte. El hombre de carne y hueso, sabe y puede dar conciencia de su ser, por ello mismo cae en cuenta que muere, es decir tiene conciencia de ese destino humano, no solo nace y sufre sino que sobre todo muere, el talante fatal se muestra en el terror por dejar de ser, por sumirse la personalidad, el espíritu, el yo en la nada, en la parálisis total de todo lo que conforma a un ser humano. De aquí que lo propiamente, lo sustancial es una vida que se siente y se quiere inmortal, imperecedera y que lucha contra lo que le aniquila y le reduce a casi nada. Lo sustancial en el pensamiento de Miguel de Unamuno es querer seguir viviendo y quererlo de tal forma que ese deseo logre vivir en un entramado de contradicciones. El misterio de lo que habrá después de la muerte, de lo que depara a el hombre existente ha sido una consideración de todas la especie, propiamente lo que nos identifica en esa conciencia es la certeza de un destino perecedero, o dicho de otro modo un destino de finitud.

Este límite de la condición humana lo podemos mostrar con el silencio,¹² de alguna forma estamos incapacitados para saber acerca del

¹² El recurrimiento al silencio de la tragedia la vemos reflejada desde los clásicos griegos, muchos de los personajes de la tragedia, desde el gran Odiseo, que mira las costa de la tierra de la diosa Calipso, a Casandra silente, o hasta Sileno, guardando lo que es mejor no descubrir para el hombre. En el pensamiento de Miguel de Unamuno es el silencio del espíritu el que arroja el ¡Quién sabe! Respecto a la vida después de la muerte, sin embargo reconoce la necesidad de la creencia para poder realizar una

destino, de ahí que encontramos un arrojio por preguntar por lo que habrá o lo que será después de morir el hombre, por la conciencia, el misterio de nuestra muerte recae en el develamiento de la conciencia. Frente a la incertidumbre y la desesperación nos encontramos con el sentimiento de inmortalidad y el deseo de ser por siempre, de dónde se erige la creencia como posibilidad, de enfrentarse ante lo indeterminado por medio de la elección. Saber que no sabemos nada respecto del destino personal nos germina la angustia, de ahí precisamente el sentimiento respecto al mundo y a la vida, es decir la comprensión e incomprensión de ambos, nuestros límites nos llevan al enfrentamiento con ese destino individual, nos arroja a una batalla que hace de nuestra existencia una autentica pugna.

La esperanza surge precisamente de la incertidumbre de la perseverancia del ser mismo del hombre, una espera que si bien mantiene una proyección hacia el porvenir no se desancla de la vida presente, del flujo de ella, del tiempo, así como el interés por existir, por perseverar, por saber que existe, la esperanza unamuniana, considera la preocupación por el porvenir, por el futuro de la propia conciencia, por la individualidad, siente que esa existencia ha nacido para perseverar y tiene conciencia de que está en el mundo. La fe surge pues como una mantención de la creencia de la perduración de la vida, como un deseo que rompe con las razones que enseñan la incertidumbre dentro de los límites de la razón y que niegan el rotundo ¡no! de trascendencia del ser¹³ del hombre y vencida la verdad de la

existencia autentica, libre y feliz, en el otro extremo de la cuerda encontramos a su contrario, la voz del espíritu que le susurra al creyente la incertidumbre de ese deseo de más vida con un ¡Quién sabe! Y baste mencionar que el silencio es el resguardo de la inmortalidad, del misterio de la continuación de la vida, la perseverancia de la conciencia, el hambre de ser siempre sí mismo, de ser y estar con su conciencia, de existir por siempre.

¹³ El sentido de ser se comprende en sentido antropológico, como perseverancia del ser, el ansia de ser cada vez más y más, más allá del tiempo y del espacio, el ser del hombre se desenvuelve con el conato; ansia de seguir existiendo, de desplegar los límites hasta el infinito y hasta la eternidad. Debemos entender el límite como la muerte del hombre que siente ser y estar de ahí, que el límite entendido como la mortalidad se presenta en el pensamiento de Unamuno en el encuentro de Caín y Satanás y la evidencia de un falso saber de la vida que tiene como finalidad vivir por siempre, de ahí que se erige la fe como esperanza de la continuación de la conciencia personal.

razón que susurra en cada momento el desvanecimiento de todo nuestro ser, así se presenta la fe en la esperanza de que se ha de vivir después de la muerte. La propuesta de la creencia de la conservación de la vida como la conocemos y como la sentimos, de la existencia angustiada y desesperada que convive con el deseo de más es el camino que presenta Unamuno, el deseo se rebela frente al límite de saberse finito.

Miguel de Unamuno tiene claro que no puede haber perseverancia, continuación de la existencia sin vida, justamente de aquí el problema vital de la conciencia, la vida que quiere afianzar por medio de la fe, la finalidad para la conciencia personal después de la muerte ha de ser la vida que vive, lo esencial y vital es vivir, quererlo con tal fuerza que se rompan los límites de nuestra condición; temporales, espaciales, corporales, de ahí que la súplica constante es ser más y más todo sin dejar de ser, aquí también a la par se presenta el riesgo que aparece precisamente como terrible, la posibilidad de completa quietud o inactividad o sumergimiento en la nada que depare a la conciencia resulta un completo no ser ya ni sombra de un hombre existente, es decir el no ser o dejar de ser por y para siempre. Es decir el terror por el destino del hombre entendido como inactividad, inmovilidad, no ser, como la nada es algo que se hace presente dentro de la vida consciente del hombre de ahí justamente la revelación contra lo que le aniquila y niega un ser que perdura y se conserva. Entiéndase como estado de quietud absoluta de la conciencia personal, del espíritu humano, de ahí que es preferible ser en lucha, pretendiendo lo infinito, y eterno. La conservación por todos los medios de la conciencia.

Lo que denomina querer seguir siendo por siempre, sin fin, sin límite, el reconocimiento de esta indeterminación lo vemos en el camino de la fe, al erigirse como posibilidad de saberse finito y pretender el infinito es ya por sí mismo uno de los rasgos más distintivos de la existencia humana, no ser

determinado por algo ni incluso por la muerte dan la pauta al ser que se siente como destinado a lo infinito y se siente con tanta voluntad que la afirma en ese querer ser yo sin perder la personalidad. Una vida que desea más, cada vez más, seguir siendo, aun cuando es sabedor de que el único límite al cual se enfrenta su libre elección es la mortalidad. Si se abre la posibilidad de la Nada como aquello que depara al espíritu humano es por el enfrentamiento del hombre con su sentimiento y voluntad de perseverar y el choque con la razón a la vez contradictorio culmina miento de su ser, de este continuo enfrentamiento emerge el ansia de luchar contra ese destino funesto y terrible.

El ser uno mismo al que Miguel apela en la unicidad y la autenticidad de cada hombre, su personalidad, su propia conciencia, reconociendo que de no ganarse, es decir, de vivir siempre su conciencia, de ser inmortal y eterno, sería como si no fuera, prefiere hacer de la vida agonía, teniendo siempre conciencia de que ha de morir, de ahí la búsqueda de sentido y una finalidad para su vida, la vida íntima del hombre de carne y hueso, la sospecha de que vale más una existencia en agonía, entendida como lucha por la conciencia, porque para la existencia vale mucho más sentir ese destino mortal y la aspiración de trascender los límites ante la indeterminación y la implicación del tiempo futuro. Querer ser siempre es la constante y reiterativa invitación, existencia del hombre esforzado por encontrar un sentido, un consuelo, haber nacido para morir, para no esfumarse del tiempo y del espacio, como resignarse a morir por siempre no son suficientes las evidencias que da la razón de ahí que se sienta en el corazón el amor a la vida, por medio de la fe, como voluntad de querer ser, de una vida que vive y siente que esa vida implica necesariamente la necesidad de un salvador de la conciencia, ya que el hombre por sí solo no puede realizarlo.

La angustia que presenta Miguel de Unamuno por la perseverancia de la conciencia, es una congoja consciente del límite de la vida humana, la pérdida inevitable de la conciencia, de ahí que se siente la vida ser aquí y ahora; el anhelo de más vida para después de la muerte consciente es un deseo que en cierta manera rebaza a la razón por medio del camino de la fe y esa irracionalidad que afirma el pensamiento unamuniano, pero que en ese movimiento de afirmación de la voluntad deja de lado que la incertidumbre que ofrece la razón es la colaboración y fuente de esa tan ansiada vida más allá, el dolor que produce imaginar la pérdida total y absoluta de lo que se es muestra que la angustia se centra en una completa negación del ser, pero justamente de esa incertidumbre saca la esperanza de más vida. La anticipación de la mortalidad se presenta por medio de la conciencia misma del hombre, la certeza viene del reconocimiento de que no puede todo lo que desea en la certeza completa, de morir quiéralo o no, por otro lado la fe le posibilita la creencia de que es posible conservar la vida después de la muerte siempre y cuando tenga las fuerzas necesarias de mantener la creencia.

“La vida es tragedia” es un reconocimiento de la razón que muestra la incertidumbre de la perseverancia de nuestro ser y la fe hace su cimiento en esa incertidumbre que muestra la razón y a partir de ella engendra la esperanza, este es el sentimiento trágico de la vida. La lucha por la conciencia, es una batalla por no dejar de ser uno mismo, por perseverar la vida existencial, así que esa vida trágica se sitúa entre la tensión de la razón y la fe; al ser negada la posibilidad de perseverar y convertirse en contradicción del deseo de ser siempre surge otro camino del cual pende nuestro ser mismo, la garantía de que es posible la perseverancia se haya en la fe. La pugna por la conciencia es la tragedia de la vida, un esfuerzo de la existencia por afirmar el sentido de su ser mismo; lo terrible para la existencia es sumirse en el no ser, dejar de ser, dejar de existir, de anhelar,

de querer y de amar la vida, de que el alma no sea inmortal y la fe le proporciona un norte irracional, pues la creencia en esa vida inmortal es irracional e incluso contra racional. Unamuno no transige en el deseo con términos medios, en este anhelo de querer ser siempre, para él el problema del destino individual apuesta por el todo o la nada, quiere el todo, pero es consciente que el hombre tiene sus desperfectos.

Es mi anhelo de vivir y de vivir por siempre el que me inspira esas doctrinas. Y si con ellas logro corroborar y sostener en otro ese mismo anhelo, acaso desfalleciente, habré hecho obra humana y, sobre todo, habré vivido. En una palabra que con razón, sin razón o contra ella, no me da la gana morirme. Y cuando al fin me muera, si es del todo, no me habré muerto yo, esto es, no me habré dejado morir, sino que me habrá matado el destino humano. Como no llegue a perder la cabeza, o mejor aún la cabeza, el corazón, yo no dimito de la vida, se me destituirá de ella.¹⁴

El riesgo de que la muerte sea la aniquilación total tanto de la conciencia como del alma y sobre todo del cuerpo, reitera el hermoso riesgo en correr dicho peligro de que no se muera el alma, implica el *telos*, la finalidad del ser del hombre, el para qué de nuestra vida. Para Unamuno es muy claro que el hombre pregunta por el ¿por qué? de la vida con una mirada y vista al ¿para qué? de todo, en el fondo la interrogante por la finalidad del destino personal y por tanto individual de cada uno de los hombres, se encarna en el sentimiento respecto a la vida misma, el para qué de la conciencia del hombre de carne y hueso. Es una duda que vitaliza. De este modo se presenta al conocimiento siempre ligado a la necesidad de conocer para vivir, y al mismo tiempo se sirve de la razón para exponer el deseo de no morir, la necesidad de expresar ese deseo como hambre de ser. Incluso se cierne sobre la incertidumbre que ofrece para enraizar la fe. Es necesario sentir la vida, es decir, sentirse imperecederos, irrepetibles, nacidos para la inmortalidad, de ser inmortales, no es un derecho o un reclamo y lo reconoce, sino la necesidad del hombre para vivir, dicha necesidad es un rasgo existencial en la vida del hombre, de aquí que la

¹⁴ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 267.

creencia en otra vida y de la finalidad de ella es una constante de la existencia. Si consideramos que para el bilbaíno la necesidad de ese deseo, es primordial y primigenia, por consecuencia el hombre concreto piensa para vivir; filosofa, no solo con la razón solamente, sino con la voluntad, con el sentimiento, con la carne, con los huesos, con el alma toda y con todo el cuerpo.¹⁵ Es decir vive con las dudas respecto a la perseverancia de la vida, sufre por que se reconoce limitado, se duele porque no le es posible corroborar esa vida inmortal y se angustia ante la idea de tener que dejar de existir. Hace del pensamiento su vida y de esa vida un pensamiento vivo que exige una disposición de todo el cuerpo y de su espíritu, el sentir trágico respecto a la existencia humana es una batalla por el ser de cada individuo que implica tanto la personalidad como el espíritu, el cuerpo así como su ser, su estar, su sentir, su vivir desde la vida.

El temor y la preocupación respecto al tiempo venidero de la conciencia se hace presente en el susurro de la conciencia, éste es el de dejar de ser algún día, precisamente ante esto mismo Unamuno tiembla y teme que su conciencia y la de cada hombre dejen de ser; la constante sobre el misterio de lo que habrá más allá, la preocupación por lo que ha de ser la conciencia después de la muerte es lo que angustia al bilbaíno, todo esto lo lleva a formular una Filosofía más o menos consiente, este reconocimiento lo hace a sabiendas que el deseo que proclama es completamente irracional, o mejor dicho contra-racional, esta preocupación por el destino de todo el ser del hombre se bate entre el deseo de más y la incertidumbre de lograr ese deseo. El pensamiento de la mortalidad y de lo que habrá después de la muerte es el latido de la conciencia, de ahí precisamente el sentimiento trágico de la vida; “este yo concreto, circunscrito, de carne y hueso, que sufre [...] y no encuentra soportable la vida si la muerte es la aniquilación

¹⁵ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 131.

de la conciencia personal.”¹⁶ Hasta en eso la búsqueda de sentido se expresa en hacer de la vida una continuación por medio del sentimiento, la lucha que marca el sentido de la existencia conduce a una libre y consciente elección del ser del hombre. La vida es trágica precisamente porque tiene frente si una conciencia que le interroga y le pregunta, más aun le reitera su condición perecedera, y le enfrenta del mismo modo a la posibilidad de dejar de ser, y al mismo tiempo le da fe en la creencia de una vida imperecedera. Y si trágica resulta la debacle por la existencia, lo cómico para Unamuno raya en abandonarse, en reír y consumirse, en no darse ni entregarse, un no arrojarse a la existencia en el sentimiento cómico de la vida esto es en ser burlado, en un ahorro vital que no compromete la personalidad del hombre con el deseo de más y un inconsciente arrebatado sin preocupación de la incertidumbre, es decir en esa lucha que no se da aun cuando la vida íntima y sentimental están ahí en la personalidad del hombre.

¿Por qué quiero saber de dónde vengo y adónde voy, de dónde viene y a dónde va lo que me rodea, y qué significa todo esto? Porque no quiero morir del todo, y quiero saber si he de morir o no definitivamente. Y si no muero, ¿qué será de mí?; y si muero ya nada tiene sentido. Y hay tres soluciones: a) o sé que muero del todo, y entonces la desesperación irremediable, o b) sé que no muero del todo, y entonces la resignación, o c) no puedo saber ni una ni otra cosa, y entonces la resignación en la desesperación o ésta en aquélla, una resignación desesperada, o una desesperación resignada, y la lucha.¹⁷

La esperanza emerge precisamente en el momento que la razón no puede dar un consuelo que apacigüe la conciencia ante las cavilaciones sobre el misterio del más allá, lo único que traen consigo es una corroboración dentro de los límites de la razón una evidencia que no es nada grata para el ser del hombre; esto es que no puede saberse si efectivamente una vez que se presenta la muerte como límite de la existencia humana, esta

¹⁶ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 132.

¹⁷ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 137.

existencia proclama un grito de rebeldía al no poder encontrar solución¹⁸ del verdadero problema el camino de la fe se abre para la vida misma, resguardándola de la aniquilación, es decir de todo aquello que niega la trascendencia del alma y de lo que al mismo tiempo niega el deseo de ser. La dolorosa concreción del alma, la búsqueda de finalidad por la perseverancia del alma, así como eternidad de la vida, y la inmortalidad del alma son un rasgo existencial dentro de la vida, el ser y estar del hombre aquí y ahora, la consideración de no querer dejar de ser nunca se ve reflejada en esa vida apasionada por mantener el deseo hasta el final del límite existencial y corporal.

Miguel de Unamuno apuesta tanto por el cuerpo como por el espíritu, al batirse por ambos se dispone a exponerse al ridículo,¹⁹ a la burla al acepta la pugna por la eternidad como consuelo, y protesta ante el tormento de la disipación de la conciencia, Don Quijote quien en su empeño locuaz mantiene cierta chispa de fe. Si bien el destino²⁰ del hombre es una constante del pensamiento acerca de la mortalidad, el límite de la vida su ineludible finitud, da en un aliciente o consuelo para la existencia en tener que elegir para afirmar su personalidad, lo que resulte de tal elección depende en gran medida de su deseo y pasión de su propia vida. La elección por afirmarse en la voluntad de querer seguir siendo sí mismo, la congoja por lo finito de nuestro ser en la incertidumbre por el deseo de perdurar y conservar la vida, son constante del reconocimiento de los límites de la vida,

¹⁸ Miguel de Unamuno parte del hombre concreto, que se angustia por no alcanzar la vida inmortal, reconoce que la desesperación como camino es admirable, aun cuando no logre llegar a creer en dicha vida inmortal, es decir, inmortalidad del alma, perseverancia de la vida. De tal modo que la solución al problema afectivo, si es que acaso lo hay, según Miguel, no ha de encontrarse en la razón; precisamente las razones, como tales no ofrecen consuelo, ante el haber nacido del hombre concreto, sino que llevan a disolución tanto al cuerpo como al alma, es decir, no ofrecen dicho consuelo, sino más bien marca la solución en “la renuncia desesperada de solucionarlo” de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 142.

¹⁹ Así lo vemos en el quiebre con su relación con Ortega y Gasset en su correspondencia y la toma de la distancia entre ambos pensadores.

²⁰ La idea del Destino se comprende como una voluntad de no querer morirse nunca, la irresignación hacia la muerte. En este sentido si pudiera hablarse de un destino en el hombre este habría de entenderse como la libertad, en el entendido de que forzosamente está obligado a elegir su destino.

de acceder plenamente a la eternidad, de ahí precisamente la necesidad recalitrante de proyectar la existencia más allá del mundo material, y de la corporalidad. Esfuerzo de cada ser por perseverar en su ser, es el conato²¹ que pone cada hombre concreto en seguir siendo. Así lo expresa en su obra filosófica, *Del sentimiento trágico de la vida*:

Vencida la primera dificultad, la única verdadera, vencido el obstáculo de la razón, ganada la fe, por dolorosa y envuelta en incertidumbre que ésta sea, de que ha de persistir nuestra conciencia personal después de la muerte ¿qué dificultad, que obstáculo hay en que nos imaginemos esa persistencia a medida de nuestro deseo? Sí, podemos imaginarla, como un eterno rejuvenecimiento, como un eterno acrecentarnos e ir hacia Dios, hacia la Conciencia Universal, sin alcanzarle nunca, podemos imaginárnosla...²²

Si nos adentramos sobre la consideración de Miguel de Unamuno en la imaginación de la fe en la inmortalidad del alma, en la concreción del yo, y de que al preguntarle a uno por su espíritu es como preguntarle por su cuerpo, comprendemos luego que estamos en el camino de la imaginación como facultad creadora, la creación humana y existencial; ya que se rebela ante lo que la aniquila, es decir ante los límites que traza la razón, ésta con la incapacidad de poder decir qué es el alma inmortal, su perseverancia y la prueba de lo contrario, es decir, el reconocimiento de que no puede decir nada de ese porvenir, que no puede probar la inmortalidad, que solo sea cuerpo o espíritu, o qué es el alma, dicho de este modo para Miguel de Unamuno resulta clara la incapacidad de la razón para refutar ese deseo vital, de querer no morirse, de no querer quererlo, a lo que nos conduce la

²¹ En la primera parte *del sentimiento trágico de la vida*, hace de las proposiciones de Spinoza la fuente de su anhelo de inmortalidad, de querer perseverar; con una implicación de tiempo indefinido. A partir de ahí toma el conato a lo largo de su pensamiento con una, esencia del hombre de carne y hueso, es decir, el conato que pone, esfuerzo por no morir “el esfuerzo que pone en seguir siendo hombres”, lleva al querer perseverar la vida misma del ser existente, precisamente esto no implica según Miguel de Unamuno tiempo finito sino indeterminado. Cfr. de Unamuno, Miguel, Op. Cit. pp. 104, 105.

²² de Unamuno, Miguel, *del sentimiento trágico de la vida*, p. 261.

razón es a la incertidumbre de tal deseo, “la más fuerte base de la incertidumbre, lo que más hace vacilar nuestro deseo vital, lo que más eficacia da a la obra disolvente de la razón, es el ponernos a considerar lo que podría ser una vida del alma después de la muerte”²³, sentir ese deseo de perdurar sobre pasa el conocimiento de la mortalidad, como certeza haría la vida humana imposible, pues la solución radical es el suicidio al no reconocer un sentido a la vida.

El deseo de ser siempre uno mismo y al mismo tiempo querer ser más, querer ser todo, aspirar a la Conciencia Universal del todo se contrapone y mantiene un lazo de lucha sin descanso con su enemiga la razón, que niega dicho anhelo, mostrando que se muere de manera inevitable, quiéralo o no el hombre, de entrada la razón nos da la evidencia que pretende superar la fe, la mortalidad, el saber que somos seres finitos es la revelación de la razón, pero a esa evidencia y falta de creencia se le opone la fe, creando es como pretende enfrentarlas, el sentimiento trágico al cual hace referencia la lucha del ser del hombre de carne y hueso, una desesperación por dejar de ser y por querer ser aun con los pronósticos que vaticinan la pérdida de todo, la desesperación religiosa es para Miguel de Unamuno sinónimo del sentimiento trágico de la vida; “esa desesperación religiosa que os decía, que no es sino el sentimiento mismo trágico de la vida”.²⁴ Mientras la razón disocia y disuelve cualquier anhelo con la incertidumbre de lograr cualquier deseo, prolongar la vida hasta el infinito en este caso, la razón aparece así como facultad que disuelve el anhelo de más vida, a ella se opone la fe como facultad creadora, de ahí la necesidad de creer en otra vida que tiene como finalidad conservar la vida misma, consciente y volitiva, anhelante de una

²³ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 260.

²⁴ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 263.

permanencia, la fe crea las necesidades del espíritu en la medida que las hace indispensables en la existencia humana. De modo que se comprende que creer en Dios es necesario para salvar la conciencia personal.

Este sentimiento trágico, sentimiento de la vida, respecto de la vida misma encuentra su fuente es lo que Unamuno identifica como lo que nos mueve a obrar, a la toma de una actitud vital, es decir a prestar atención por medio de una acción que se refiere al propósito de la existencia: el ser de cada hombre respecto a la mortalidad. El mito de la Esfinge sirve para mostrar esto, su mirada como su palabra aniquilan, de ahí que no queda otra opción más que enfrentarse directamente ante esa mirada que petrifica y esa palabra que conduce al abismo. Ante la mirada que aniquila es necesario la acción, el propósito de la vida, la finalidad. Así el enfrentamiento y la elección de arrostrar el problema de nuestra mortalidad es el signo de atender ese problema que angustia la vida existencial, este arrostramiento del problema disuelve la incertidumbre de tener que perecer para siempre. Superar ese aojamiento de la Esfinge es posible eligiendo accionar la existencia, enfrentar a la Esfinge es enfrentar todo aquello que aniquila y disuelve en nada.

La necesidad por parte del hombre de formarse una concepción unitaria y total del mundo siempre ha sido una búsqueda de norte para su ser consciente, que permita una acción y una comprensión de la vida y del mundo. Al partir de la sospecha que el deseo, la voluntad de perseverar nuestro ser es la esencia actual; no querer morir, ni querer quererlo, al ser el punto de partida del pensamiento de Miguel de Unamuno, la vida existencial del hombre de carne y hueso resulta en la recalcitrante incertidumbre de saberse no mortal, efímero. Por tanto el ser existente es un ser carente y sabedor de un límite que le hace erigirse como ser que es libre, elige en todo momento debatirse por esa existencia sufriente y dolorosa

en la concreción de su ser aquí en el mundo. Del reconocimiento de la elección frente a una segura y por segura, que ha de suceder muerte, el hombre tiene en sí la posibilidad de crear, por medio de una facultad que lo permita, la fe es pues esa facultad que le muestra la necesidad de creer. De permanecer por y para siempre.

Mientras en el mito de Prometeo, quien en su benevolencia, se preocupa por esos seres diminutos y le quita la certeza de la hora de su muerte, pues antes de eso el hombre prefería quedarse en su caverna inactivo, a la espera de ese momento terrible, la tranquilidad se turba por la certeza del momento de su muerte y luego surge la inacción. Así con los héroes de la tragedia griega, la relación de la tragedia va de la mano con la fatalidad, ese lazo tan estrecho entre la Esfinge y Edipo, revelan la tragedia íntima de la condición humana, encontramos a un Edipo que se dirige y conduce hacia su destino, consumando en cada acción su destino, a un Sísifo astuto y aferrado a la vida, aceptando su destino como su esfuerzo estéril, esforzado y feliz. Sísifo nos ofrece una posibilidad de reflexionar en su descenso sin descanso, imaginarlo con la posibilidad de disfrutar la calidez y la belleza del mar, del mundo, a un Odiseo anhelante y esforzado por volver a ver su patria, su mujer y su hijo, a hombres que son felices a pesar de la desgracia. En el mito de Prometeo encontramos a un hombre que se sabe percedero, unido a la fatalidad del destino y el desgarrador encuentro con lo terrorífico, la rebelión y la protección de un inmortal de su existencia. Mientras en Unamuno encontramos un enfrentamiento cara a cara con lo divino, pero desde lo percedero, en esa vida íntima que se rebela a ser aniquilada.

El deseo, la pasión y el anhelo que emanan del sentimiento de la vida de Unamuno son el reconocimiento de la conciencia personal con el enfrentamiento de ese flujo que se dirige a la muerte, recordemos el

enfrentamiento entre la vida pasajera y el amor; el primero es el carente valor de la vida del hombre, es decir en el mundo solo se identifica como una conciencia que se muere, por el contrario el segundo apela a la continuación de la vida del hombre, sin alteración como la conoce, depurando del dolor, el sufrimiento y sobre todo la muerte. La manifestación y saber que la vida pasa y muere se enfrenta de continuo con el amor que quiere una vida inmortal, infinita y eterna, el reconocimiento de la vida como un dejar de ser y la continuación del ser del hombre son características de la existencia, una vida del hombre por demás carente de infinitud, de eternidad y de ser más y cada vez más sí mismo, así como la brecha de ese anhelo donde la fuente es la necesidad para vivir una existencia propia y arriesgada por la conciencia, se expresa en su *Del sentimiento trágico de la vida*:

La necesidad de formarnos una concepción y unitaria y total del mundo y de la vida, y como consecuencia de esa concepción, un sentimiento que engendre una actitud íntima y hasta una acción. Pero resulta que ese sentimiento, en vez de ser consecuencia de aquella concepción, es causa de ella. Nuestra filosofía, esto es, nuestro modo de comprender o no comprender el mundo y la vida, brota de nuestro sentimiento respecto a la vida misma.

A falta de otro nombre, llamaremos el sentimiento trágico de la vida, que lleva tras sí toda una concepción de la vida misma y del universo, toda una filosofía más o menos formulada, más o menos consciente. [...] Y ese sentimiento, más que brotar de ideas, las determina, aun cuando luego, claro ésta, estas ideas reaccionen sobre él corroborándolo.²⁵

El sentimiento respecto a la vida es una clara mortalidad, la libre elección por la perseverancia de la personalidad, por la de ser sin término y sin límite, el sentimiento trágico de la vida misma, en el entendido de que no hay más que una vida, pero que se desea más vida para después de la muerte. La corroboración que adjudica Miguel de Unamuno de las ideas en el sentimiento trágico de la vida es la fuente de toda la discusión, el pensamiento de no querer morirse, es la esencia del hombre, de ahí se sigue la lucha por la conservación y por la perseverancia de nuestro ser, el

²⁵ De Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, pp. 98, 116.

esfuerzo con que queramos ser siempre, no querer morir, nos lleva de la mano a la necesidad de una eternidad y la inmortalidad. “Lo único de veras real es lo que siente, sufre, compadece, ama y anhela, es la conciencia; lo único sustancial es la conciencia. Y necesitamos a Dios para salvar la conciencia; no para pensar la existencia, sino para vivirla.”²⁶ De ahí precisamente que el pensamiento se necesita para vivir, para hacer vivir, para dar sentido a la existencia, para tratar de exponer lo que denomina como contra racional, y no para morir, es decir, para suministrar muerte, para negar la vida, sino para exaltar lo vital del hombre y lo primordial, pues es claro que somos antes de que caigamos en cuenta por medio de la conciencia de que nuestra existencia busca la felicidad.

La tragedia radica precisamente para Unamuno en la conciencia, pues en ella se perciben las dos verdades, tanto la racional que deja muy claro que se ha de morir para siempre, como la de la fe que afirma la creencia de la continuación de la vida, pues eso es lo que hace al hombre ser, el hecho de tener conciencia, de saber que la conciencia tiende a lo infinito, por hacer del sentimiento el encuentro trágico de esas dos verdades y por hacer en ellas fuente de su acción, de una moral de pugna. La tragedia radica en esa condición que hiere en cada momento, pues mientras la conciencia y el latir de ésta es por lo que habrá después de su muerte, al mismo tiempo muestra la certeza de un destino fatal por el hecho de no dar razón de ese más allá, ante la incertidumbre y la desesperación ofrece la fuente de la fe, la creencia en la salvación de la nada, de que algo sobreviva a nuestra muerte. Se produce la lucha de una y de otra, de la razón con la fe y la necesidad de su asociación para vivir, así vida, razón y fe se necesitan en la vida del hombre. “Mal que pese a la razón, hay que pensar con la vida, y mal que pese a la vida, hay que racionalizar el pensamiento.”²⁷ Precisamente el pensamiento

²⁶ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 301.

²⁷ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 108.

de que me tengo que morir es lo que atormenta mi conciencia, y me muestra la angustia, pero al mismo tiempo abre una brecha para mostrar que es posible afianzar una esperanza en la incertidumbre de una vida imperecedera, y esa es la lucha unamuniana, si me tengo que morir del todo ¿para qué todo? Justo de aquí la necesidad de Dios para salvar la conciencia, para salvar al hombre de su destino ineludible.

El para qué de la vida es la preocupación existencial y vital del pensamiento, ya que resulta, que la finalidad de la vida es vivir, y si la nada es el riesgo de la conciencia, del cuerpo y del espíritu, es esta imagen de un pertenecer por siempre a lo que no es, el infierno es un remedo precario de una eternidad de sufrimientos y castigos, visión de por sí para él patética desde su infancia, tiembla aun más ante la imaginación de que se desvanezca todo, incluso el suelo, en una noche de sueño imagina e invita a pensar ese desvanecimiento dónde no quede ni la sombra de eternidad, el ejercicio de desvanecimiento no hace otra cosa más que afirmar la vida existencial de la conciencia, es decir, sentir su vitalidad y el riesgo de dejar de ser por siempre. La nada como algo que infunde más temor por lo que depara, por el tiempo venidero, por la conciencia misma es la imagen de la negación de una conciencia inactiva, quieta, sin ser, sin poder estar, sin poder elegir, de hacerse responsable del problema de su conciencia. Si la pérdida del cuerpo resulta en dolorosa aceptación, la pérdida del espíritu supone la pérdida de la única esperanza del hombre por trascender los límites ante la indeterminación del hombre que se siente vivo.

El enfrentamiento entre la vanidad, es decir, por la afirmación de que solo es posible una vida sin más, sin esperar ya nada después de la muerte, el valor de la vida pasajera y del disfrute de ésta, por cierto repugnante bajo la imagen de epicúreos y estoicos, para Unamuno por otro lado le parece admirable y digna de emulación la de aquel hombre que siente renacer a

Cristo en sí, sin haberle conocido personalmente, deposita su confianza en la buena nueva del evangelio, de ahí el amor como fuente de ese mundo que ofrece una libertad, de la muerte. El cómo pasa del mundo no le interesa y se preocupa por la inmortalidad de su alma, esto en primer instancia parece asequible, por la fe, pero el mundo y la vida le muestran que ni la confianza del creyente más piadoso descansa del entramado de contradicciones; reconocer que el valor de ésta vida no es tan importante, y que la preocupación por la perseverancia debe abandonar cualquier solución posible, y es mejor una renuncia desesperada. Amor y la vanidad del mundo son las notas que resuenan una a la par de la otra.

Camus y su concepción de que los mitos están ahí para ser reanimados, en el mito de Sísifo nos muestra a un hombre feliz, que agota sus posibilidades y no deja nada para después, ni la felicidad, ni la desdicha, ni la muerte, sino que se ocupa, siendo feliz, enfrentándose ante los designios y su desventura, incluso con su aguda mente logra encadenar a la muerte. Bajo esa consideración Unamuno encuentra en el mito de la Esfinge a un hombre que debe enfrentarse con el problema de su destino, busca ser feliz siempre y el amor debería dotarle para luchar con la vanidad del mundo, que como certeza inmediata es lo único que tiene. El deseo y la duda vital postergan una felicidad para más allá de la muerte, dejando la voluntad de perseverar como la esencia del hombre que sabe que existe y que siente el trágico problema. Un hambre insaciable de infinitud y una sed insaciable de inmortalidad, de ahí justamente una imaginación de un camino que no se alcanza del todo, eso supondría un estado de quietud y justamente es a esto al cual se rebela. Para Unamuno el riesgo en hacer caso al mundo nos lleva a darle más importancia a esta vida pasajera, pero resulta que el amor, esa compasión de que todo ha de desaparecer en algún momento y la solidaridad con la conciencia despiertan la esperanza, de sentir que son seres carentes de finalidad, y que nos resguarda algo más.

Mientras Sísifo es un hombre feliz que no espera nada, incluso frente a la muerte, imaginamos a un hombre feliz pese a la pena que le pone el rostro frente a la roca, cuando la roca desciende se le permite un estado de lucidez, de pensamiento, incluso ver como la roca desciende por su propio peso le libera los músculos, se levanta en lo alto de la cumbre y mira el horizonte en un instante.

Miguel de Unamuno al principio del *Sentimiento trágico de la vida* tiene una concepción muy clara del hombre concreto: como ser sustancial, vive y se esfuerza en perseverar, como ser que tiene conciencia de sí, que es y que esta, de un ser que existe y quiere vivir, que siente, sufre, ama, se lamenta, como ser sustantivo posee una existencia real, busca a que asirse, como individuo se afirma en la carencia de eternidad, en su ansiada búsqueda de sentido percibe una brecha hacia la eternidad en el camino de la fe; quiere no morir, quiere ser, busca perseverar, la voluntad de no morir es la base de la existencia, de su finitud. Bajo estas consideraciones de afirmación de la personalidad, del alma, como de la conciencia, quiere ser y además serlo por siempre; de tal modo que se extienda a todo y rompa con el tiempo, es la constante dentro del pensamiento trágico existencial del hombre de carne y hueso. El esfuerzo, el empeño constante por ser siempre y ser más se enfrenta inevitablemente con lo que considera como la vanidad del mundo: el apego a la vida percedera, vanidad de vanidades para Unamuno, la consideración de que la vida se agota, se lleva hasta el extremo de una pérdida que no permite la salvación siquiera de algo.

Y ser un hombre es ser algo concreto, unitario y sustantivo, es ser cosa, *res*. [...] Spinoza [...] escribió de toda cosa. La proposición sexta de la parte III de su *Ética* dice: *unaquaeque res, quatenus in se est, in suo esse perseverare conatur*; es decir, cada cosa en cuanto es en sí se esfuerza por perseverar en su ser. Cada cosa, en cuanto es en sí, es decir, en cuanto sustancia, ya que según él, sustancia es *id quod in se est et per se concipitur*, lo que es por sí y por sí se concibe. Y en la siguiente proposición, la séptima, de la misma parte, añade: *conatus, quo, unaquaeque res in suo esse perseverare conatur, nihil est praeter ipsius rei actaulem essentiam*; esto es, el esfuerzo con que cada cosa trata de perseverar en su ser no es sino la esencia actual de la

cosa misma. Quiere decirse que tu esencia, lector, la mía, la del hombre Spinoza [...] la del hombre que sea hombre, no es sino el conato, el esfuerzo que pone en seguir siendo hombre, en no morir. Y la otra proposición que sigue a estas dos, la octava, dice: *conatus, quo unaquaeque res in suo esse perseverare conatur, nullum tempus finitum, sed indefinitum involvit*, o sea: el esfuerzo con que cada cosa se esfuerza por perseverar en su ser, no implica tiempo finito, sino indefinido. Es decir, que tú, yo y Spinoza queremos no morirnos nunca y que ese nuestro anhelo de nunca morirnos es nuestra esencia actual.²⁸

Podemos entonces comprender el sentimiento de nuestra no mortalidad, la esencia del hombre, el esfuerzo que pone en seguir siendo hombre, en afirmar su vida, no quiere morir, justo aquí comprendemos luego la contradicción entre la esencia del hombre; no querer morir y morir de una vez y para siempre. De ahí que la voluntad, la vida y la fe se necesitan, querer no morir, y ser por siempre sí mismo es una posibilidad de la existencia por medio del camino de la fe. Para Miguel el alma es un término que designa la conciencia individual de una manera íntegra, así como su persistencia, su cambio, su integración y desintegración: “llamamos alma [...] término para designar la conciencia individual en su integridad y su persistencia; y que ella cambia, y que lo mismo que se integra se desintegra.”²⁹ Es esta consideración de querer una conciencia individual en su integridad así como su persistencia lo que Unamuno expresa en ese deseo vital, la duda acerca de la personalidad como de su persistencia sobreviene de un pensamiento y no de una pasión, así el conflicto entre la razón y el sentimiento³⁰; el pensamiento de que a la muerte de la conciencia³¹ no le espera nada, y tiene que fundar su moral sobre el conflicto mismo, una moral de batalla, es decir de lucha por la esencia del hombre de carne y hueso que quiere vivir y busca aquello que lo conduzca a ello. El

²⁸ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, pp. 103, 104.

²⁹ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 206.

³⁰ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 244.

³¹ Dentro del pensamiento de Unamuno la conciencia, tener conciencia de ser, es ya respecto cualquier otro ser una enfermedad, por el hecho de que tiende a la aniquilación, es decir, la racionalidad niega un estado de trascendencia respecto a el alma, al espíritu, lo que identifica como la esencia del hombre, ese deseo de ser, es decir, de vivir. La enfermedad como aspecto constitucional en el hombre permite por otro lado la posibilidad de erigirse como un hombre capaz de concebirse como ser libre, de ahí la posibilidad de optar por defender y esforzarse por el deseo de ser sí mismo.

sentido teleológico de la vida nos lleva a considerar el anhelo de perseverar esta vida, en conciencia de que dicha creencia es una necesidad vital, aun cuando es claro que no se logra muchas veces creer en ella, una de las consideraciones del pensamiento de Miguel de Unamuno es justamente la pasión con que se empeña el hombre en creer, en este caso en el de perseverar en sí mismo, en ser sí mismo, en ser hombre anhelante con una voluntad de querer ser que rompa con los límites de la razón que aniquila y sume en la zozobra. De la indiferencia que pueda resultar ante la no preocupación del destino personal, Unamuno se aterra, pues asevera que en ello va el ser, su yo, su todo y bajo esa consideración cae en que quien no repara en ese destino es como para Pascal un monstruo.

La melancolía antigua me parece más profunda, que la de los modernos, que sobre entienden todos más o menos la inmortalidad de más allá del *agujero negro*. Pero para los antiguos, este agujero negro era el infinito mismo; sus ensueños se dibujaban y pasan sobre un fondo de ébano inmutable. No existiendo ya los dioses, y no existiendo todavía Cristo, hubo, desde Cicerón a Marco Aurelio, un momento único en que el hombre estuvo solo³²

Lo monstruoso en el hombre de carne y hueso es para Unamuno no pensar y menos todavía preocuparse por lo que será después de la muerte del espíritu y de la personalidad, surge así el tema de la soledad y más terrible la soledad sin nada que salve algo de lo que es el hombre, es un problema para nuestro deseo de no morir, ya que de morir para siempre es lo mismo que no ser, ese sentimiento de soledad infinita es el terror por dejar de ser, pues representa la soledad infinita, ni Dios asiste en la tan ansiada salvación, no hay alma alguna a la cual pueda asomarse una hermana que busca un sentido teleológico, y lo podemos ver también en algo, quieto, inactivo, en un estado de mera inacción, estado que no permite ni da posibilidad de hacer nada por el espíritu, por eso mismo presenta un deseo

³² de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 226.

de rejuvenecimiento, una aproximación a la Conciencia del Universo sin lograr nunca alcanzarla, pues eso significa justamente una inacción.

La soledad como tema y ocupación en la vida existencial la podemos ver en personajes como San Manuel bueno, cuando en esa soledad íntima se refugia en el lago, con su pena e incertidumbre de ser por siempre, incluso en su estado de agonía reconoce que no quiere morir sólo, quiere agonizar en su pueblo, con sus hermanos. Unamuno descubre la necesidad de Dios en un estado de soledad, la necesidad de creer en él, de dar en la esperanza de que algo de la personalidad ha de persistir, la vida para él es una vida que desata toda trama racional e incluso guerrea con ella y la supera en la voluntad, es decir, en el anhelo de querer seguir siendo. La necesidad la podemos ver de una manera precisa en el hambre de inmortalidad, y la sed de eternidad. Esta necesidad viene de un reconocimiento por la carencia y los límites de la conciencia. “La conciencia de sí mismo no es sino la conciencia de la propia limitación. Me siento yo mismo al sentir que no soy los demás; saber y sentir hasta donde soy, es saber donde acabo de ser, desde donde no soy.”³³

La fuente más fuerte de la incertidumbre es una certera conciencia de perennidad, lo que denomina como ponernos a imaginar qué será de la conciencia después de la muerte; la inactividad y pasibilidad absoluta o la nada como sumergimiento de la conciencia, de dejar de ser un día. Mencionamos que la imaginación como facultad creadora abre la posibilidad de que la personalidad, como su perduración consciente sea acaso seguir siendo uno mismo, “no más que uno mismo”³⁴ pero incluso este camino de la voluntad de perseverar resulta no menos doloroso, pues el deseo y la duda pasional de Miguel de Unamuno, la lucha de la vida trágica del hombre, es el problema: “No soy yo, es el linaje humano todo el que entra en juego; es

³³ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 283.

³⁴ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 261.

la finalidad última de nuestra cultura toda. Yo soy uno, pero todos son yos.”³⁵ Es aquí que la base de la incertidumbre entra en escena; “lo que más hace vacilar nuestro deseo vital, lo que más eficacia da a la obra disolvente de la razón, es el ponernos a considerar lo que podría ser una vida del alma después de la muerte.”³⁶ De ahí precisamente que si la consideración de un hombre de carne y hueso que tiene que morir, que ha de morir, es la apertura de la lucha por la perseverancia o sea por no querer morir, ni por querer quererlo. La imaginación de un acercamiento, en esforzada continuidad, lucha por ser por siempre, sin la pérdida de ninguno de los rasgos de la voluntad y con la ayuda de la razón, queriendo exponer el deseo vital de no morir, lo que designara como la esencia del hombre, el esfuerzo que pone en no querer dejar de ser.

El riesgo que identifica Miguel de Unamuno es la pérdida total y absoluta, no sólo del cuerpo de por sí ya evidente, sino del alma, y de la conciencia, más aún del ser, de ahí se sigue justamente una finalidad para toda la especie, esto es, para cada conciencia capaz de dar cuenta de sí misma, y apela al sentimiento en el espíritu, a un reconocimiento y acercamiento que permita la acción en esa moral de batalla; incluso en el dolor y el sufrimiento reconoce los indicios de una vida que se siente, si bien la necesidad se hace presente con la carencia el mundo también le ofrece la posibilidad de sentir la finitud su existencia con posibilidad de ser, estar y de vivir libre. Él es quien como ser capaz de concebirse como ser libre, tiene la capacidad de elegir sobre la finalidad de la conciencia. De ahí la consideración agónica, y la dualidad en disputa siempre, en esa pasión de la duda por considerar que tal vez es posible una vida más allá, un perduración del alma y una conservación de la vida, pero siempre consciente de que la incertidumbre está presente, con su afirmación de que la vida se

³⁵ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 261.

³⁶ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 260.

acaba. La apelación unamuniana es una ir resignación, por la soledad absoluta, por el arrojamiento total al suicidio, ya sea espiritual o corporal. La finalidad, el para qué de la vida misma es lo que Unamuno pone dentro del horizonte existencial.

El hombre no se resigna a estar, como conciencia, solo en el Universo, ni a ser un fenómeno objetivo más. Quiere salvar su subjetividad vital o pasional haciendo vivo, personal, animado al Universo todo. Y por eso y para eso ha descubierto a Dios y la sustancia, Dios y sustancia, que vuelven siempre a su pensamiento de uno o de otro modo disfrazados. Por ser conscientes nos sentimos existir, que es muy otra cosa que sabernos existentes de todo lo demás, que cada una de las demás cosas individuales sea también un yo.³⁷

La consideración de Miguel de Unamuno para la salvación del alma de la nada, al considerar el mejor aliciente para la existencia, frente al problema de su duración: “No quiero morirme, no; no quiero, ni quiero quererlo; quiero vivir siempre, siempre, siempre”³⁸, “y vivir yo, este pobre yo que me soy y me siento ser ahora y aquí.”³⁹ Lo encuentra en la personalización del todo, como Conciencia universal, como Dios, “Dios es pues, la personalización del Todo, es la Conciencia infinita del Universo, [...] Personalizamos al Todo para salvarnos de la nada”⁴⁰ así rayamos en la necesidad de la Conciencia infinita, porque necesitamos que salve el alma de la nada es como reconoce la incidencia vital y su reiterada agonía por

³⁷ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 291.

³⁸ Esta pugna de vida se resalta de manera más clara en el personaje de *Niebla*, en la novela es Augusto una idea que no se reconoce como creación de Miguel, ante el encuentro entre el creador hombre de carne y hueso y la creación el personaje Augusto, pugnan ante el trazo y el ineludible destino del personaje al ya ser trazado el destino del personaje. Ante el develamiento de que el creador de carne y hueso no sabe ya que hacer con el personaje; incluso ya le tiene escrito su final, el personaje Augusto pugna por querer vivir, vivir, vivir, ese pobre personaje irrisorio por el hecho de que no ha sabido identificarse, ganarse y ser el mismo, de que ha perseguido a una mujer, que le falta una conciencia nítida de que tiene que enfrentarse con el desenlace. Pero en una rabieta de coraje ante las palabras del creador de carne y hueso Miguel de Unamuno le lapida con una sentencia más hiriente, que acaso será, que el creador de carne y hueso sea no más que otra creación, y que alguien más le sueña. Y que cuando este despierte se ha de morir. El juego entre la creación y el creador en Miguel llevan de la mano el deseo de perdurar la vida, el problema de que no dura el cuerpo y tal vez ni el alma. Para afirmar que para enfrentar al hombre como ser mortal, tiene que haber un reconocimiento de finitud. La existencia se bate y llega a la muerte a diferencia de la creación-idea el personaje de novela. Solo una vez que ha alcanzado una muerte aparental, se reconoce como inmortal pues como ser inexistente no puede morir, reconoce una eternidad como idea, y deja al creador de carne y hueso la condición de tener que morir, pues solo ese creador que adquiere la conciencia de su mortalidad existe.

³⁹ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 153.

⁴⁰ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 283.

perseverar. La tragedia de la vida del hombre de carne y hueso, una lucha sin esperanza de victoria ni la aniquilación, es decir; su afirmación tajante o certera, pues no permitiría siquiera vivir u obrar. De esta preocupación por la salvación y la pasión del hombre por querer ser siempre, surge el dolor de la existencia, pues para el bilbaíno es claro que el hombre vuelve sobre sí, cuando está constantemente sufriendo, ya que el gozo hace que el hombre olvide su condición y su búsqueda, así como la lucha sin fatiga y la asociación de la razón y la fe, surge pues algo lleno de terror para Miguel de Unamuno pues en ello va nuestro espíritu, nuestro cuerpo, nuestro deseo. “Y si doloroso es tener que dejar de ser un día, más doloroso sería acaso seguir siendo uno mismo, y no más que uno mismo, sin poder ser a la vez otro, sin poder ser a la vez todo lo demás, sin poderlo ser todo.”⁴¹

El Sentimiento trágico de la vida enfrenta la incertidumbre, esa afirmación o negación acerca de la perseverancia de la vida misma, del alma, ésta es la base dónde se asienta la fe, la pervivencia de la conciencia es el norte de la creencia acerca de la vida infinita y eterna que apetece el hombre, esa hambre y sed por lo infinito y eterno son la llama de la esperanza venidera, que implica necesariamente el futuro, el porvenir, ante el destino ineludible del hombre. La racionalidad acerca de la mortalidad nos lleva a negar que exista el problema de la perseverancia, no cabe siquiera la posibilidad de pensar que exista tal problema; “adonde la razón me lleva es [...] a negar que mi conciencia sobreviva a mi muerte”⁴², nos lleva más aún a la aniquilación, al suicidio; “la consecuencia vital del racionalismo sería el suicidio. Lo dice muy bien Kierkegaard: «El suicidio es [...] la consecuencia de existencia del pensamiento puro [...] No elogiamos el suicidio, pero si la pasión»”⁴³

⁴¹ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 281.

⁴² de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 255.

⁴³ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 152.

El pensamiento apasionado y creyente que infunde vitalidad desde todos los tiempos hace al hombre de carne y hueso insuflar vitalidad en su existencia, ese sentimiento de lo que se piensa, de la congruencia, el encarnamiento del pensamiento. Para Unamuno el suicidio, como la pérdida de la vida de un recién nacido confluyen en la pérdida de la existencia individual, le remueve su interioridad el misterio de la muerte de los niños, no comprende esa contradictoria privación de la vida. La razón en su sentido unidireccional lleva a la conciencia a la disolución tanto del cuerpo como del alma y enfrente de ella tenemos la fe y la voluntad en la perduración del alma, sentido teleológico de la vida, de la finalidad; “la vida no puede someterse a la razón. [...] el fin de la vida es vivir y no comprender.”⁴⁴ Solo con la necesidad de la creencia en la vida infinita, comprendemos la importancia que tiene en la existencia, la pena por lograrlo y la incertidumbre por llegar, llevan la unidad y continuidad del hombre de carne y hueso, su ser único e irrepetible en el universo.

La perseverancia de la vida, la creencia en la inmortalidad del alma es irracional, la necesidad de creer en ella tiene como base la incertidumbre, la necesidad de la salvación, necesidad de Dios, necesidad del deseo de salvar nuestra alma del no ser, necesidad vital, para soportar la vida en el mundo. La consideración de la realidad, de lo verdaderamente real, en el fondo la realidad es irracional o más aún supra-racional. De ahí que asienta el deseo vital en una incompreensión por medio de la razón, de una incapacidad de ese anhelo vital al dar razones.

“En rigor, lo importante es no morirse.”⁴⁵ Esta es la expresión principal por la preocupación del destino del hombre sustantivo, existencial, que sufre por no tener en su accionar la inmortalidad, la eternidad, el Ser. La tragedia del hombre radica precisamente en saberse mortal y finito, pero

⁴⁴ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 253.

⁴⁵ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 193.

al mismo tiempo la acción le lleva a afirmar la incertidumbre de su completa mortalidad, resulta la tragedia de la vida, de que la vida es tragedia pues mientras siente que ha nacido para vivir siempre, tiene la evidencia y la certera y lacerante conciencia de su muerte. Siente la necesidad de creer, de la fe vital que desborda la razón, hasta cierto punto incomprensible, el grito que otorga Unamuno a sus personajes y el deseo que resalta en su sentimiento, es la vida, así lo manifiesta con Augusto en su grito desesperado, ante su muerte ineludible, el grito tres veces de vida⁴⁶, lo pone en una sinceridad consigo mismo, no es su deseo perecer y sin embargo aun sin quererlo ha de suceder, así se manifiesta en Del sentimiento trágico de la vida;

La veracidad [...] lo que lógicamente llamamos verdad, me mueve a afirmar [...] que la inmortalidad del alma individual es un contrasentido lógico, es algo no solo irracional; pero la sinceridad me lleva a afirmar también que no me resigno a esa otra afirmación y que protesto contra su validez.

La certeza absoluta y la duda absoluta nos están igualmente vedadas. Flotamos en un medio vago entre ambos extremos como entre el ser y la nada, porque el escepticismo completo sería la extinción de la inteligencia y la muerte total del hombre. Pero no le es dado anonadarse; hay en él algo que resiste invenciblemente a la destrucción, yo no sé qué fe vital, indomable hasta para su voluntad misma. Quiéralo o no, es menester que crea, porque tiene que obrar, porque tiene que conservarse.⁴⁷

El hombre como ser con conciencia de sí mismo tiene la posibilidad de lidiar en todo momento con la angustia, el vértigo por lo que será de la conciencia, del cuerpo, de la personalidad, el fondo del abismo es una lucha de la existencia, de la incertidumbre y de la creencia, el encuentro de la incertidumbre y la angustia, acerca de la totalidad y la nulidad, el deseo de ser más de lo que la condición es. La vida es tragedia y una lucha sin descanso ni esperanza de gloria, es decir de victoria, la lucha por la

⁴⁶ Sentir la finalidad de la vida, lleva en el seno la creencia en su continuación, saber que la vida termina lleva la incertidumbre de obtener tal deseo. El grito tres veces de vida aparece en el pensamiento de Unamuno como un sentimiento trágico por la vida que perece y el sentimiento de que no se termina la conciencia con la muerte. Augusto, personaje de *Niebla*, sabe que el momento de su muerte se hace presente, se le revela y se expresa en el deseo de querer vivir, de ser, de afirmar su existencia individual.

⁴⁷ de Unamuno, *Miguel, Del sentimiento trágico de la vida*, p. 254.

perseverancia viene del reconocimiento de los límites de la condición humana. El hombre como ser capaz de concebirse como ser libre tiene en su decisión y elección sentir la vida, esa esencia actual que implica tiempo indefinido, así como el esfuerzo por mantener la vida, y la pasión vital por vivir, llevan dentro de sí una característica muy peculiar de la existencia, el hombre, se siente ser, con voluntad quiere y del mismo modo sabe de su ser y estar en el mundo, en el aquí que aspira al todo, ese mismo aquí que hace de la vida eso justamente algo único e intransmisible, y por único autentico, propio, personal, individual e íntimo. De ese anhelo de trascender la materia y el tiempo. Reconocer la necesidad de creer para vivir, querer y por conducir siempre a ser uno mismo, no otro, no subsumirse en el todo, aún más pretender el todo. “El hombre se personaliza en la medida en que, para vivir humanamente, accede a su intimidad, donde reside llena de misterio su necesidad de trascender lo sensible, de superar el espacio y tiempo, su hambre de plenitud, su búsqueda de Dios.”⁴⁸

Queda en esta reiterada angustia, la rebeldía hacia la certeza racional de que no se ha de conservar la vida, la apelación es siempre la necesidad para vivir, para existir, para sentir la finalidad de la vida; para vivir, y aun cuando la acción desespera y se sume en la incertidumbre, queda la vida al desnudo con su duda pasional, con su anhelo, con la pasión de ser, queda la existencia como tal anhelante, sufriente, adolorida, pero consciente que solo se puede proyectar, espera por una vida más allá desde la continuación de ésta. Desde la condición humana finita. Desde el ser que reconoce que ha nacido para morir, pero que también ha nacido para quererse a sí mismo y en ello radica su libertad. Prefiere dejar de ser en una lucha sin victoria ni derrota, opta por la desgracia esencial del hombre a la no existencia. Decide y obra agotando sus posibilidades, sin dejar nada para la próxima. Si le

⁴⁸ Maceiras, Manuel, *Pensamiento filosófico español Vol. II. Del barroco a nuestros días*, Madrid, Síntesis, 2002, p. 250.

resulta el dolor es precisamente porque se siente un ser existente, que busca una felicidad completa y la sitúa aquí, ahora, posible por tanto.

Si resulta una tragedia la vida del hombre, es por develar su destino, de cada ser individual con conciencia, su agonía es sufriente, y reconoce en sus hermanos de sangre esa misma condición, la pugna por la eternidad, resultado de un enfrentamiento con la nada, con el no ser, con el dejar de ser, a costa de que sea, obra para vivir, para explicar el sentido, o sea la comprensión e incomprensión de esa concepción unitaria y total de la vida que engendre un sentimiento respecto a la vida y el mundo. Dicha comprensión e incomprensión de su destino, de ahí la preocupación por permanecer, por preferir el sufrimiento, el dolor, la angustia, la incertidumbre, la creencia. Si el hombre elige una de las dos posibilidades debe asumir que gana su propia existencia, y como tal debe agotar en esa permanencia una lucha que le permita sacar el aliciente y consuelo de haber nacido, mientras uno se agota en la plenitud de la posibilidad, la otra se afianza a la necesidad de la salvación.

“El escepticismo vital viene del choque entre la razón y el deseo. Y de este choque, de este abrazo, entre la desesperación y el escepticismo, nace [...] la salvadora incertidumbre, nuestro supremo consuelo.”⁴⁹ Incertidumbre como consuelo de no poder afirmar o negar rotundamente la mortalidad total como la inmortalidad del hombre de carne y hueso. Si la pugna por la consciencia implica una preocupación por toda ella, también debemos considerar que solo podemos y si queremos ser algo es en esta vida. Queda pues la búsqueda de un consuelo ante la existencia silente, aun cuando la formula se cambia el fondo sigue siendo el mismo, el hombre busca una farmacopea, aliciente y asidero de haber nacido.

⁴⁹ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 255.

La tragedia en el pensamiento de Miguel de Unamuno, es una batalla por perseverar la conciencia, sobre la moral de batalla se erige la fuente de la vida; una vida que se esfuerza y se empeña en la perseverancia, que vive y que agota todas sus posibilidades de ser, de estar y de vivir. La pugna por alcanzar la inmortalidad deja un esfuerzo interminable por prolongar la vida hasta el infinito y en la eternidad, por esperar una continuación de ésta, por sufrir y sentir en ese dolor la existencia, sufrir por algo que no es de suyo, es decir la inmortalidad, lo propio es el anhelo de ella, el deseo y la pasión por ser. Esta condición vital la encontramos en la serie de personajes creados por Unamuno, un San Manuel solidario y solitario que renuncia a perseverar la carne y que se empeña por perseverar el espíritu, de Augusto que descubre que vale más vivir con la pena, con el dolor en la existencia, con Ángela y su creencia firme en que ha de vivir después de que muera, con Don Sandalio y su vida personal que se guarda para sí mismo, con el Otro y su pérdida de conciencia, el arrebatado de locura y su perdición al matar a su gemelo; que por momentos toca la lucidez al tener presente que el destino del hermano le une en una cuerda invisible, por matar en un raptó de la razón ha de morir por sí mismo, es decir se ha de suicidar, esa especie de lucha contra el suicidio.

La lucha por esforzarse en cada momento por el destino personal, muestra que el hombre se limita en la materia y lucha por librarse de ella, se dirige hacia el espíritu, e imagina con la fe. El terror por la disolución de la conciencia, del alma y del espíritu nos conducen al camino de dar finalidad al mundo, a la existencia y a el universo mismo, y en quien encuentra que se debe dirigir todo lo antes mencionado, lo único que nos puede salvar de la nada y de la disolución tanto del el espíritu como de los sentidos del cuerpo es una Conciencia Universal, Dios. Unamuno tiene claramente afianzada la creencia de que lo que busca, el Ser, querer ser todo y a la vez sí mismo es el deseo interminable de la vida que pide ser prolongada hasta

el infinito. La angustia religiosa es la base del sentimiento trágico de la vida, incertidumbre de no ser, creencia en mantener la conciencia por encima del mundo. Encuentra la desesperación por poner a prueba esa fe, se angustia ante la incertidumbre de esa vida inmortal, sufre por saber que ha de morir, y afirma su existencia en el dolor de dejar de ser, al mismo tiempo afirma su miseria, en la que solo puede dar razón de su ser, pero que siente que ha nacido para trascender, para ser siempre y por siempre.

Ángela Llegué a casa y me puse a rezar, y al llegar a aquello de “ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte”, una voz íntima me dijo: “¿pecadores?... ¿y cuál es nuestro pecado?” ¿Cuál es nuestro pecado...?

Don Manuel ¿Cuál? me respondió [...], ya lo dijo el gran doctor de *La vida es sueño*, ya dijo que “el delito mayor del hombre es haber nacido”. Ése es, [...], nuestro pecado: el haber nacido.

Ángela ¿Y se cura [...]?

Don Manuel ¡Vete y vuelve a rezar! Vuelve a rezar por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte... Sí, al fin se cura el sueño..., al fin se cura la vida..., al fin se acaba^{50...51}

⁵⁰ Cf., De Unamuno, Miguel, *Cómo se hace una novela, La tía Tula, San Manuel bueno, mártir y tres historias más*, México, Porrúa, 2008, pp. 169, 170, 175, 176. Analicemos algunos elementos más del San Manuel Bueno, Mártir. Hay una tristeza que le agobia. Esa “insondable tristeza” consumía al santo varón, como si fuera una enfermedad que le *minara* tanto el cuerpo y el alma. Éste estar minado hacia estragos. “con esta mi loca actividad me estoy administrando opio. Y no logro dormir bien y menos soñar bien... ¡Esta terrible pesadilla! Y yo también puedo decir con el Divino Maestro: ‘Mí alma esta triste hasta la muerte.’” La misma voz que hacia retumbar todo el ser de sus fieles “aquella voz que era un milagro, adquirió un cierto temblor íntimo” se quebraba y las lágrimas se hacían presentes cuando hablaba al pueblo “del otro mundo, otra vida”. Y por fin en la última semana de pasión el pueblo todo presente la tragedia que se viene ¡Y como sonó entonces aquel: “Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?” el último que en público sollozó Don Manuel. Ante el descubrimiento y el develamiento de su falta de fe, de no *creer* (en Miguel de Unamuno creer en primer instancia significa querer creer) en la vida venidera, ante la última comunión general repartida y también ante un Lázaro minado por el pensamiento de que el hombre no es inmortal, se inclina y al oído le dice: “No hay más vida eterna que ésta... que la sueñen eterna... eterna de unos pocos años”, y al dársela a Ángela la que no reniega de su fe dice: “Reza,..., reza por nosotros.” Y luego, algo tan extraordinario que lo llevo en el corazón como el más grande misterio, y fue que me dijo con voz que parecía de otro mundo: “...y reza también por Nuestro Señor Jesucristo...” “me levante sin fuerzas y como sonámbula. Y todo entorno me pareció un sueño.” La creencia es el salúfero, Ángela encuentra el pecado, ante la duda ¿cuál será ese pecado? No logra desvelar el riesgo que advierte el casi santo, sólo le queda la congoja por la pregunta, le angustia no saber. La clarividencia para el casi santo es el pecado de haber nacido, y que se acaba la vida. Deja por último la obra de la creencia a Ángela, al considerar que su hora de morir había llegado. Dice San Manuel: “Oíd: cuidad de estas pobres ovejas, que se consuelen de vivir, que crean lo que yo no he podido creer... Y hasta nunca más ver, pues se acaba este sueño de la vida...”. Es así que trae a “Aarón y a Moisés que por no haber creído (al Señor)” el primero murió al ser desnudado por Moisés en el monte Nebo y el segundo es privado de pasar a la ¡tierra prometida!, del mismo modo murieron solos “se muere sin remedio y para siempre.”, y le encomienda su absolución rezando “para que todos los pecadores todos sueñen hasta morir la resurrección de la carne y la vida perdurable”, y Ángela se queda a la espera de un “¿y quién sabe...?”

Ante toda la vida minada y trágica de los dos hombres que dudan de tal vida, la salvadora Ángela está plenamente segura de que ambos “murieron creyendo no creer (no creía significa más bien creía no creer), Cfr., De Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la Vida en los hombres y el los pueblos y Tratado del amor de Dios*, p. 258),... pero sin creer creerlo, creyéndolo en una desolación activa y resignada.”. Resulta de toda íntima batalla el rescate de que por lo menos viven (los otros). “Y ahora creen en San Manuel Bueno, mártir, que sin esperar inmortalidad les mantuvo en la esperanza de ella. Y queda el sentimiento trágico de la vida (desesperación religiosa) de la vida la angustiada, que pretende ir más allá de la fe y la desesperación.

La tragedia del hombre reside en la pugna de vivir a costa de la desesperación y aún con la fe para dar significado y sentido a la existencia.

⁵¹ de Unamuno, Miguel, *Cómo se hace una novela, La tía Tula, San Manuel bueno, mártir y tres historias más*, México, Porrúa, 2008, p. 171.

2.- La concepción de lo trágico en Unamuno

En un escondrijo, el más recóndito del espíritu, sin saberlo acaso el mismo que cree estar convencido de que con la muerte acaba para siempre su conciencia personal, su memoria, en aquel escondrijo le queda una sombra, una sombra de sombra de incertidumbre, y mientras dice: «Ea, ¡a vivir esta vida pasajera, que no hay otra!», el silencio de aquel escondrijo le dice: «¡Quién sabe...!» Cree acaso no oírlo, pero lo oye. Y en su repliegue también del alma del creyente que guarde más fe en la vida futura, hay una voz tapada, voz de incertidumbre, que le cuchichea al oído espiritual; «¡Quién sabe...!» [...] ¿Cómo podríamos vivir, si no, sin esa incertidumbre?⁵²

En la novela *San Manuel Bueno*, Miguel de Unamuno muestra que: “El contento de vivir es lo primero ante todo. Nadie debe querer morirse.”⁴³ En ese contento de vida podemos advertir la angustia que mina la existencia, y que es una enfermedad mortal. Ante un juicio donde se le pide colaborar y sacar la verdad al condenado prefiere hacerse a un lado, ya que él considera que no ha de sacar verdades que conduzcan a la muerte: “yo no saco a nadie una verdad que le lleve acaso a la muerte.”⁵³, él más que nadie sabe de ello, pues mantiene a los creyentes con un aliento de esperanza. Al dejar intacta la verdad del condenado se centra en la que le interesa, esa verdad que él mismo resguarda no podría dar el aliciente para la vida; el no creer en la perduración de la vida hace de la existencia una lucha para no llevar a nadie a la negación total, al desconsuelo rotundo.

Tanto el convencimiento de que con la muerte se acaba para siempre la conciencia, y por eso es vital vivir, como lo importante que resulta la creencia en la vida infinita, la incertidumbre de ella, resultando un aspecto trágico dentro de la tensión por el infinito, el ansiado salto de la subjetividad hacia el infinito solo es posible desde lo finito, una continuación de casi todos los aspectos de la persona, depurando la vida del dolor, el sufrimiento y la muerte. La lucha por la persistencia o su completa disolución, abrigan

⁵² de Unamuno, Miguel, *San Manuel bueno, mártir*, p. 255.

⁵³ de Unamuno, Miguel, *San Manuel bueno, mártir*, p. 154.

una agonía en el hombre de carne y hueso que hacen de su existencia la realización de las posibilidades, de agotar todas ellas. El Sentimiento trágico de la vida es la base de la vida existencial, el riesgo de dejar de ser y el deseo de no perecer, el conflicto entre el “quizás sí, quizás no” respecto a la “vida inmortal”, imperecedera, por la ansiada gratuidad de la existencia. Tan gratuito es existir como seguir existiendo es la afirmación de Miguel de Unamuno. De aquí se sigue la necesidad de sentirse a sí mismo; la apuesta de que para nosotros la conciencia lo es todo, se enfrenta de continuo a la certeza de que la conciencia se nos acaba. La miseria de la vida considera la posibilidad de alcanzar el todo, así como no poder no creer en la otra vida y menos aún en la resurrección no alcanzar a afianzar la fe, son necesidades vitales, para Unamuno el resultado más claro y a la vez la garantía de su deseo. Y de este encuentro desgarrado en la existencia del hombre, en su ser surge el sentimiento trágico y que como el ser finito; duda, quiere, desea y se apasiona por encontrar un sentido a su ser.

La alegría imperturbable de San Manuel Bueno, es “la forma temporal y terrena de una infinita y eterna tristeza que con heroica santidad recataba a los ojos y los oídos de los demás”⁵⁴, la constante actividad, mezclarse en las tareas de los demás, así como en las diversiones, parecen que muestran la temeridad del santo, el temor hacia la soledad. Como si quisiera “huir de sí mismo, huir de su soledad”⁵⁵, pero la santidad del casi santo va más allá, la vida existencial le conduce a la soledad, al lago, donde se advierte la profundidad de la pena, de la cruz del nacimiento, precisamente radica en que mantiene dentro de la creencia que él no logra. San Manuel mantiene al creyente en la convicción de que ha de vivir, cuando claro está que el mismo no puede creer en esa resurrección. “La soledad me mataría el alma

⁵⁴ de Unamuno, Miguel, *San Manuel bueno, mártir*, p. 158.

⁵⁵ *Ibíd.*

[...] Yo no debo vivir solo; yo no debo morir solo. Debo vivir para mi pueblo, morir para mi pueblo, [...] Yo no podría llevar solo la cruz del nacimiento.”⁵⁶

Nietzsche vislumbró el camino de salida de lo que hay de terrorífico en la vida, en la aceptación de la vida misma debida a la voluntad de dominio y considero lo Trágico, por lo tanto, como la aceptación Dionisiaca de lo terrorífico e incierto. “La profundidad del artista Trágico escribe entonces consiste en que su instinto estético considera las consecuencias lejanas y no se detiene con cortedad de miras en las cosas próximas, que afirma la *economía en grande*, la economía que justifica lo terrible, maligno y problemático y que no se contenta con justificarlo” (*Wille zur Macht*, ed. 1910, § 374; trad. esp.: *La voluntad de dominio*, Madrid, 1932). Esta concepción de lo Trágico, aun cuando su expresión se encuentra por lo común expresada imperfectamente o mezclada con las otras dos, se puede reconocer por el hecho de que da lugar en su caracterización a la *problematicidad* de la situación Trágica, o sea, al carácter que le permite decidir de un u otro modo sin que su decisión sea definitiva o perfecta. En este sentido el carácter de lo Trágico ha sido expresado por Miguel de Unamuno en *Del sentimiento trágico de la vida* (1913) que lo expresa con el *¿quién sabe?* de Don Quijote.⁵⁷

La aceptación de lo terrorífico e incierto dentro del pensamiento de Unamuno es la raíz del sentimiento trágico, está bien demarcado con el temor hacia la nada, incierto resulta negarla o afirmarla, en el mismo sentido la parálisis de la vida o una quietud resultan terrorífico, en ese mismo sentido resulta la incertidumbre respecto a la negación o afirmación de la inmortalidad del alma. De ahí que el carácter del hombre de carne y hueso engendra una actitud respecto al problema de la perduración, la perseverancia de la conciencia después de la muerte. De ahí que afirmar una u otra posibilidad no son definitivas, sin embargo si le queda a él hombre la elección de su voluntad de querer ser o la angustia por dejar de ser. Unamuno reitera que la filosofía⁵⁸ ha de tomar al hombre por lo que es,

⁵⁶ *Ibíd.*

⁵⁷ Abbagnano, Nicola, *Diccionario de Filosofía*, Fondo de Cultura Económica, México, 2008, pp. 1052, 1053.

⁵⁸ Cf., de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 114. “la filosofía que uno haya de abrazar tiene otra finalidad extrínseca, y se refiere a nuestro destino todo, a nuestra actitud frente a la vida y al universo. Y el más trágico problema de la filosofía es el de conciliar las necesidades intelectuales y las necesidades afectivas y volitivas.” El hombre al ser el sujeto y objeto de la Filosofía busca una proyección al infinito desde dentro de sí por vida, el problema vital, es el de nuestro destino personal e individual, la manifestación de vida, de ahí el sentimiento respecto a la vida. Al ser el hombre quien siente el problema de su destino en la vida íntima, es en quién recae la responsabilidad por elegir querer ser. El sentimiento de infinito va aparejado con la perduración del ser, con la voluntad de permanecer de la conciencia, de ahí que querer ser es seguir siendo yo hasta el infinito, es decir, no negar la condición actual de cada individuo.

ha de preocuparse por su destino personal e individual. Pues la filosofía tiene un serio problema para Unamuno y es el de conciliar las necesidades del hombre de carne y hueso; las necesidades afectivas, volitivas con las necesidades intelectuales, bajo estas consideraciones encuentra una lucha por dicha conciliación.

Mientras el instinto de conservación del hombre pone el conocimiento al servicio de la vida, es decir, el hombre sólo conoce lo que necesita para poder vivir, este instinto tiene sus sentidos y el hambre como cimiento, el instinto de perpetuación posibilita la existencia de otro mundo, no menos real que aquel que forma y percibe, que conoce, es decir el mundo objetivo, el amor es la fuente de este instinto que es fundamento de un mundo ideal, como sentido social la imaginación es su facultad íntima que personaliza todo y que va a revelar la inmortalidad del alma y de Dios. “Y así como el hombre conoce lo que necesita conocer para que se conserve, así la sociedad o el hombre, en cuanto ser social conoce lo que necesita conocer para perpetuarse en sociedad.”⁵⁹ Para Unamuno de la imaginación brota la razón, ambas yerran igual que los sentidos y sin embargo se necesitan. Vida, razón y fe guerrear, se necesitan y colaboran.

La imaginación como facultad creadora permite la personalización del todo, al permitir revelar la inmortalidad del alma, extiende el panorama de la vida para más allá, el sentido teleológico, la finalidad y el para qué de todo lo que hace el hombre, es decir no solo pretende perseverar en su ser, sino vivir siempre, entre la vida y la razón “acaso entre ellas hay una oposición que cabe decir que todo lo vital es antirracional, no ya sólo irracional, y todo lo racional, anti-vital. Y ésta es la base del sentimiento trágico de la vida.”⁶⁰. Y así se presenta del sentimiento trágico en los hombres, la tendencia a ser siempre en el todo, la voluntad por quererlo ser todo se extiende hasta el

⁵⁹ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 128.

⁶⁰ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 139.

infinito y hacia la eternidad, lo que considera como la Conciencia Universal. Así que la tensión entre la vida y el conocimiento son la base del sentimiento respecto a la comprensión e incomprensión de la vida y el mundo. El terror alocado como el temor hacia la nada son lo que ha de vencer la acción del hombre, de ahí que obra con un propósito de tal manera que cuanto más unitario sea es más hombre; en este caso el propósito unitario y total es la perduración de la conciencia después de la muerte a partir de la voluntad de querer ser todo y la vez uno mismo. Miguel de Unamuno deja ver la congoja que le asedia, como una llaga que no se cierra y contra la cual no hay medicina más segura que el amor infinito por querer ser, pero del mismo modo sabe que lo que posee es una existencia que se debacle entre la incertidumbre de lograr su deseo y la creencia firme de persevera por siempre. Lo que denomina como angustia espiritual no es otra cosa que la lucha sin fin de ese anhelo, con la evidencia de perecer, que identifica como todo aquello que niega la trascendencia de la conciencia, del alma.

Incluso la consideración que más le hace mella en el corazón es que el hombre sea un ser afectivamente estúpido, es decir, que no sienta el problema de la persistencia del alma, y le enfurece más todavía quien se atreve a decir que no hay Dios, que se empeña en mostrar que es un esfuerzo inútil empeñarse en ello, en la búsqueda de Dios, en la necesidad existencial de que Él salve la pobre conciencia de la aniquilación, de que se esfume y de que realmente sea vano el esfuerzo de quienes has creído en que han de ser, de continuar con una vida eterna e infinita después de la muerte. Al considerar la posibilidad de la aniquilación de la conciencia, como la posible perduración de la vida, el rechazo de la razón o pensar siquiera que exista el problema de la persistencia, de prolongar infinitamente ésta vida, ¡no otra!, del mismo modo no integra la posibilidad de querer como esfuerzo interminable en la existencia por medio de la voluntad, de querer seguir siendo después de haber muerto, se atreve a ir más allá de las

circunstancias temporales, es decir, da pauta para la creencia con miradas próximas a la vida imperecedera, quiere trascender los límites ante la indeterminación del hombre de carne y hueso. De este modo se justifica lo terrible y paradójico y hasta contradictorio dándole un lugar en la vida del hombre de carne y hueso que, nace, sufre, y muere, sobre todo esto muere. Lo que permite la pugna entre la razón disolvente de la posibilidad y el sentimiento con apasionada voluntad por creer en esa vida y en la inmortalidad del alma. La resolución entre el conflicto es ya por sí mismo difícil de solucionar, la reiteración constante es un la resignación desesperada a solucionarlo.

Para Unamuno, Kant da el salto de una crítica a otra, por la preocupación del problema de su destino, de Descartes reitera que prescindió de sí mismo, ya que lo primordial es que se vive no que se piensa, aun cuando no piensen los que viven, prescinde del verdadero hombre que no quiere morir. Lo primordial para Unamuno es vivir, sentir el pensamiento, sentirse uno a sí mismo, sentir la carencia de Dios, y por tanto su necesidad. “Lo primitivo no es que yo pienso, sino que vivo.”⁶¹ El consuelo tanto para Kant como para Descartes es según Miguel de Unamuno el consuelo de la vida eterna, hacer vivir a los hombres mediante la esperanza de que han de perdurar, sobrepasando el tiempo y el espacio, el problema del género humano implica el porvenir. De ahí se comprende luego que la continuación de la vida, ese deseo que se manifiesta en el hambre de inmortalidad, se crea como un seguir siendo siempre sí mismo y al mismo tiempo todo lo demás, en aspirar a poseer en vez de ser poseídos, en ser la Conciencia del Universo.

Don Manuel, la verdad, la verdad ante todo”, él, temblando, me susurro al oído —y eso que estábamos solos en medio del campo—: “¿La verdad? La verdad, Lázaro, es acaso algo terrible, algo intolerable, algo mortal; la gente sencilla no podría vivir con ella.” “¿Y por qué me la deja entrever aquí, como

⁶¹ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 141.

en confesión?”, [...] “Porque si no, me atormentaría tanto, tanto que acabaría gritándola en medio de la plaza, y eso jamás, jamás. Yo estoy para hacer vivir a las almas de mis feligreses, para hacerles felices, para hacerles que se sueñen inmortales y no para matarles. Lo que aquí hace falta es que vivan sanamente, que vivan en unanimidad de sentido, y con la verdad, con mi verdad no vivirían. [...] ¿Religión verdadera? Todas las religiones son verdaderas en cuanto hacen vivir espiritualmente [...] en cuanto les consuelan de haber tenido que nacer para morir, y para cada pueblo la religión más verdadera es la suya, la que le ha hecho. ¿Y la mía? La mía es consolarme en consolar a los demás, aunque el consuelo que les doy no sea el mío.⁶²

Sentir que la vida se acaba, que la conciencia es algo más que un fenómeno del mundo objetivo, que la finalidad de la vida es la perseverancia, la esencia del hombre actual es un deseo de no mortalidad, esa afirmación se hace por medio de la voluntad de querer no morir, de no querer quererlo. Si hacemos caso a Unamuno sentirse vivo o vivir es sentirse imperecedero, lo que aparece como algo posible y hacedero resulta en una falta tremenda de fe. San Manuel desvela que el sueño de la vida inmortal al fin se acaba.⁶³ Unamuno reconoce en San Manuel el camino de la vida, un encaminarse en cada momento a la muerte, el dolor que produce tal desvelamiento desencadena un estado de la conciencia al estar minado, el resguardo del silencio, la búsqueda de un consuelo, tratar de hacer felices a los creyentes, estar para hacer vivir, son algunas de las consideraciones ante la falta de fe, ante la carencia vital de creer, San Manuel encuentra el vacío de la existencia humana, el susurro en la conciencia “dejarás de ser”, la falta de una vida más allá de ésta, nos pone en el pensamiento de que se ha de morir de una manera irremediable.

La angustia del casi santo es por el aquí y ahora de su vida, quiere creer pero no puede, quiere alejarse de la soledad infinita asistiendo a sus hermanos a creer y a morir con la esperanza, pero sobre todo le acongoja no ser sí mismo por siempre. Y sin embargo le agobia el problema de la

⁶² de Unamuno, Miguel, *San Manuel bueno, mártir*, p.165.

⁶³ Ver nota 14.

personalidad, “si uno es lo que es y seguirá siendo lo que es.”⁶⁴ Que sus esfuerzos se pierdan para siempre. La enfermedad que lleva el San Manuel es hasta la muerte, la enfermedad de no poder creer a pesar de mantener a otros en ella.

“He aquí mi tentación mayor” [...] Mi pobre padre, que murió cerca de noventa años, se pasó la vida, según me lo confeso el mismo, torturado por la tentación del suicidio, que le venía no recordaba desde cuándo, *de nación*, decía, y defendiéndose de ella. Y esa defensa fue su vida. Me conto escenas terribles. Me parecían como una locura. Y yo la he heredado, ¡Y como me llama esa agua con su aparente quietud —la corriente va por dentro— espejo al cielo! ¡Mi vida, Lázaro, es una especie de suicidio continuo, un combate contra el suicidio [...]! [...] la tentación del suicidio es mayor junto al remanso, que espeja de noche las estrellas, que no junto a las cascadas que dan miedo. [...] he asistido a bien morir a pobres aldeanos [...] he podido saber [...] y cuando no adivinarlo, la verdadera causa de su enfermedad de muerte, y he podido mirar, allí, a la cabecera de su lecho de muerte, toda la negrura de la sima del tedio de vivir. ¡Mil veces peor que el hambre!⁶⁵

Unamuno comprende bajo estas consideraciones que la vida tiene sus claroscuros, su disfrute, su padecer, vivir es una constante de la existencia al agotar las posibilidades. Mientras afirma su sentimiento de la vida misma, afirma su cuerpo, su espíritu, reiterando la agónica existencia silente, tiene una farmacopea contra esa enfermedad de muerte, contra ese estar minado, que le mantiene en el sentido de la vida, en la negación a seguir las certezas de la razón, en la rebeldía por hacer de la vida un pensamiento vivo, con la necesidad de personalizar el todo, en el enfrentamiento con la incertidumbre íntima, la preocupación por el problema vital, la lucha sin descanso, el esfuerzo por mantener lo humano, la búsqueda de aliciente, ante el desconsuelo.

Así la exigencia de que la razón colabore con la vida y la fe, de su guerrear necesario, la razón no es propiamente hablando una facultad consoladora, de ahí que la fe interviene, la vida in formulable se manifiesta, la búsqueda siempre constante de consuelo, esa tremenda necesidad de

⁶⁴ de Unamuno, Miguel, *San Manuel bueno, mártir*, p. 147.

⁶⁵ de Unamuno, Miguel, *San Manuel bueno, mártir*, p.168.

Dios, de esa carencia, el surgimiento de la esperanza como consuelo del cuerpo, el alma y el espíritu.

El problema concreto vital que nos interesa, la razón no toma posición alguna. En rigor, hace algo peor aún, que negar la inmortalidad del alma, lo cual sería solución, y es que desconoce el problema como deseo vital nos lo presenta. En el sentido racional y lógico del termino problema no hay problema. Esto de la inmortalidad del alma, de la persistencia de la conciencia individual, no es racional, cae fuera de la razón. Es como problema, y a parte de la solución que se le dé irracional. Racionalmente carece de sentido hasta el plantearlo. Tan incognoscible es la inmortalidad del alma, como es, en rigor su mortalidad absoluta.⁶⁶

De la concepción trágica de la vida Miguel de Unamuno contrapone la razón a la vehemente ansia de ser: “No hay más vida eterna que ésta... que la sueñen eterna... eterna de unos pocos años... [...] cuidado de estas pobres ovejas, que se consuelen de vivir, que crean lo que yo no he podido creer. Y tú [...] cuando hayas de morir, muere como yo”⁶⁷, el sentimiento respecto a la vida se traslada en lo más trágico que hay en ella, una pugna a sabiendas que desde el comienzo se ha perdido, el empeño y el esfuerzo del hombre por creer se mina con el pensamiento de la mortalidad, de tal modo llega la afirmación de quien sabe rezar ante esa falta de fe, en el caso de Unamuno es Ángela quien asegura que el casi santo al igual que su hermano murieron creyendo no creer. La existencia, la razón, el sentimiento, confluyen en la misma angustia religiosa. “Cuando rezábamos todos en uno, en unanimidad de sentido, hecho pueblo, el Credo, al llegar al final yo me callaba. [...] se muere sin remedio y para siempre. [...] después de muerto ya no hay cuidado, pues no verá nada... [...] sigue rezando para que los pecadores todos sueñen hasta morir la resurrección de la carne y la vida perdurable...”⁶⁸ Ángela espera un “y quién sabe...?”⁶⁹

⁶⁶ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 145.

⁶⁷ de Unamuno, Miguel, *San Manuel bueno, mártir*, pp. 170, 171.

⁶⁸ de Unamuno, Miguel. *San Manuel bueno, mártir*, p. 172.

⁶⁹Ibid.

“El amor no es en el fondo ni idea ni volición; es más bien deseo, sentimiento, es algo carnal hasta en el espíritu.”⁷⁰ El amor resulta en una entrega al deseo de vivir, perpetuarse, como deseo de quien ama. “Lo que perpetúan los amantes sobre la tierra, es la carne del dolor, es la muerte. El amor es hermano, hijo y a la vez padre de la muerte, que es su hermana, su madre y su hija. Y así es que hay en la hondura del amor una hondura de eterno desesperarse, de la cual brota la esperanza y el consuelo.”⁷¹ Para Miguel de Unamuno del amor carnal, de su renuncia, hasta de su abandono nace otro tipo de amor. “Esta otra forma del amor, este amor espiritual, nace del dolor, nace de la muerte del amor carnal; nace también del compasivo sentimiento de protección”⁷² El espíritu que sufre vive a la espera de eso justamente que ama, el amor apunta a la eternidad, al absoluto, a lo divino, pues en ello encuentra lo que la finitud le obstaculiza, y no sólo eso sino que es su condición de ser finito, todo amor se le desvanece, el amor le da la posibilidad de la esperanza mantener la creencia en la persistencia. Su voluntad quiere que así sea, y porque así es, el amor es pues lo que tiene para mantener la búsqueda a su deseo. Su sentido permanente de lo imposible. Mientras la razón le niega ese amor imperecedero, en él nace el sentimiento de un amor, por lo eterno. Ama y espera aun cuando la razón le pone un dejad toda esperanza. Esta es la rebeldía unamuniana y a la vez la posibilidad de la fe como amor espiritualizado dentro del hombre.

Que hay de espanto en todo lo que Miguel muestra en la consideración del sentimiento respecto a la vida misma. Hacer al espíritu algo que conmigo se somete, le obliga a la liberación de este estado permanente de pena y zozobra. No sabemos lo que somos, lo que podemos ser y mucho menos lo que ha de ser con nuestra vida. La incertidumbre se abre por medio de la angustia religiosa, única que permite la posibilidad y la esperanza de una

⁷⁰ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 272.

⁷¹ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 275.

⁷² de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 275.

vida posible; de la continuación pues si algo es la vida y así la concibe Miguel de Unamuno es continuación precisamente de ésta. La vida espiritual apela a un dolor común de todos los hombres, una compasión de los amantes, una común miseria, por sufrir lo mismo es como se llega a la compasión; porque han padecido se han amado. Para Unamuno a partir de las consideraciones de un amor espiritual se subsume la vida placentera, la del gozo del cuerpo, es como renuncia, abandonado el amor hacia el cuerpo se llega a ese amor espiritual. La búsqueda de felicidad común por una felicidad propia, un destino conjunto por una vida del mundo, la perduración de la existencia, el padecimiento en aras de una conservación de la vida, sumergirse en los dolores del cuerpo por los disfrutes de una vida del espíritu.

Lo trágico para el hombre resulta de la consideración de tener que dejar de ser algún día, para siempre y la consideración de ser uno mismo por siempre. Estas consideraciones nos dejan dentro de la vida, la duda y la existencia que nos exalta una vida auténtica, sin esperanza de postergar nada, sin temor a la nada, buscando aliciente para la búsqueda de sentido en la vida consciente, con la certeza y con la acción de realizar la propia existencia, el ejemplo atormentado, es decir, en constante duda por la creencia de la vida, su perseverancia, nos arroja a la existencia misma. No podemos huir de esos momentos de soledad y eso lo comprende Miguel de Unamuno de ahí que centre la atención de una tristeza por encontrar la angustia y la incertidumbre a cada paso, de la vida. Se consuela ante el despertamiento de la vida, de que se acaba, y mantiene en el sueño, la lucha por hacer creer aun a sabiendas de su impedimento para poder creer, al llorar, se solidariza por comprender que la vida no se prolonga más allá, es decir su finitud y la consciencia de esta le hacen admirable, pues soporta en sus estados de conciencia el tener que nacer para morir. En ello radica la clarividencia, se muere, la entrega por existir se despliega desde la

agotamiento de lo que se es, y no se resigna a dejar se morir por tedio o aburrimiento. Agota todo lo que es, todo lo que puede ser.

Y la más fuerte base de la incertidumbre, la que más hace vacilar nuestro deseo vital, lo que más eficacia da a la obra disolvente de la razón, es el ponernos a considerar lo que podría ser una vida del alma después de la muerte. Porque, aun venciendo, por un poderoso esfuerzo de fe, a la razón que nos dice y enseña que el alma no es sino una función del cuerpo organizado, queda luego el imaginarnos que pueda ser una vida inmortal y eterna del alma. En esta imaginación las contradicciones y los absurdos se multiplican y se llega acaso, a la conclusión de Kierkegaard, y es que si es terrible la mortalidad del alma, no menos terrible es su inmortalidad.⁷³

Lo trágico dentro de la vida humana es una condición dentro de la vida del hombre que sufre el destino, el enfrentamiento directo desde la existencia ante la mortalidad, el dolor de no poder ser inmortales abre en el espíritu una conciencia de dolor, padece en carne propia la búsqueda de un sentido, el riesgo de la nada, el silencio total, la no existencia, ante este riesgo latente de la conciencia de dejar de ser un día, surge el deseo de divinidad, la duda vital de dirigirse a ella, encarnar el pensamiento de luchar por la perseverancia del ser, propio de cada ser racional. Lo trágico en la vida del hombre se muestra primero en el sufrimiento de la existencia, sentir el dolor de ésta, este sentimiento trágico respecto a la vida, de ahí la necesidad de accionar en actitud íntima respecto a sentirse mortal, la inacción dentro de la vida se patentiza en el tedio de vivir, de ahí que el hombre debe encarnar sus acciones siempre con la conciencia de dejar de ser, en cada momento es clara esa certeza, de ser finito y mortal.

⁷³ de Unamuno Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, pp.260, 261.

3.- Asequibilidad e integración del terror y el horror

Se quiere dar valor de realidad objetiva a lo que no la tiene; a aquello cuya realidad no está sino en el pensamiento. Y la inmortalidad que apetecemos es una inmortalidad fenoménica, es una continuidad de esta vida.⁷⁴

El terror ha acompañado al hombre desde los tiempos de la tragedia, dejar de ser uno mismo es la constante de cada conciencia, hombre de carne y hueso con unidad de sentido, en Miguel de Unamuno es el terror por la pérdida de la conciencia. “Tiemblo ante la idea de tener que desgarrarme de mi carne; tiemblo más aún ante la idea de tener que desgarrarme de todo lo sensible y material, de toda sustancia.”⁷⁵ El alocado terror por la nada es uno de los mayores riesgos de la conciencia, la disipación, el no ser ya, nunca más. Eso y el riesgo de una vida quieta, inactiva sin más son el riesgo del ser existente dentro del pensamiento unamuniano. Ya no es Edipo en contra de la figura de la Esfinge; figura de por sí cargada de terror, ya no es la pregunta por el animal; que, por el mañana camina a cuatro patas, al medio día en dos y al ocaso en tres. Sino que la pregunta se centra en querer saber más del destino individual, ahora la Esfinge devora frente a la imposibilidad de no poder saber del destino.

El encuentro con ese destino funesto se logra vencer en un enfrentamiento que da la posibilidad de integrar ese terror en la vida del hombre, que si bien produce un pavor, no deja inactivo al hombre. Los dioses se han ausentado de la vida del hombre desde hace mucho tiempo. Y son los hombres quienes buscan un sentido en la vida, una acción y una finalidad para su vida. Del encuentro con la Esfinge sigue perdurando el destino fatal que depara al hombre, ese no poder saber ni con toda la clarividencia de la razón, acerca de nuestro fin. Donde ese precipitado arrojar de la Esfinge es el mismo arrojar del hombre, lo que les une es

⁷⁴ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 214.

⁷⁵ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 156.

el símil, del inexpugnable *sino*. El hombre al vencer a la Esfinge se reitera en la condición perecedera. Mientras Unamuno considera que a la Esfinge se le enfrenta y vence su maléfico aojamiento, el sentido trágico se presenta de manera clarividente en ese arrojo al vacío, en eso se asemeja al hombre, tiene que saltar en algún momento.

“Ante este terrible misterio de la mortalidad, cara a cara de la Esfinge, el hombre adopta distintas actitudes y busca por varios modos consolarse de haber nacido.”⁷⁶ Un encuentro frente al destino nos muestra el terror incluso inmenso por la conciencia, el ¿para qué? de la Esfinge en el pensamiento de Miguel de Unamuno es inicio de un enfrentar lo monstruoso, terrible, enigmático, casi imposible de resolver. La consumación del destino siempre se paga con lo máspreciado del mundo, la vida, sus alegrías, los disfrutes momentáneos pero seguros por ser los únicos inmediatamente sentidos, su asistencia no deja en ningún momento los padecimientos y sufrimientos de la vida existencial. Antes bien todo se centra en lo que el hombre ha de preferir, hacer frente a ese llamado por buscar su destino, más fatídico que alegre. Pero con la completa certeza de que elige hacer su existencia, sabiendo en todo momento el precio de enfrentar a la Esfinge. El paliativo no es la quietud, la inacción el remanso del lago de San Manuel Bueno, ese llamado que esconde toda su fuerza en el interior, ese sufrimiento interior, toda la potencia estancada. Sino el flujo de la cascada, que produce un ruido casi ensordecedor.

La estirpe de Edipo se remonta a un lazo ligado desde su inicio a un destino fatal, donde cada paso dado se acerca a la consumación de su destino, el enfrentamiento, no claudicar, ni temer a ese ser alado, con garras y torso de mujer, símbolo de por sí ya del terror. Esa condición ineludible del destino hace del enfrentamiento un riesgo necesario, someter a lo

⁷⁶ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 161.

terrorífico, sobreponerse, tiene un tinte de sabiduría. Hacer frente a lo terrorífico, el hombre posee la capacidad de abrazar el destino, de estar consciente que cada paso acerca al inexpugnable encuentro de su fin, de la desgracia y de la pena. En Miguel de Unamuno el terror es la inacción, la resignación ante la mortalidad, dejar de ser es el terror, de la Esfinge, y contra ese no poder responder acerca del destino individual. A eso se debe enfrentar el hombre de carne y hueso, desespera porque si no lo hace se queda en la inacción, en la tranquilidad y en tedio de la vida.

Si al morir seme el cuerpo que me sustenta, y al que llamo mío para distinguirlo de mí mismo, que soy yo, vuelve mi conciencia a la absoluta inconciencia de que brotara, y como a la mía les acaece a las de mis hermanos todos en humanidad, entonces no es nuestro trabajo linaje humano más que una fatídica procesión de fantasmas, que van de la nada a la nada, y el humanitarismo, lo más inhumano que se conoce. [...] ¡No! El remedio es considerarlo cara a cara, fija la mirada en la mirada de la Esfinge, que es así como se deshace el maleficio.⁷⁷

“Piensen los hombres y obren los hombres como pensaren y como obraren, que se consuelen de haber nacido, que vivan lo más contentos que puedan en la ilusión de que todo eso tiene una finalidad.”⁷⁸ Esta invitación y tremenda necesidad de vivir como se piensa, es una de las exaltaciones, desde el helenismo, donde Miguel de Unamuno reitera el descubrimiento de la mortalidad; lo que identifica con el descubrimiento de la inmortalidad, Pensar y vivir como se piensa, u obrar es una de las más arduas dificultades de la vida existencial del hombre, pensar para vivir. Hacer del pensamiento la vida misma es una vida existencial tan posible por parte del hombre, un hombre feliz. En Miguel de Unamuno el contento, el hacer felices a los hombres es mantenerlos en la creencia, en mantener el sueño de la inmortalidad. El hacer que se contenten de vivir, es hacer que se alegren de ser imperecederos. La consideración de pensar y obrar es vivir con la angustia, la incertidumbre, la duda pasional, creer en el pensamiento de la

⁷⁷ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 150.

⁷⁸ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 169.

inmortalidad, hacen del pensamiento unamuniano una invitación a vivir conforme a ese sentimiento de la vida, del mundo, la comprensión e incomprensión de esa concepción unitaria y total de la vida, que engendre una acción de lucha por la perseverancia. Abrazando la conciencia, el cuerpo y el espíritu.

El hombre sentimental, volitivo, pasional, amoroso tiene dentro de su accionar un lugar para lidiar con lo terrible, lo monstruoso, lo fatal, así como de la alegría, la felicidad, la lucidez, mantener una vida existencial es su responsabilidad, enfrentarse a todos estos aspectos como tomar de ellos lo necesario en su vida depende de la consideración y de la conciencia que el hombre posee, como ser libre el hombre se concibe como tal y en ese concebirse elige su destino aquí, en el mundo, la consideración de que el mundo es para la conciencia, este mundo muestra que el hombre es habitante y a la vez algo tan pequeño en comparación con el pero que le supera por esa conciencia finita de su ser. La vida humana tiene la posibilidad de hacer, de llevar a cabo una vida auténtica, de vivir como se piensa. Enfrentar el riesgo, el peligro por ser siempre, hace de la vida una vida existencial. El enfrentamiento y ganarse al enfrentarse nos dan la entrada de esa vida cargada de sabiduría práctica. Justamente porque se es, es que se puede enfrentar al miedo de perecer, queda desvelada la grandeza de saber y actuar para vivir.

El terror a la incertidumbre de lo que habrá más allá de la muerte, el dolor en la imaginación de llegar a un desvanecimiento; que incluso ni el recuerdo sobreviva, es lo terrible para la conciencia. Este temor por el no ser, claramente es la constante de la conciencia humana, que desvela el pensamiento en el hombre. Temor por el quizás, que al mismo tiempo posibilita el enfrentamiento. Si el terror permite ganarse y dejar de temer a esa fuente de inacción, destrucción, parálisis de la vida, por otro lado

permite del mismo modo un ganarse a sí mismo. En ese mismo movimiento tenemos lo que potencializaría al hombre, es él quien tiene ese encuentro en su vida interior, esta intimidad o vida íntima enfrenta al hombre al horror, temblor de tener que dejar de ser, la búsqueda de consuelo es más consecuente frente a lo que aniquila. Lo terrible se hace más que presente, tiende a ocupar en la existencia un lugar, de tal modo que del encuentro, de esa producción debe haber una acción, como movimiento en la búsqueda incesante para que emane significado, esto es evidente en la posibilidad del *telos*, así el terror y su integración dentro de la existencia, asimilarlo en la vida, entenderlo y vivirlo, son modos de vivir la existencia de realizar el ser del hombre.

Ganarse con la pérdida del temor es aceptar la vida en todas sus dimensiones, a la incertidumbre de la conciencia latente de que el terror y el horror posee su lugar y que una vez sujetos tienen la capacidad de ser útiles en la vida del hombre. Conseguir una armonía con ese estado terrorífico ante la mortalidad o la inmortalidad del alma y por tanto de la conciencia, nos presenta algo más que un estado estupefacción que paraliza, o inactiva la vida, nos otorga una acción inmediata frente la aniquilación. El horror rosa la nada, disolución hasta de la conciencia, del cuerpo, la vida, por eso resulta un panorama cruel y temible, porque puede ser resguardo de cada conciencia, del hombre que cae en cuenta de su conciencia. El hombre de carne y hueso de Miguel de Unamuno, siente el trágico embate de la razón negadora, ese loco terror por el anonadamiento del espíritu, de ahí precisamente el horror a dejar de ser para siempre, reducir a nada el cuerpo y la existencia, es decir la pugna por la conciencia, tránsito de sombra, es un sueño de una sombra,⁷⁹ de ahí, que el movimiento

⁷⁹ No olvidemos que la concepción de la vida como sueño se expande por toda la obra de Miguel de Unamuno; con la vida es sueño y al fin se cura tanto en el sueño como en la vida... al fin se acaba". Y por tanto también hace del hombre de la madera de los sueños y muchas de las ocasiones que se le cuestiona sobre la locura de querer la vida inmortal (la vida, no la razón) se defiende arduamente con un "dejadme soñar que al fin la vida es sueño"

en lo recóndito del espíritu se encuentre el rescoldo de la sombra de esa incertidumbre, de la perseverancia, de no dejar de ser.

Lo que causa horror, el origen del espanto en Miguel es la pérdida total de la conciencia, que la conciencia de cada ser existente se desvanezca, como una condición posible y por tanto posible de acontecer, un tránsito de la conciencia a la absoluta inconciencia, una procesión sin finalidad. De ahí que la lucha es la rebeldía por preservar a toda costa la conciencia. Sin un sentido que sirva de norte para la vida, de que el esfuerzo de cada individuo por perseverar su ser, y de su personalidad que se proyecta hacia el todo, sin permitir que la imaginación como facultad creadora cree esa continuación de la vida, y que conduzca a una muerte sin esperanza, sin más con la vida del mundo. De la existencia a la nada; del ser al dejar de ser. Justamente aquí se muestra ese temor por el desvanecer de la conciencia del hombre, conflicto por su perseverancia ante la certeza del destino más seguro para el hombre, su mortalidad, la preocupación por la perseverancia implica un desasosiego en donde está en juego su destino, la inmortalidad del alma para Miguel de Unamuno, resulta monstruoso caer en la indiferencia por ese destino, dándole más importancia, un exagerando valor a la vida pasajera, pero tiene muy claro que esta vida es la única que puede dar y rebelarse contra el doloroso pensamiento de disolverse.

Por eso necesita la voluntad de querer ser, cada vez más y más uno mismo sin dejar de ser el que se es, de aspirar a ser el todo a ser yo (espíritu) sin dejar de desear, de sonar, estar enamorado de ese deseo de creer en la inmortalidad personal. Sin abandonar en ningún momento la vida que quiere ser siempre, y siempre ser sí mismo, aun cuando la imaginación solo vislumbre una creencia ante su límite, cabe del mismo modo la falta de fe y el surgimiento de la incertidumbre, nos queda una necesidad en la vida existencial de tender a lo divino, la personalización y la mantención del

anhelo de vida después de la muerte, sufre por no encontrar esa evidencia de inmortalidad. En el fondo la importancia de la vida se posa en el anhelo de perdurar, se confronta a la vanidad del mundo, el deseo, la pasión por ser cada vez más, pero creemos que el reconocimiento de la vida infinita se hace de la plena conciencia de esta vida mortal y finita, por lo que reconoce e identifica que si se da la contradicción dando unas veces más valor a la perduración y descartando esta vida en el mundo es precisamente por el choque inminente entre un saberse ser para la muerte y con la posibilidad de creer solo en un porvenir para la conciencia. Lo terrorífico dentro de la existencia considera ser por siempre al hombre en estado pasible, inactivo en el peor de los casos como un tránsito del ser a la nada. Eh ahí lo terrible de nuestra condición de hombres que sienten y desean un destino infinito.

El riesgo se muestra en la condición que descubre como el soportar la cruz del nacimiento, una consistencia en la soledad pensada como absoluta, el riesgo de no hacer caso a la voz íntima que clama en el desierto del mundo, la incapacidad de obtener respuesta, lo terrible desde el deseo es no sentirse imperecederos, no perseverar el ser, en la desgracia de no sentir lo divino en nosotros, en la búsqueda constante de sentido para nuestra existencia frente a la nada y sobre todo lucha por ser todo. El terror al hacerse presente en la existencia ocupa un lugar primordial en esa moral de batalla por la perseverancia. Horror y miedo por desvanecerse la conciencia, por ser destello en el universo, terror el que la nada sea destino semejante para cada una de las conciencias. De que sea el único destino seguro del hombre, una existencia rotunda y tajante, una soledad sin creencia, ni deseo vital. Por eso se rebela el hombre de carne y hueso, elige desentrañar y quiere saber qué será de ese inexpugnable destino personal, finito, sufriente, doloroso porque la concreción del hombre es real, así como su deseo. Del enfrentamiento de la incertidumbre del destino del hombre con la fe, surge el amor por la vida, la salvífica incertidumbre, por ser el consuelo más claro

ante ese haber nacido, el amor por lo divino, lo eterno y la esperanza de la creencia, en las palabras de Miguel de Unamuno en “creer lo que no vemos”, en creer a una persona, en darle crédito de lo que afirma. Y eso que no vemos y se encuentra ahí es la esencia del hombre, el esfuerzo que mantiene en ser, en no morir, no querer y ser al mismo tiempo todo, el universo mismo, la Conciencia absoluta.

Es una cosa terrible la inteligencia. Tiende a la muerte como a la estabilidad la memoria. Lo vivo lo que es absolutamente inestable, lo absolutamente individual, es, en rigor ininteligible. La lógica tira a reducirlo todo a identidades y a géneros, a que no tenga cada representación más que un solo y mismo contenido en cualquier lugar, tiempo o relación en que se ocurra. Y no hay nada que sea lo mismo en dos momentos sucesivos de su ser... La mente busca lo muerto, pues lo vivo se le escapa; quiere cuajar en témpanos la corriente fugitiva, quiere fijarla.... ¿Cómo, pues, va a abrirse la razón a la revelación de la vida? Es un trágico combate, es el fondo de la tragedia, el combate de la vida con la razón. ¿Y la verdad? ¿Se vive o se comprende?⁸⁰

Desde la perspectiva racional, de la certeza de morir para siempre, de dejar la vida misma sin querer, deja fuera la mínima posibilidad de conservar algo, descarta cualquier posibilidad de ser uno mismo después que muera, surge ante este riesgo una acción que batalla, toma el camino de la incertidumbre de esa vida infinita como posibilidad de ser ante el fatídico destino del hombre. La resignación por la pérdida del espíritu, que permite lanzar un grito de fe, de creencia porque todo conduzca al ser. La existencia humana como voluntad ⁸¹, voluntad de querer ser, rasgo individual del hombre por medio de la fe como se muestra en su inclinación hacia esa voluntad, el oficio de la fe es crear, esa imaginación muestra a la Conciencia del universo, la vida después de la muerte; es decir querer más, querer ser sí mismo, enfrentar lo que significa el terror a sumirse en el completo dejar de ser, dan la posibilidad de realizar ese ser, dándole una lucidez propia, llevando la existencia a un desenvolvimiento, el temor a

⁸⁰ de Unamuno Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, pp.220, 221.

⁸¹ Esto es la voluntad una posibilidad de hacer el mundo propio, apropiarme del él y no dejarme apropiar o ser poseído por él que es propiamente la intención de la racionalidad.

perderlo todo, enfrenta como posibilidad el riesgo de la conciencia de anonadarse, la conciencia del hombre como posibilidad de perseverar, estas dos posibilidades dan una afirmación de la existencia, que sufre por la unicidad del cuerpo, del espíritu, su irrepetible manera vivir sólo una vez, el dolor de ser siempre uno mismo lo deja en la acción de luchar por ser siempre el mismo, con todo lo que implica ser aquí y ahora; sufrir, padecer, disfrutar, querer, anhelar, reconocer, saber, tener conciencia.

Miguel de Unamuno apela al anhelo de perseverar porque tiene claro que la vida no se repite, se vive, no se teoriza o se le encasilla, clasifica, y como tal no da cabida al retroceso, se asume esa vida, se entrega por medio de la lucha de manera que ni lo terrible le resulte un obstáculo, enfrentarse al problema por la vida, lleva a la pena congojosa por el infinito, a la incertidumbre por la pérdida de la vida. El riesgo radica precisamente en la apuesta, de ahí la necesidad de vivir, sentirse que se muere y al mismo tiempo mantener el deseo, la pasión por conservar la vida. No olvidemos que sentirse es sentir la inmortalidad sin dejar u olvidar que morimos en cada momento.

Preocuparse por el destino, prestarle atención como si se tratara de una enfermedad es tan humano, luego comprendemos que va en ello todos los aspectos de la vida misma; la miseria, la felicidad, el dolor, el gozo. Terrible resulta la nada como morada de la vida, como sin razón para la conciencia, horrible resulta en la disolución de la conciencia, que no quede nada de nosotros, incluso la pérdida del recuerdo. De ese yo que pide la necesidad de sustentarse de algún modo. El consuelo es una agonía por la conciencia y de ahí la lucha por la gratuidad de la existencia, para que algo se quede, sobreviva. Anhelo de eternidad, de ser por lo menos cuanto dure el yo concreto, la personalidad. ¿Y por qué resulta triste el tener que dejar de ser? Tal vez porque el hombre no comprende que hay que agotar la vida,

que la vida se acaba, que la vida se vive aquí y ahora, si desespera es porque vive y solo vive quien no espera ya nada, sino que se entrega a vivir, agota sus posibilidades, más terrible es dejar de ser en paz, sin agonía, sin pugna por ser uno mismo, horror entregarse a la nada, arrastrado e incluso violentado, por el pensamiento de dejar de ser.

Mantenerse la creencia en la perseverancia también requiere esfuerzo por pensar en la nada, por enfrentarse de manera directa con la incertidumbre de la salvación para el alma, mantener en la esperanza al hombre de una vida inmortal, de querer ser todo, teniendo presente la finitud, sed de inmortalidad, es el problema de la perduración de la vida, del ser de la conciencia del hombre, convencer al hombre en una vida inmortal resulta una pugna de la creencia, de una necesidad de la fe en la vida del hombre, ante la razón que desvanece la conciencia, el pensamiento del hombre le hace vivir. El hombre de carne y hueso lucha por su perseverancia al tener claro que la muerte es un obstáculo para su deseo, pero del mismo modo comprende que la conciencia de la muerte es un terror desmesurado por la nada, de ahí la necesidad primordial de pensar su destino, de dejar ver que su conciencia se desgarrar entre el ser y la nada, que vive y sufre, se duele de haber nacido para morir, y en ese reconocimiento le va la existencia.

Existir implica pensar el destino final, aceptar luchar por la conciencia, afianzando la vida en el mundo, y viviendo a la vez, sin dejar el pensamiento que la vida se acaba, que la incertidumbre permite vivir, vitaliza incluso, que la esperanza se agota y que se desespera por no encontrar esa vida imperecedera, que el alma ha de ser aunque sea un resquicio de la memoria, o no es nada. Que el espíritu es incluso algo material, bulto como lo llama Miguel de Unamuno o no es nada. Que el hombre de carne y hueso encuentra en la necesidad de la esperanza un salutífero ante el absurdo del mundo, que lleva a la contradicción de la vida

humana. Por sentir que el hombre no está sometido a las leyes naturales, que tiene la capacidad de elegir de comprender su destino. De hacer caso a el susurro del creyente que afianza en la fe la creencia de la inmortalidad y del desesperado que solo se entrega a la vida en el mundo y en ambos resuena en los momentos de soledad tanto espiritual como corporal un ¿quién sabe...? Respecto a ambos queda la vida desesperada, la incertidumbre de una muerte para siempre o la vida consciente y personal; su perduración.

Y ved con que grosera brutalidad hablan de la fe.... Viroch mismo no se ve libre de ellas. Y otros lo hacen más sutilmente. Hay gentes que parece como si no se limitasen a no creer que haya otra vida, o, mejor dicho, a creer que no la hay, sino que les molesta y les duele que otros crean en ello o hasta que quieren que la haya. Y esta posición es despreciable, así como es digna de respeto la del que, empeñándose en creer que la hay, porque la necesita, no logra creerlo. Pero de este nobilísimo, y el más profundo, y el más humano, y el más fecundo estado de ánimo, el de la desesperación.⁸²

4.- El sentimiento trágico ante la infinitud y la finitud

Si el hombre de carne y hueso, sustancial, existente por tanto, tiene un sentimiento trágico de la vida, es decir, la necesidad de formarse una concepción unitaria y total tanto del mundo como de la vida, y esta es trágica, una lucha sin victoria ni esperanza de obtenerla, en la que se toma una libre elección respecto al problema de la inmortalidad del alma, la mortalidad del cuerpo, la del espíritu, por ser sí mismo, sentimiento trágico por querer no morir del todo, y por entender justamente que ha de morir. Que en ésta vida le depara la mortalidad. Encontramos en el sentimiento un signo de contradicción al reconocer que la vida en el mundo no tiene valor primordial, y de que el valor que se le presta a el porvenir de esta no es

⁸² de Unamuno Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, pp.227.

suficiente, es decir, que el valor que le prestamos a esta vida pasajera es exagerado, y la verdadera vida no tiene el valor que debería tener. Lo que queda más que claro es la muerte del ser existente, como verdad es ineludible, como certeza es la más segura de todas. La pena de que se acaba y de que se agota, la angustia, asumir la existencia como aquella que vive sufriendo, atormentada por lo que habrá después de ésta vida, por la conciencia tan segura de su fin, nos tiende a una finalidad de la vida. La existencia se arroja a un mundo que con todo y sus apariencias le permite vivir, ser el mismo, sin dejar de advertirle que su conciencia es la única de que tiene conciencia de ser. Absurdo el tratar de encontrar una verdad para el mundo, si es que es posible asignarle verdad alguna. Si bien el mundo no toma partida y mucho menos interfiere en la vida del hombre. Si le acepta en su seno, le cobija y le permite asirse en algunas ocasiones a él. Pero como ser finito reconoce que éste mundo ha sido entregado para sus conciencia, y para su disputa. Como conciencia el hombre nace, sufre y muere, apuesta por ganar el todo mediante la fe. Por ganar el infinito se enfrenta al mundo. En otras palabras por vivir siempre, es decir por romper los lazos que tiene con el mundo, como aquel sordo que lo deja morar y del cual sólo obtiene el límite de su condición, su ser sí mismo. Justamente la conciencia la que le pone en el camino de la finalidad, la que le entrega el mundo como diferente de este.

Pero si nos apegamos a esa conciencia finita, a esa existencia que se empapa, se sume en los tiernos y cálidos paisajes del mundo, también encontramos que ese sentimiento trágico de la vida en los hombres reconoce que el mundo le alberga. Le es tan entrañable que le deja hacer lo que la conciencia quiere, incluso le transforma, con ese afán de que ha sido entregado a su conciencia. Pero justamente la finitud del ser existente, cae en cuenta que está en este mundo, que no puede desligarse de él por más

que quiera vida perdurable. Vida más allá de la temporalidad y el espacio⁸³. Y como hogar sólo en este se mueve, acepta su vida, así como lo resguarda cuando muere. El silencio del mundo, quieto, sin emitir palabra y menos aún sentido que influya en su ser. Como ser finito cae en la cuenta de que por más que quiera reconocerse como desigual de la materia, su carne, sus huesos, su vida se extingue, sufre un destino similar a cada conciencia humana. El sentimiento trágico le lleva a la resignación de que al fin la vida se acaba. Y que lo que le debe ocupar es una existencia que se siente viva y por ello mismo padecida y disfrutada pues no alcanza la conciencia para detener el flujo.

Ni, pues, el anhelo vital de inmortalidad humana halla confirmación racional, ni tampoco la razón nos da alivio y consuelo de la vida y verdadera finalidad de ésta. Mas he aquí que en el fondo del abismo se encuentra la desesperación sentimental y volitiva y el escepticismo racional frente a frente, y se abrazan como hermanos, un abrazo trágico, es decir, entrañadamente amoroso, de donde va a brotar manantial de vida, de una vida seria y terrible. El escepticismo, la incertidumbre, última posición a que llega la razón ejerciendo su análisis sobre sí misma, sobre su propia validez, es el fundamento sobre el que la desesperación del sentimiento vital ha de fundar su esperanza.⁸⁴

La finitud al ser el límite de la conciencia, se sitúa como diferente según el hombre Unamuno y justamente como diferente quiere ser siempre y al mismo tiempo ser todo, no quiere el mundo perecedero. Pero resulta que ese ser sí mismo, siente en sus entrañas la falta de algo, e incluso puede sentirlo de manera tan latente y persistente que cree que le está destinada una sed de inmortalidad, hambre de ser todo, es decir que busca ese tan anhelado infinito. Romper con los límites a los que se enfrenta en el mundo, es decir trascender al espacio y el tiempo. Pero tal infinitud no le es propia, es de ahí que viene del sentimiento trágico de la vida, que le sitúa en el

⁸³ La escena de la madre moribunda de Ángela con el casi santo, reiteran que el cuerpo se queda en el mundo, que el espíritu también. Justo por eso el santo varón se lamenta, porque le pesa en el fondo que se muere.

⁸⁴ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, pp. 241, 242.

mundo y en el cual muere. Pero que a partir de la conciencia siente que ha nacido para vivir siempre y busca aquello que a vivir siempre le conduzca, pone su mirada íntima hacia lo infinito, la apertura interior por ser lo todo, sin dejar de ser sí mismo. Prefiere ese anhelo a la no existencia, es decir su miseria es saberse finito en su ser, y justo de ese abismo señalado en el riesgo de la nada cimienta su desesperación sentimental, es decir su esperanza en la infinitud.

Se esfuerza por mantener su fe en la infinitud, si el sentimiento trágico de la vida resulta una contradicción, es decir unas veces es clara y punzante la zozobra de que ha de morir y otras se sujeta al anhelo, deseo furibundo de querer ser más y más si mismo, sin dejar de ser. Imperecedero, inmortal, infinito, quiere la existencia propia, que necesita de ese infinito, que le auxilie, que le defienda su personalidad, su ser. Resalta la realidad de ese ser infinito por el sentimiento, en los momentos que su finitud le manifiesta la carencia de su ser. El ahogo, la falta de esa infinitud, la conciencia cae en cuenta de que se le desvanece el cuerpo, el mundo, el espíritu, su yo, su conciencia. Y apela a esa realidad inmediatamente sentida, una sensación directa sobre todo de su falta en los momentos de ahogo.

Dios mismo, no ya la idea de Dios, puede llegar a ser una realidad inmediatamente sentida; y aunque no nos expliquemos con su idea ni la existencia ni la esencia del universo, tenemos a las veces el sentimiento directo de Dios, sobre todo en los momentos de ahogo espiritual. Y este sentimiento, obsérvese bien, porque en esto estriba todo lo trágico de él y el sentimiento trágico de la vida, es un sentimiento de hambre de Dios, de carencia de Dios. Creer en Dios es, en primera instancia, querer que haya Dios, no poder vivir sin Él.⁸⁵

Para Miguel tiene la consideración que el descubrimiento de la cultura Helénica representa es descubrimiento por parte del hombre de la inmortalidad del alma, con el descubrimiento de la muerte y continúa

⁸⁵ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, pp. 320, 321.

diciendo que los judíos encontraron al Dios vivo, personal. Justo a partir de ahí se incrusta el problema de la inmortalidad. Pero basta decir que nuestra finitud nos muestra la carencia ante la imperfección tanto del cuerpo como de la conciencia, que si bien buscamos un sentido a la existencia, y cimentamos sobre la libertad llega a la consideración necesaria de que aun y con eso a el hombre le falta algo, de ahí que su finitud le permita una proyección al infinito desde dentro de su ser. Si la finitud pone en el mundo al hombre como conciencia que existe, es porque pueden dar conciencia de sí mismos, se eligen personalmente, también le exalta que su muerte se lleva a cabo, su ser culmina en éste mundo. Para el bilbaíno lo que sustenta nuestra existencia es Dios, el dios vivo, accesible para su creación. Así que para él nuestra finitud depende de la infinitud.

Pero si situamos al hombre de carne y hueso en la mortalidad encontramos una existencia que siente que ha de morir aquí en el mundo, que si pertenece a algo es justamente a éste fiel que incluso le resguarda y que su conciencia se desarrolla en los límites de lo finito. Que como finitud le asecha la angustia ¡de tal vez no! le éste deparado el infinito, y justamente por eso hay que hacer de la existencia nuestro único germen de vida auténtica, es decir de su conciencia y su inalterable reiteración de la mortalidad, del sufrimiento y del deleite de ser finito. De alcanzar la lucidez y la felicidad aquí, no postergar ni la felicidad, el deleite, el instante.

CAPÍTULO II

Existencia y facticidad en Unamuno

¿Y se comprende, por otra parte que se quiera ganar la otra vida, la eterna, renunciando a ésta, a la temporal? Si algo es la otra vida, ha de ser continuación de ésta, y solo como continuación, más o menos depurada, de ella la imagina nuestro anhelo, y si así es, cuál sea esta vida del tiempo será la de la eternidad.⁸⁶

La consideración de una vida humana, de la vida que se reconoce diferente de la de los demás, pero que busca algo que les una en identidad, en el pensamiento de Miguel de Unamuno se encuentra en el deseo, en el amor y en la voluntad de perseverar el ser de cada hombre de carne y hueso, esto es, cada ser individual tiene como máxima buscar la inmortalidad, dotado de un sufrimiento y de un dolor al sentir sus límites, ya sea desde la conciencia o desde el cuerpo. Lo más inmediato y real es el cuerpo, la vida, lo que denomina sentimiento de divinidad.

Todo lo que nace merece hundirse [...] Este es el pesimismo que los hombres llamamos malo, y no aquel otro que ante el temor de que todo al cabo se aniquile, consiste en deplorarlo y en luchar contra ese temor. Mefistófeles afirma que todo lo que nace merece hundirse, aniquilarse, pero no que se hunda o aniquile, y nosotros afirmamos que todo cuanto nace merece elevarse, eternizarse, aunque nada de ello lo consiga.⁸⁷

La consideración de Miguel de Unamuno de que no se puede dejar de ser sí mismo, no se puede abandonar a la conciencia, es más, gracias a ella obtenemos la lucidez para sentir ese destino trágico, la búsqueda interminable de la existencia por ser siempre sí mismo, e incluso imaginar el desvanecimiento del cuerpo, del mundo y de la conciencia sólo son posibles desde el hombre que existe, vive, con un sentido de finalidad, buscando para qué vive. Al sentir la vida proclama y sabe sobre la carencia de aquella conciencia infinita que desea, y que sólo desde la existencia se puede sentir el culmen de la vida, que nace, que sufre, que cae en la

⁸⁶ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 459.

⁸⁷ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 434.

conciencia de su mortalidad. Es decir se concibe como mortal, perecedero, se adentra en la vida, en sus deleites y es sus pesares. En *Del sentimiento trágico de la vida* realiza la afirmación de que cuando se le pregunta a un hombre por su espíritu, por su yo es como preguntarle por su cuerpo. No hay que olvidar de igual manera que la felicidad y la vida que deseamos es corporal. Es decir, una vida y una felicidad que se sienta inmediatamente, y no para después.

De ahí que el hombre al ser persona, que personaliza el todo, el mundo, la realidad siente la tensión en su ser, es decir, finito-infinito. Proyecta la esperanza de un porvenir al tener claro que lo que fue ya no volverá a ser, eso la existencia lo constata y lo corrobora el dolor por la vida, la efimera vida del hombre se presenta en la condición de morir necesariamente, lo que llama sueño que sueña; con ser inmortal. De ahí que el aquí y ahora no representan una desarmonía con su anhelo, pues si no hace de esta vida su existencia, pensamiento vivo, sentimiento de muerte, no despliega su ser, único y continuo en el Espacio y en el Tiempo. No busca para después de esta vida una esperanza que le arrebatase lo que es como hombre sufriente, y menos interrumpe su existencia, de ahí que agota sus posibilidades eligiendo conscientemente, partiendo de las miserias, decide mantener esa convicción ante esa falta, ese ahogo del espíritu que revela como realidad inmediata a la conciencia, y el cuerpo, de la cual depende la existencia y se relaciona manteniendo un lazo tan estrecho. Ya que una vez que se afirma el hombre, el yo, el espíritu, se afirma la conciencia, la conciencia que puede dar conciencia de que tiene conciencia, es decir conciencia de ser finito, de ser algo. De ser persona por sentir que ha nacido para dar cuenta del Universo.

La consideración de que el mundo es para la conciencia, para cada conciencia y que el Universo es Conciencia, de que Dios es la Conciencia del

Universo, llevan de manera consecuente al hombre a tener conciencia, su condición enfermiza respecto a otros animales le hacen ya diferente a ellos, de su sentimiento respecto a la vida y el mundo. Si el sentimiento de mortalidad se siente es gracias al cuerpo y por la consideración de los límites de éste, y que como tal es efímero y perecedero, que sufre porque se duele pero que al mismo tiempo permite el goce que denomina en el amor carnal, que perpetua el dolor y el sufrimiento y que engendra otro amor que es espiritual, a partir del sentimiento de protección. En el pensamiento del sentimiento trágico de la vida no podemos desligar al cuerpo de la vida eterna e inmortal de la conciencia, y menos aún del deseo de perseverar la vida, del alma inmortal.

La existencia exalta una inmersión en la vida, al padecer la condición mortal del hombre gana el reconocimiento de la miseria, certera vida mortal. El hombre tiene que vivir, sumergirse en la angustia de ser por siempre y el temor por perecer por siempre. Su acción se engendra por sentir que es mortal, que ha nacido para morir.

1. El existir del hombre concreto y la existencia en el mundo

El hombre concreto, de carne y hueso como la sospecha de que la perseverancia del alma depende del deseo, es decir de la vida, son el punto de partida para concebir a un ser único con la capacidad de sentir sus límites y sus alcances por medio de la creencia, la existencia humana es una potente exigencia para mantener la creencia de una vida inmortal, de la vida de cada hombre individual. Miguel de Unamuno reconoce la existencia para la vida, de ahí que el deseo es una gratuidad de la existencia, para él tan gratuito es existir como seguir existiendo, a lo que se opone y rechaza es a concebir a un hombre que se ahorre hasta en la vida, resultado de eso es el sentimiento cómico de la vida, pues no se entrega, no vive: “Vivir es darse, perpetuarse, y perpetuarse y darse es morir”⁸⁸ al grado de perder por completo su conciencia; “-ya no sé quién soy, -¿Y antes lo sabías?, - Ya no sé si soy...”⁸⁹

El reconocimiento de la pérdida de la personalidad se da en varios de sus personajes, uno de ellos es el locuaz personaje de *El Otro*, el juego de pérdida de identidad, lo que se llama conciencia recae en el misterio de quién es el muerto y quién el asesino dentro de esa obra de teatro, reiterando no ya su identidad con los personajes de Cosme o Damián, sino como uno u otro, el que asesina y que comprende que en ese acto se ha precipitado pues ahora la clarividencia le muestra que es como si estuviera muerto, un ir hacia la muerte, es su espejo, su reflejo, el rapto y arrebató de la razón para cometer el crimen rayan en lo trágico, al tratar de buscar la causa racional se esfuma cualquier indicio. Lo racional parece completamente ausente para el Otro; así se afirma cuando descubren el crimen, solo el ama reconoce al asesino, pero guarda silencio. El otro ahora se escuda en esa afirmación

⁸⁸ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 273.

⁸⁹ de Unamuno, Miguel, *Un pobre hombre rico*, p. 219.

cada que interrogan quién es, “el otro” siempre es la respuesta para las dos esposas que reclaman por el suyo, es decir, por su marido. En este juego se entiende claramente que el otro no pierde nada de sí, cosa que aterra a Miguel de Unamuno ya que ser otro es dejar de ser sí mismo, el problema más íntimo es que al realizar el acto homicida, el arrebató de la locura le conduce a un destino símil, no es la justicia o el encarcelamiento lo que le aniquilara sino que el misterio de su personalidad se desvela en la afirmación de que al haber matado, al hermano, en ese acto termina enfrentándose a la muerte, se conduce al suicidio y más aún se identifica con el otro, dar muerte es como matarse a sí mismo. Lo que les diferenciaba desde niños era una prenda, no más, ese juego de identidad sólo lo conocen los hermanos y su ama, su nodriza.

Kierkegaard en su pensamiento deja claro que la existencia se vive, se sumerge incluso en los padecimientos, disfruta, se vive antes que se teoriza. Miguel de Unamuno reconoce por su parte que el sentimiento trágico de la vida se vive, el hombre tiene el sentimiento de la vida, su sentido lo busca en la resolución de la razón o en el de la fe, el fondo íntimo del que se origina la lucha por la existencia, precisamente busca en el la resolución del enfrentamiento de su destino, el sentido de la existencia humana, lo que elija le ha de dar ese sentido. Precisamente para realizar la existencia, se exige mucho más que una teorización, un sumergirse. Para ser una existencia humana y reconocerse, es preciso realizarla con un gran esfuerzo, asumiendo los riesgos, siendo precisamente lo que hace una existencia, al atreverse a asumirla reconoce que, no es posible de otro modo realizarla. Podemos encontrar que la finalidad de la vida se trunca con la desesperación de la existencia es san Manuel, bueno: “las fuerzas de Don Manuel empezaban a decaer, que ya no lograba contener del todo la insondable tristeza que le consumía, que acaso una enfermedad traidora le iba minando el cuerpo y el alma [...] Piensen los hombres y obren los hombres como

pensaren y obraren, que se consuelen de haber nacido, que vivan lo más contentos que puedan en la ilusión de que todo eso tiene una finalidad”⁹⁰. Esa angustia que mina al casi santo, es una prueba de que la resolución de la existencia se topa con la incertidumbre, el casi santo lo muestra claramente, la incapacidad para creer en la inmortalidad del alma le lleva a afirmar su existencia independientemente de que sea verdadera su mortalidad absoluta como la persistencia de su vida.

La preocupación por el más allá de esta vida existencial, angustiada, vivida e incluso disfrutada ponen a Miguel de Unamuno como un hombre que hace de la apuesta por el infinito de Pascal, en alguien que hace de su vida la tragedia misma, la preocupación de la existencia misma, es decir de la conciencia que se sabe finita y mantiene el deseo de lo infinito. Lo que llama Unamuno del sentimiento trágico de la vida es la existencia que se despliega hasta el grado de accionar frente a ese destino que le tritura el alma, que la deja en la soledad y que le mantiene en el anhelo, en la pasión desenfrenada en seguir siendo sí mismo. En sumergirse dentro de esa existencia que no cavila en la teorización, que padece, disfruta y que incluso se duele. Kierkegaard en *Temor y temblor*⁹¹ dilucida el modo en que se asume en la existencia, al romper con la norma para con los demás, y dar el salto⁹², de un estadio a otro, de la ética por parte de Abraham respecto

⁹⁰ de Unamuno, Miguel, *San Manuel, bueno, mártir*, p. 169.

⁹¹ Siguiendo a Kierkegaard hay una interioridad oculta en el individuo, Unamuno reitera que es adentro donde se debe buscar la relación con Dios que exalta Kierkegaard; ese estar frente al absoluto aun sabiendo que la enfermedad mortal o la desesperación se hace presente justo al tomar conciencia. La enfermedad mortal o de

la desesperación y el pecado reitera esto: “Existe una interioridad oculta en cada individuo, que se revela en su secreta e intransferible relación con Dios. Tal interioridad es la única razón que paradójicamente puede dar cuenta señala Kierkegaard de la conducta de Abraham”

⁹² En *del sentimiento trágico de la vida en los hombres y entre los pueblos* en el primer capítulo: El hombre de carne y hueso, exalta este salto de Kierkegaard, otro hombre ¡y tan hombre!, como el hombre Kant en quien reconoce que dio el salto al preocuparse por el problema que exalta Unamuno a saber: el de la inmortalidad del alma, la de cada hombre que sea él mismo y no otro, porque precisamente es donde se encuentra el horror en dejar de ser el que se es, es decir uno mismo, el temor a la aniquilación, es decir a la nada se deja entrever y aparece como riesgo para la conciencia. Y es precisamente, en el salto de la Crítica de la razón pura a la Crítica

de la razón práctica, donde según Unamuno, Kant construye con el corazón lo que con la cabeza ha derrumbado; al Dios de Aristóteles o abstracto, mientras que en ese salto construye al Dios de la conciencia, garante del orden moral.

al deber que tiene con su hijo, al conservar y proteger su vida como deber de resguardarlo de los peligros, Abraham rebasa tales deberes y en virtud del absurdo, es decir, de creer por medio de su fe.

En este acto se ve superada por mucho la razón, pues no cabe más explicación de que; está loco, o sufre de una patología y por tanto no debería acceder a la petición de sacrificar a lo único que ha buscado tener y permitir siquiera el que le sea arrebatado, es decir su único primogénito. Pero por ese absurdo, es decir por su firme creencia es como logra recuperara a su único hijo, nunca duda del sacrificio que tuvo que realizar al empuñar el cuchillo del sacrificio, ni mucho menos puso en duda ese acto que se le exigía, su fe rebasa completamente toda explicación moral de su acto. Si tratamos de teorizar, explicar el acto, la condena es indudable y ello es precisamente el riesgo de dicha teorización, privación absoluta y completa hacia Abraham. Al acercarse al caballero de la fe, imaginar su sufrimiento y su pena, no alcanza con descalificarlo, en virtud del absurdo se erige como padre de la fe, no posterga el sacrificio exigido y menos aún la petición de ofrecerlo. Visto desde otro punto no se pone a pensar en las posibilidades de negarse o renegar de su Dios, sino que pone manos a la obra en la empresa.

Al quedar claro que el hombre no alcanza las cimas que como Abraham se ofrecen dentro del camino de la creencia, y la fe como el ejercicio que desborda y supera la razón, Kierkegaard ofrece un ejemplo claro al imaginar la pena que acompaña a Abraham, del dolor de esa vida íntima que suponemos tiene todo hombre, justo en la *Enfermedad mortal* podemos ver esta vida íntima del hombre:

De la paradoja se deriva una incertidumbre que arrastra al individuo a la desesperación o «enfermedad hasta la muerte» Si la angustia, como se ha dicho antes, surgía ante la nada, la desesperación, tal como se explica en La enfermedad mortal, aparece en la relación del individuo consigo mismo; es

duda de la personalidad ante sí misma; es sufrimiento hasta la muerte por no poder obtener la certeza de la salvación.⁹³

Mientras que la incertidumbre arrastra a la desesperación, y la angustia es por nada, la desesperación se da en relación del individuo consigo mismo; duda de la personalidad; sufrimiento hasta la muerte por no obtener certeza de la salvación en Kierkegaard. Para Unamuno la desesperación conduce a la incertidumbre base donde se erige la fe, la creencia por la inmortalidad de la vida, esa personalidad debe vencer la verdad de la razón que niega la posibilidad de perseverar el ser, la esencia para Unamuno es el esfuerzo que pone el hombre en seguir siendo hombre. Mientras que acepta las dos certezas con un ¡Quién sabe...!, respecto a esas dos certeza. También acepta que bien se puede accionar sin alguna de ellas, es decir, una de las condiciones de la vida y por ende de la existencia. La incertidumbre a la cual nos lleva la razón respecto al problema de la inmortalidad individual es resultado de la conciencia que reconoce los límites del cuerpo, de esa condición humana que se reconoce como carente y que arrastra a cada individuo hasta la muerte. De este modo la existencia se reconoce como presencia ante el absoluto y abraza la enfermedad para sumergirse en la desesperación o en la ignorancia y en el no querer asumirla. Como se menciona líneas arriba lo que se requiere es sumergirse en la existencia, vivirla, padecerla y disfrutarla, y no puede ser de otra forma que asumiéndola.

El desesperado es un enfermo de muerte. De esta enfermedad se puede afirmar [...] que ha tocado las partes más nobles, y, sin embargo, el desesperado no puede morir. La muerte no es aquí el último trance de la enfermedad, sino que es incesantemente lo último. Es imposible quedar curado de esta enfermedad mediante la muerte, ya que aquí la enfermedad y su tormento... y la muerte, consisten cabalmente en no poder morir.⁹⁴

Lo que el hombre Kierkegaard deja muy claro, es que no hay ningún hombre que no sea un poco desesperado, lo raro para él, es precisamente lo

⁹³ Kierkegaard, Sören, *La enfermedad mortal o De la desesperación y el pecado*, Sarpe, Madrid, 1984, p. 17.

⁹⁴ *Ibíd.* p. 47.

contrario, que alguien se reconozca como un desesperado. La desesperación es algo que está en todo hombre. En Miguel de Unamuno el reconocimiento de la desesperación tiene la corroboración y a la vez el salto por la creencia de la inmortalidad de la conciencia, es así que lo que Unamuno afirma que no puede creer que quien mantuvo la creencia de la salvación en algún momento de su vida, ahora afirme que le despreocupe, o no le ocupe, y por tanto la indiferencia. Del mismo modo afirma que esa duda o incertidumbre por el problema de la eternidad de la vida se mueve, y utiliza en esto la certeza de Galileo quien afirma que a pesar de retractarse y sufrir por la inquisición, el mundo se mueve, así para Miguel de Unamuno ese mundo interior se mueve y da muestra de su existencia claudicando.

No hay ni siquiera uno solo (hombre) que no sea un poco desesperado, que no sienta en lo más profundo centro de su alma una cierta inquietud, un desasosiego, una desarmonía, una angustia de algo desconocido, de algo con lo que no desea entablar conocimiento, una angustia ante una posibilidad de la existencia, o una angustia por sí mismo; es decir, que el hombre un poco como aquellos que, según la expresión médica, están en pie y se mueven de acá para allá con una enfermedad «sorda» en el cuerpo va caminando con una enfermedad a cuestas padeciendo una enfermedad del espíritu, la cual de vez en cuando, en medio de la angustia inextricable que los domina, suele dar alguna señal clara y repentina de su existencia allá dentro.⁹⁵

La congoja por lo desconocido pero que abriga su existencia dentro de la vida del hombre de carne y hueso, es el sentimiento de la vida espiritual, el esfuerzo de la perseverancia en su ser, es la enfermedad del espíritu, el no poder dar ni razón y menos saber de eso desconocido, pero que al mismo tiempo se aloja en el deseo de más ser, y lo que hace a un hombre, lo que lo constituye como tal para Miguel de Unamuno son dos principios; el principio de unidad que es merced al cuerpo al espacio y el de continuidad donde tenemos como base la memoria y es merced al tiempo. Estos principios hacen a la conciencia no perder nada de esa personalidad y menos de la individualidad. Mantener estos dos principios configura la creencia en la

⁹⁵ *Ibíd.* p. 49.

vida, de la existencia. “Hay que creer en la otra vida, en la vida eterna de más allá de la tumba, y en la vida individual y personal, en una vida en que cada uno de nosotros sienta su conciencia y la sienta unirse, sin confundirse, con las demás conciencias todas en la Conciencia suprema, en Dios; hay que creer es esa otra vida para poder vivir ésta y soportarla y darle sentido y finalidad.”⁹⁶

La finalidad de la vida del hombre se presenta a la conciencia, da el sentido de la existencia humana, “el único modo de dar al Universo finalidad, dándole conciencia. Porque donde no hay conciencia no hay tampoco finalidad que supone un propósito. Y la fe en Dios no estriba, [...] sino en la necesidad vital de dar finalidad a la existencia, de hacer que responda a un propósito”⁹⁷. Si nuestro sentimiento es la necesidad de formarnos una concepción, que sea unitaria y total del mundo y de la vida, incluso pretende una actitud íntima respecto a tal concepción y una acción, la necesidad de creer es el sentido de la existencia actual, el deseo de perseverar, de no morir. La depuración de la conciencia, entendida como no querer la muerte, el sufrimiento y el dolor, son el signo indiscutible de que el hombre siente la angustia. Nuestro sentimiento se consolida como la necesidad de realizar la vida misma. De ahí que la filosofía que se ha de abrazar debe contener la posibilidad de integrar lo afectivo y lo intelectual, la razón y el corazón, y situar al problema del destino individual y personal de cada hombre concreto por medio de la conciencia. Es la conciencia precisamente lo que nos hace la lucha entre la razón y el corazón.

Creo poder suponer que si mi razón, que es en cierto modo parte de la razón de mis hermanos en humanidad en tiempo y en espacio, me enseña ese absoluto escepticismo por lo que al anhelo de vida inacabable se refiere, mi sentimiento de la vida, que es la esencia de la vida misma, mi vitalidad, mi

⁹⁶ La concepción del sentimiento surge por la filosofía y la necesidad de formarnos tal concepción, pero en vez de brotar de ideas va a ser causa de ellas y aunque estas reaccionen contra nuestro sentimiento, lo único que van a realizar de tal reacción, es corroborarlo afirmararlo mucho más. Ahora bien la filosofía que hemos de tomar tiene que considerar lo afectivo y lo intelectual y es precisamente, de este encuentro que surge del sentimiento trágico de la vida.

⁹⁷ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 299.

apetito desenfrenado de vivir y mi repugnancia a morirme, esta mi irresignación a la muerte es lo que me sugiere las doctrinas con que trato de contrarrestar la obra de la razón [...] Yo no diré que sean las doctrinas más o menos poéticas o infilosóficas que voy a exponer las que me hacen vivir; pero me atrevo a decir que es mi anhelo de vivir y de vivir por siempre el que me inspira esas doctrinas. Y si con ellas logro corroborar y sostener en otro ese mismo anhelo acaso desfalleciente, habré hecho obra humana y, sobre todo, habré vivido.⁹⁸

Miguel de Unamuno tiene claro que el dolor y la conciencia son características de la existencia, la vida del hombre sufre porque no tiene el infinito y el dolor que produce no poder alcanzar la eternidad, situar la imaginación como una facultad del hombre, en un continuo llegar a ser, es decir una lucha por llegar a ser la Conciencia del Universo y al mismo tiempo como individuo y como persona, como posibilidad que deja abierto el estado porvenir de la conciencia de ser, el anhelo de vivir y todo aquello que conduzca a vivir por siempre son el estado esencial al cual se refiere Unamuno, terminar la empresa significa para él la quietud, la inacción, la inmovilidad, la visión beatífica de ser feliz inactivamente, y en eso Unamuno es congruente, incluso la felicidad es corporal o no es nada.

La base de la existencia trágica en el hombre de carne y hueso es la disposición por desplegar la existencia, por sumergirse en ese dolor por la perseverancia del aquí y ahora, enfrentarse con la razón y servirse de ella para poder exponer el sentimiento trágico de la vida. Aceptar la razón vivir de ella y lo irracional; contra racional de la vida, ese carácter de continua pugna por la vida inmortal, obrar es así ser, decidir en cada momento si pone su esfuerzo en perseverar el ser, incluso si se empeña en creer, en ganar la fe de la vida inmortal y no lograrla, en eso estriba el esfuerzo por perseverar, esa necesidad es a sabiendas de perder desde el principio, tener la vida y disponer de ella en la agonía por poseerla es el anhelo, la pasión y el empeño del ser existente. Así nuestro sentimiento que es la base respecto

⁹⁸ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 267.

de la vida misma se devela con la conciencia; siendo ésta de lo único que dispone para expresarla.

La existencia trágica del hombre por encontrar un propósito y un sentido se reconoce en la lucha sin tregua y aún más sin esperanza de obtener victoria⁹⁹; podemos advertir la contradicción, en cuanto al anhelo inacabable, y al decir que esta vida no tiene el valor que se le da, atribuye, así a nuestra vida un choque entre el escepticismo con el anhelo de más vida, “como que solo vivimos de contradicciones, y por ellas, como que la vida es tragedia”¹⁰⁰, y la fe por mantener la vida por encima a toda circunstancia. Y en que consiste esta contradicción, precisamente al reconocer que alguien puede darse cuenta o puede ver en el fondo tal contradicción sobre la inmortalidad del alma; unas veces deseándola y otras marcando que el valor que se le da a la vida pasajera se exagera, lo que denomina como vanidad del mundo, sentimiento pasajero, que más contradicción sino saberse finito, que la vida se acaba, y mantener el deseo de la infinitud, de la perduración de la vida. “¿Contradicción? ¡Ya lo creo! ¡La de mi corazón, que dice si, y mi cabeza, que dice no!”¹⁰¹, esa pasión y creencia por el problema de la conciencia una vez que acaezca la muerte, es el latir de la existencia.

Para Miguel de Unamuno “Conciencia y finalidad son la misma cosa en el fondo”¹⁰², para la conciencia, para el hombre está hecho el mundo, la necesidad de conocimiento es para ella, para la vida, se conoce lo que se necesita para vivir, de ahí justamente que lo esencial no es conocer, sino vivir y no solo eso sino vivir por siempre. La consideración de que la

⁹⁹ Es justamente en la pugna por la conciencia donde no cabe abrigar esperanzas de alcanzar asir algo seguro o certero respecto al sentimiento como causa de la concepción y su comprensión o no comprensión del mundo y de la vida. Así la conciencia se vuelve una enfermedad. Y al igual que Kierkegaard es una enfermedad mortal que nos arrastra a la incertidumbre.

¹⁰⁰ De Unamuno, Miguel, *Del Sentimiento trágico de la vida*, p. 111.

¹⁰¹ *Ibid.*

¹⁰² *Ibid.*

conciencia es para el hombre lo que le otorga la finalidad de ser, de llegar a ser, de entregarse, darse y perpetuarse, de morir, es porque la Conciencia da la finalidad de ahí que se identifique, y que sean la misma cosa en el fondo, en otras palabras lo que Unamuno presenta con la Conciencia es la salvación de nuestra conciencia a falta de que la nuestra pueda realizar el ser por siempre, es gracias al don de la Conciencia como posibilidad se pueda llegar a ser.

La Conciencia es garante de inmortalidad, o como gusta llamarle, productora de inmortalidad, de ahí la necesidad de ella, es la que puede salvar la conciencia del hombre de carne y hueso que siente morir y que siente lo infinito por medio de su conciencia. De este modo comprendemos que para Unamuno el mundo es para la conciencia, para nuestra conciencia, esto nos pone en el camino del anhelo de ser más y cada vez más. De ahí la angustia por no ser lo demás y conservar al mismo tiempo todo nuestro ser, de ahí la duda que muestra el no ser como riesgo para la existencia humana, por la evidencia de la incertidumbre de la razón, de que se acaba la vida, de que se muere ineludiblemente.

La tristeza hasta la muerte que embarga a Miguel de Unamuno es la falta de fe, esa personalización de la Conciencia, en no llegar a creer en la vida de más allá, es decir después de que se muere, reconociendo la necesidad en esta vida para poder soportar ésta, para darle sentido a la existencia humana. Esto lo podemos constatar en el San Manuel, bueno, mártir, aquel hombre que se encuentra solo viviendo para su comunidad, que penetra el alma de sus confesores, que asiste a bien morir, que llora al recitar el credo, pero que sobre todo necesita creer, para hacer que los hombres vivan, y que cuando la madre de Ángela y Lázaro, está en lecho de muerte y pide ir a ver al Señor, el casi santo le dice que ella no se va, que se queda, su cuerpo aquí y su alma también, y que sufre por no lograr vencer

esa verdad de la razón, que se le mete hasta en la vida, en la existencia, le mina y contra la cual lucha.

“La consecuencia vital del racionalismo sería el suicidio. Lo dice muy bien Kierkegaard «El suicidio es [...] la consecuencia de existencia del pensamiento puro [...] No elogiamos el suicidio, pero sí la pasión [...]»¹⁰³ En el mismo San Manuel, bueno, advierte el enfrentamiento con la tentativa y el riesgo del hombre por caer el tedio de la vida, en la inacción, e incluso contra la existencia, la moral de batalla conserva y va aparejada en mantener el sentimiento trágico de la vida, el sentido de la existencia. “¡Mi vida, Lázaro, es una especie de suicidio continuo, un combate contra el suicidio, que es igual [...] la tentación del suicidio es mayor aquí junto al remanso que espeja de noche las estrellas, que no junto a las cascadas que dan miedo. Mira, Lázaro, he asistido a bien morir a pobres aldeanos, [...] la verdadera causa de su enfermedad de muerte, y he podido mirar, [...] toda la negrura de la sima del tedio de vivir. ¡Mil veces peor que el hambre!”¹⁰⁴

Ese terror por el suicidio corporal o espiritual se presenta de manera clara con la existencia en el mundo, para hacer de la existencia humana y en lo que se le reconoce toda la posibilidad de realizarse en llevarla a cabo, en sufrirla y disfrutarla, en sumergirse, es decir, en vivirla. Incluso el temor por la nada se enfrenta con la lucha incansable desde la existencia, manifestando que el hombre quiere por medio de la voluntad ser, se enfrenta en el mundo con el destino de su mortalidad.

Los definidores [...] no quieren fijarse en que al afirmar un hombre su yo, su conciencia personal, afirmar el hombre, al hombre concreto y real, afirma el verdadero humanismo que no es el de las cosas del hombre, sino el del hombre, y al afirmar al hombre, afirma la conciencia. Porque la única conciencia de la que tenemos conciencia es la del hombre.¹⁰⁵

¹⁰³ de Unamuno, Miguel, *Del Sentimiento trágico de la vida*, p. 252.

¹⁰⁴ de Unamuno, Miguel, *San Manuel bueno, mártir*, pp. 167, 168.

¹⁰⁵ de Unamuno, Miguel, *Del Sentimiento trágico de la vida*, pp. 110, 111.

Es pues así como nuestro sentimiento trágico y la existencia trágica lucha, agoniza incansablemente, la preferencia es por el camino que siempre está en un continuo dirigirse sin lograr llegar nunca¹⁰⁶, acercarse y mantener ese camino siempre ante el riesgo de la nada. El camino de la razón deja al hombre de carne y hueso la incertidumbre, que disipa toda esperanza para arrastrarnos a la desolación, en el desconsuelo de haber nacido. Resulta más evidente el sentimiento trágico de la vida, esta pugna inextinguible, donde la solución al problema individual y personal como la esperanza de obtenerla la vida inmortal se esfuma.

Hay que creer en la otra vida, en la vida de más allá de la tumba, y en una vida individual y personal, en una vida que cada uno de nosotros sienta su conciencia y la sienta unirse sin confundirse, con las demás conciencias todas en la Conciencia Suprema, en Dios; hay que creer en esa otra vida para poder vivir ésta y soportarla y darle sentido y finalidad. [...]

Y hay, sobre todo, que sentir y conducirse como si nos estuviese reservada una continuación sin fin de nuestra vida terrenal después de la muerte; y si es la nada lo que nos está reservado, no hacer que esto sea una justicia.¹⁰⁷

Y se hace más que presente el fondo de la vida, la contradicción, para reconocer que la existencia humana es trágica por donde quiera que se le aprecie, ya que acepta la razón y del mismo modo no desprecia lo irracional, obteniendo de este encuentro una moral de batalla por la existencia humana, asume la conciencia de que el hombre muere, pero que no quiere, ni quiere quererlo, protesta ante lo que lo aniquila, y quiere hacer justicia peleando por su perseverancia de su cuerpo, de su alma, de su espíritu. De todo su ser, conservando la conciencia. El problema del destino individual y personal, el de la inmortalidad del alma puede ser accesible por medio del corazón o el de la razón. Pensar en que la lucha cesa es pensar casi en lo mismo que la inexistencia, de ahí que nos queda una agonía entre la razón

¹⁰⁶ Nelson R. Orringer presenta en su introducción esta idea de la preferencia, a un eterna llegada y no una aniquilación o la absorción del alma individual y por tanto de la conciencia: Unamuno prefiere un eterno acercamiento, nunca una llegada a la Dicha Suprema, a no ser que el alma individual se encuentre absorbida o aniquilada por el divino Objeto de sus esfuerzos amorosos. De Unamuno, Miguel, *Del Sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*, pp. 44, 45.

¹⁰⁷ De Unamuno, Miguel, *Del Sentimiento trágico de la vida*, p. 428.

y la fe, como la vida misma con el escepticismo de lograr el deseo, el sentimiento trágico de la conciencia, por medio de la existencia, al reconocer que tal pugna sólo se afronta con un esfuerzo por conservar la conciencia propia, el yo concreto¹⁰⁸.

El sentimiento de la incertidumbre y la lucha íntima entre la razón y la fe y el apasionado anhelo de vida terna [...] lo encuentro por experiencia íntima. No quiero ni debo buscar justificación alguna a ese estado de lucha interior y de incertidumbre y de anhelo; es un hecho y me basta. Y si alguien encontrándose en él, en el fondo del abismo, no encuentra allí mismo móviles e incentivos de acción y de vida, y por ende se suicida corporal o espiritualmente, o bien matándose, o bien renunciando a toda labor de solidaridad humana, no seré yo quien se lo censure.¹⁰⁹

Así de este modo tenemos la lucha dentro del mundo gracias a la conciencia del destino trágico respecto al mundo y de la vida, la conciencia se esfuerza por conservar su esencia actual, el deseo de no morir, ese amor espiritual que se engendra del amor carnal; que perpetua el dolor y la muerte, abre ese otro amor espiritual por medio del sentimiento de protección, el amor es compasión, el ser amado compadece a aquel que sufre por su causa, “amar es compadecer, y si a los cuerpos les une el goce, úneles a las almas la pena.”¹¹⁰

Si la resolución tomada del conflicto entre la razón y la fe dan sentido a la existencia, la libertad del hombre radica en que sólo él debe experimentar íntimamente y a la vez elegir ese esfuerzo por la perseverancia del ser, del hombre de carne y hueso que nace, sufre y muere. Que siente que ha nacido para vivir siempre y que la Conciencia le da ese sentido a falta de que la condición humana sabe que es finito, perecedero. “El remedio del dolor, que es, dijimos, el choque de la conciencia en la inconciencia, no es hundirse en ésta, sino elevarse a aquélla y sufrir más. [...] cuando te

¹⁰⁸ Y es precisamente del reconocimiento que la contradicción de la vida así como la tragedia se dan de la mano. “Por el hecho evidente de que por nuestra conciencia desfilan estados contradictorios entre sí, llegaron a no ver claro la conciencia, el yo.” De Unamuno, Miguel, *Del Sentimiento trágico de la vida*, p. 105.

¹⁰⁹ de Unamuno, Miguel, *Del Sentimiento trágico de la vida*, p. 266.

¹¹⁰ de Unamuno, Miguel, *Del Sentimiento trágico de la vida*, p. 276.

duermas y ya no sientas el dolor, es que no eres.”¹¹¹ Es el dolor justamente lo que devuelve al hombre sobre sí mismo, lo que le hace sentirse un ser existente y que sobre todo vive, tiene un cuerpo en el mundo, aquí y ahora, en el tiempo y en el espacio.

2. La existencia ante el todo y la nada

Lo que en rigor anhelamos para después de la muerte es seguir viviendo esta vida, esta misma vida mortal, pero sin sus males, sin el tedio y sin la muerte.¹¹²

Cuando Miguel de Unamuno tiene claro que la vida que desea no se desliga de esta vida en el mundo, de este estar ahí, aquí y ahora, consciente de que sufre porque no consigue prueba racional de la inmortalidad que apetece la conciencia, manifiesta de manera clara que la existencia humana es trágica ya sea vitalmente o con lo que identifica con el sentimiento respecto a la vida misma, la pugna que se prolonga en la conciencia del hombre por anhelar más vida y por saber que se muere aun cuando no se quiera, ese dimitir de la vida, del destino humano, es la condición primordial para saberse finito y a la vez, el no querer morir, que algo después de la muerte sobreviva es precisamente la existencia que se sabe única e irrepetible. Una depuración más o menos de la conciencia, lo que quiere Unamuno es una conciencia que sea existente hasta el infinito y por la eternidad, el hambre y la sed por el infinito y por la eternidad son la constante del camino existencial del hombre de carne y hueso, la sospecha de que el anhelo de no querer morir es la esencia del hombre y a la vez es el punto de partida para el problema del destino individual se convierte en una posibilidad del hombre por trascender ante la indeterminación de su ser.

¹¹¹ De Unamuno, Miguel, *Del Sentimiento trágico de la vida*, p. 455.

¹¹² De Unamuno, Miguel, *Del Sentimiento trágico de la vida*, p. 398.

De ahí que el único problema de la filosofía es para Miguel de Unamuno el del destino individual de cada hombre, el de la finalidad de la conciencia, el propósito de la vida, del hombre de carne y hueso, la solidaridad se da en la preocupación por cada uno de esos destinos que son en la tierra, en lo que considera la vida en apariencia, resultado de esa vida es el cuerpo y los sentidos que se afirman en el goce y en la búsqueda de la felicidad.

El sentimiento espiritual y religioso de una vida eterna tiende hacia el todo y no se resigna a la aniquilación a él no ser, a la nada como destino de la conciencia. De ahí justamente que la existencia se afirma en la toma de una decisión respecto a su propio destino, al afirmar la vida reitera su compromiso con la búsqueda de un sentido, si el terror por dejar de ser y más por no ser nada son una imaginación terrible, la lucha por conseguir el todo por mantener el deseo y por sacar de este la acción y la elección son signos de vida y de una vida existencial, la voluntad de no querer morirse y de pugnar por conseguir ser siempre sí mismo. Justamente, la esencia actual del hombre de no querer morirse, el conato por perseverar siempre, el esfuerzo que el hombre de carne y hueso pone en no morirse, el esfuerzo por perseverar, el sentimiento por querer ser todo, por querer ser la Conciencia, es el esfuerzo de la existencia por afirmarse, está en el mundo, tiene conciencia de sí, de su posibilidad de llegar a ser, sin despegar ni un zapato del mundo, pues así como sufre tiene y está en su haber sentir la felicidad, el disfrute y la lucidez.

De aquí se infiere que el hombre prefiere tender a ser todo, el sentimiento teleológico, nace de la conciencia. Pero justo en el fondo de la conciencia donde se asienta la duda y la incertidumbre respecto al destino individual, es donde anida y convive la incertidumbre por el todo, por la Conciencia del Universo, frente a esto surge la nada como posibilidad de que

también el hombre concreto se encamine al no ser. Aquí justamente es preferible siempre la existencia sumergida en el dolor y en el disfrute del mundo, a la no existencia, dar conciencia de que se tiene conciencia solo se atribuye a una persona, a un individuo, que se percibe como tal, capaz de vivir y de buscar un sentido, aceptando la razón y lo irracional para poder vivir, es decir para tener una vida existencial. Mientras en el hombre anida ese sentimiento teleológico de la conciencia, también anida la duda de la conciencia respecto a la nada.

La consideración de una existencia es por medio de la conciencia y de que no se puede concebir como inexistente, el hecho de sentir la vida y de buscar un para qué de ella, son ya por si mismas pruebas de una condición existencial. Mientras tenemos que para Unamuno la existencia se tiene, y que no se puede dudar de esa vida existente, reconoce que la existencia humana tiene su propias problemáticas, como es el mismo riesgo y temor por la inexistencia, por el no ser o dejar de ser hombre para siempre. El problema que angustia de tal manera que aterra hasta el pensamiento de la conciencia es dejar de ser, que ni siquiera el recuerdo quede una vez que se muere, de que el hombre no logra conseguir la fe, a pesar de que su esfuerzo quiere creer y no lo logra; en ello radica el respeto de esta actitud vital, ya que es admirable el empeño, la necesidad de creer en la permanencia del alma. El sueño que se sueña inmortal, dentro de su narrativa con un, Augusto, San Manuel hace soñar a los hombres que son inmortales, y hasta en el mismo *Del sentimiento trágico de la vida*.

En Spinoza encuentra Unamuno la esencia del hombre concreto el esfuerzo por perseverar, “Spinoza, penetrando hasta el tuétano de su alma de lo eterno, expresó de una manera eterna la esencia del ser. Que es la persistencia en el ser mismo.”¹¹³ Lo que resulta muy particular es que

¹¹³ de Unamuno, Miguel, *Entorno al casticismo*, T. VIII, p. 82.

mientras la esencia del hombre, el no querer morir, el estado actual, son la base del sentimiento trágico mismo, su lucha por perseverar, ve en Spinoza a un hombre que no se consuela con sus investigaciones y desespera e incluso no llega a creer en la vida allende de ésta. Sumido en la incertidumbre para Unamuno se consuela en la creación de su Ética. En cambio reconoce en otros hombres un pensamiento vivo porque tiene ese sentimiento cargado de sabiduría, es decir se preocupan por la vida más allá de la muerte. A Kant que reconstruye con el corazón aquello que derriba con la razón y de que da el salto por el problema vital de la *Crítica de la Razón pura* a la *Crítica de la Razón práctica*, Pascal en la apuesta por el todo, Kierkegaard con los saltos de estadio.

El sentimiento de que a todos nos falta algo, carencia de algo, ese estado de imperfección, le lleva al reconocimiento de una Conciencia que dé cuenta de todo, y de que el hombre lo experimente de manera íntima, que sienta en algún momento de la vida esa necesidad o carencia, o incluso de manera sincera le reconoce existencia, o incluso y eso es lo que le causa repudio el que el hombre exprese que no siente esa necesidad o carencia y son para él estúpidos sentimentales. “Y a todos nos falta algo.”¹¹⁴

Ese sentimiento de que nos falta de algo, esa carencia de infinitud, es la necesidad de que la Conciencia nos divinice, para Miguel de Unamuno es que la Conciencia del Universo nos otorgue vida inmortal y consciente, que la finalidad de nuestra conciencia sea poseer a esa Conciencia y no sumergirse ni ser absorbida por ésta, ya que eso significa perder la personalidad, la consciencia, el ser, la tragedia de la vida reconoce esa necesidad de poseer pero sin dejar de ser uno mismo, acepta la miseria, el dolor, la incertidumbre, la fe, el sufrimiento. La existencia reconoce sus límites de su condición y proyecta el sentimiento teleológico de la conciencia,

¹¹⁴ De Unamuno, Miguel, *Del Sentimiento trágico de la vida*, p. 115.

el hambre de divinidad, el hambre de Dios, la necesidad de su existencia en la vida del hombre de carne y hueso. De un Dios vivo y sentido.

La voluntad de no querer morir, de conservar todo lo que vida es, tiene siempre entendido que la existencia humana tiene como condición la búsqueda de sentido a su vida. El consuelo de la fe por medio de la creencia es justamente la no aceptación al destino de la nada como resguardo de la conciencia. Lo afectivo, que Miguel de Unamuno hace la esencia del hombre, el sentimiento de la vida, fuente de la cual emana el propósito de la vida, la búsqueda de consuelo, la pulsión que en el fondo reside y convive con ella, justamente adentro, en la intimidad de cada hombre es donde se debe buscar, el esfuerzo que el individuo ponga de continuo en su esencia que quiere perseverar en la Conciencia, al mismo tiempo tenemos la existencia en el mundo, la vida que si bien no reconcilia la verdad de la razón con el deseo de más vida, permite una acción de perseverar el cuerpo y los sentidos. El esfuerzo de la vida consciente de la existencia humana recae en la resolución respecto al problema, ya que es de ahí donde debe obtener el sentido de su existencia.

Esta resolución por tender a lo infinito y la Conciencia lo podemos ver con los personajes de Augusto de la novela *Niebla* o San Manuel bueno ambos reconocen el tedio de dejarse morir, el de la existencia, suicidarse corporalmente u espiritualmente para Unamuno es el riesgo de no asumir la vida, la existencia, por eso prefieren la existencia, la miseria, luchan por la felicidad y se angustian porque no desean morir, quieren correr el riesgo de asumir la existencia, de encontrar un sentido vital para su vida, el casi santo al preferir asistir a sus hermanos en su muerte, al ser solidario segando el campo, al bailar con ellos, y al pronunciar misa reconoce que su destino es el mismo, renuncia a multiplicarse en aras de mostrar que el deseo de más vida después de la muerte es más importante.

Augusto caminando fuera de sí tras alguien que no le quiere, a quien pretende, amar, pero que cuando da cuenta de que su destino se la ha pasado persiguiendo un amor no correspondido, que solo lo desprecia y quien está dispuesto a no aceptar en su vida, piensa en suicidarse, pero titubea, y cuándo por fin elige vivir se le agota esa vida, su cuerpo se mengua, no le responde como él quiere y que se disputa por la revelación de su destino anticipado por el propio Unamuno, como creación y personaje que le ha sido trazado su destino, su final en su cama atragantado, sin satisfacerse, su cuerpo sin calor, y con un deseo de no morir y querer vivir, incluso está dispuesto a ser engañado por ese amor que anhela, pero reconoce ahora que quiere vivir. Incluso su cólera y rabia porque se ha de morir le reconcilia con su creador Miguel de Unamuno en el sueño; al presentarse por última vez, ya reconocido como idea, y sin existencia concreta, sin cuerpo, sin sentidos, asume que como tal es inmortal, cosa que Miguel no puede lograr todavía, y que anhela, y le deja el terrible panorama de que tal vez el hombre de carne y hueso, Miguel de Unamuno ha de morir porque existe, de que tal vez alguien le esté pensando, o soñando y cuando esta Conciencia despierte habrá dejado de vivir.

Tanto Augusto como San Manuel mueren, Augusto se da cuenta al final, está dentro de Miguel de Unamuno, deja pues la necesidad de vivir a los hombres de carne y hueso, la enseñanza del ente de ficción es una certera y corroboradora existencia que le corresponde al hombre, existir y morir, sentir es más humano, dar conciencia de sí mismo, de su mortalidad, y que la ha de enfrentar su destino, no debe querer morirse del todo, quiere vivir, vivir, vivir, más aún cuando ya no pueda, San Manuel muere con el consuelo de dar consuelo a quienes ponen sus fuerzas en creer en la vida inmortal, aun cuando no sea suyo el consuelo. Es decir muere no creyendo en la vida después de la muerte, pero se empeña en creer, en hacer obra humana, en dar en que creer, en vivir humanamente. Si no logra creer no

es porque no quiera, sino porque no puede lograrlo, no puede vivir solo, a la manera acética, no puede morir solo, debe vivir para su pueblo, no puede cargar con la cruz del nacimiento, y sin embargo se empeña en vivir dando consuelo.

Lo más terrible¹¹⁵ que puede haber para la existencia es la absoluta y completa inexistencia, ante ello surge el sentimiento religioso, teleológico de la conciencia, el esfuerzo del hombre que pugnar por su existencia, por sumirse en el padecimiento, por sentir la vida como ese caudal que rompe cualquier encasillamiento que se le pretenda hacer. Así, ser absorbido por el todo o ser aniquilado, riesgo de no ser, el peligro de la existencia es el no ser, dejar de ser, el ser del hombre de carne y hueso lucha por ser, por mantener ese ser, por no morir, por estar, por vivir; su cuerpo, su acción, su propósito, su memoria y sus estados de conciencia, su sueño, su pensamiento, su sentimiento... todo lo que implica la existencia.

Incluso la imagen de Miguel de Unamuno es un estado en el que la conciencia, se desvanece, el piso, las cosas, el cuerpo, los sentidos, la conciencia misma, la imaginación de que todo se desvanece es un estado que se presenta terrible, aparece el vacío, la nada, el no ser, pero con este ejercicio de la imaginación el vértigo por dejar de ser se vuelve pavoroso. La imaginación de lo que habrá para después es el principal obstáculo a vencer por parte de la conciencia, ya que esta imaginación resulta en una contradicción hacia nuestro ser, la aniquilación, no ser ya siquiera una sombra de sombra que se sueña inmortal. La conciencia de ser es una afirmación de la existencia, no se puede concebir el hombre como inexistente, por el hecho de que da conciencia de sí.

¹¹⁵ El mundo es propiamente para Kierkegaard algo que no puede dar cuenta de tal horror, que azota propiamente la existencia. "El mundo en general, cosa bien obvia, no tiene ni idea acerca de lo auténticamente terrible." Kierkegaard, Sören, *La enfermedad mortal o De la desesperación y el pecado*, p. 64.

Adentrar dentro de la existencia implica un enfrentamiento con lo terrible que supone la pérdida de la conciencia, la angustia por no perseverar y por el escepticismo por parte de la razón, respecto al problema de la persistencia de la conciencia, esta experiencia íntima y personal del hombre frente al todo y la nada, el sentimiento teleológico surge justamente ahí donde hay conciencia. Finalidad y Conciencia en Unamuno son lo mismo, el fondo es similar para ambas. El mundo es para la conciencia, es decir, para la existencia trágica. La vida resulta en tragedia entre el anhelo de no querer morir y acceder al todo, de la completa y aterradora disolución de la conciencia. La fuente del problema, del destino individual y personal, de la inmortalidad del alma, su perseverancia y de su riesgo al perder la conciencia, la incertidumbre.

¿Es acaso la conciencia de un hombre algo extraño a él, que de arriba le baja, y que se le sobrepone? ¿Es una *gracia* que a su *naturaleza* se añade? ¿No es más bien la culminación de su ser todo, la forma suprema de sus impulsos y tendencias subconscientes, el verbo de carne y de su sangre, de sus músculos y de su médula? He aquí la cuestión vieja y siempre nueva; la perdurable cuestión del valor de la conciencia.¹¹⁶

La batalla por conservar la conciencia, es la esencia del hombre, la necesidad de sentir ese destino con el corazón y la razón, el impulso de la voluntad de vivir, la existencia del hombre frente al riesgo de la aniquilación de la conciencia, pero al mismo tiempo le da la posibilidad de disfrutar esa existencia situada y sitiada en el mundo, frente al todo y la nada. Con la propuesta unamuniana de mirar problema sin miedo de la existencia, invitación a sentir y vivir antes que teorizar. “Ante todo hay que mirar cara a cara el problema, el único, sin cobardía, ni aún la de la audacia, la de aquellos que huyen hacia delante, la de los que niegan el problema como quien por miedo a la muerte se suicida. [...] lo mismo que para el individuo que para el pueblo, es éste: ¿cuál es el fin de la vida?”¹¹⁷ Al hablar de la

¹¹⁶ De Unamuno, Miguel, *De la enseñanza superior en España*, Obras completas T. VIII, p. 12.

¹¹⁷ De Unamuno, Miguel, *De la enseñanza superior en España*, Obras completas T. VIII, pp. 48, 49.

finalidad de la vida, entra en juego inmediatamente la conciencia, ese deseo y anhelo de querer vivir, le confía y deposita la esperanza en la creencia de que puede ser posible, Miguel de Unamuno reitera que la finalidad de la vida humana es la persistencia en su personalidad, conservando aquello que le caracteriza y le hace único, que le hiere en cada momento por no poder alcanzar la inmortalidad, pero que sabe que su existencia es una lucha desde el mundo, con la conciencia y en el dolor, que del mismo modo permite gozar y disfrutar, sumergirse en padecimientos y disfrutes, en vivir humanamente, feliz de saber que existe en el universo y justamente eso supera a ese todo que bien puede aplastarle o aniquilarle.

La pregunta por la finalidad de la vida, el fin de la vida, es la pregunta que conlleva del mismo modo la conciencia, el alma, el yo, el cuerpo del hombre de carne y hueso. De este modo Unamuno integra todos estos aspectos en la vida íntima y personal de cada ser existente, poder plantear la interrogante por la finalidad de la conciencia es la característica más peculiar del ser, que siente su ser. El yo concreto, el hombre de carne y hueso, el que encuentra terrible su destino si este es aniquilación de su ser, y el anonadamiento del espíritu, de ahí su sufrimiento, el ensueño de querer inmortalidad, el deseo de no querer morir, sentir que su vida tiene un para qué, que el propósito de la existencia es la vida sin fin, más o menos depurada, sin males, sin penas pero que si se enfrenta con la aniquilación prefiere y opta por vivir de tal manera que obra existiendo, es decir, luchando, deseando, pensando sobre su destino personal, disfrutando y buscando la felicidad en el mundo. Su individualidad así como la personalidad. De ahí justamente que la acción que engendra el sentimiento es la de una búsqueda de sentido. “¿Qué sería un universo sin conciencia alguna que la reflejase y lo conociese? ¿Qué sería de la razón objetivada, sin voluntad ni sentimiento? Para nosotros, lo mismo que la nada; mil veces

más pavoroso que ella. Si tal supuesto llega a ser realidad, nuestra vida carece de valor y de sentido.”¹¹⁸

Lo afectivo y lo intelectual en batalla, la voluntad de perseverar y el escepticismo ante el deseo, la conservación y perpetuación de la existencia. Todo lo que constituye a un hombre a ser el que es y no otro, con el principio de unidad y el de continuidad; el primero merced al espacio el segundo al tiempo, el propósito para Unamuno entre más unitario sea, es como se afirma el hombre, lo que llama unidad de sentido, la creencia en la perseverancia de la conciencia. Dónde la tranquilidad de san Manuel bueno se turba con el ¡Quién sabe...!, prefiere el terror que causa la cascada, a la quietud del remanso que va a dar en el lago, el problema personal e individual por la inmortalidad del alma que muestra Ángela Carballido¹¹⁹,

¹¹⁸ De Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 339.

¹¹⁹ San Manuel bueno mártir representa en Unamuno una de las obras donde el sentimiento trágico de la vida; la causa de las ideas, de la comprensión e incomprensión del mundo y de la vida, se encarna, de una manera que la tristeza y el silencio, la pena infinita por ganar la conciencia es muy bien asida por la existencia, justamente porque se muestra un sufrimiento del hombre concreto. El pasó de una caravana por Valverde de Lucerna lleva a un payaso a presentar un show, y justamente en plena actuación nota que su mujer indispueta se retira asistida por el santo, terminada la función se enteran de que ha muerto su mujer, San Manuel ha asistido a esa mujer a bien morir. La tristeza sobreviene después de la alegría del show. El diálogo entre San Manuel y el payaso, reconoce San Manuel la obra y el esfuerzo de quien tiene que hacer reír al público y por el otro lado la incertidumbre lo agobia y vive en el fondo de su existencia, en esa lucha por creer. Así reconoce san Manuel bueno mártir: “te vi trabajar y comprendí que no sólo lo haces para dar pan a tus hijos, sino también para dar alegría los de los otros”. Y más adelante Ángela descubre el mismo trabajo de él santo en el payaso, no sólo lo hace para ganar el pan, su hambre de inmortalidad diaria, sino que, da esa hambre a su pueblo, lo mantiene en ese problema del destino y su inmortalidad. Y descubre que de la alegría se devela la tristeza. Dice Ángela: “He comprendido que la alegría imperturbable de don Manuel era la forma temporal y terrena de una infinita y eterna tristeza que con heroica santidad recataba a los ojos y los oídos de los demás”. Ante tal descubrimiento Ángela le pregunta de una manera directa que si cree en el infierno, a lo cual él santo responde que: ella no tiene de que preocuparse pues tiene la fe y le espera el cielo, pero sigue insistiendo justamente frente a él y ¡si lo hay! Y el santo se guarda de la respuesta en el silencio, dejando ver que no es al infierno a lo que teme, sino justamente al no ser, la aniquilación, la nada. Y unas páginas más adelante se confiesa San Manuel bueno ante ese temor: “Yo no debo vivir solo; yo no debo morir solo. Debo vivir para mi pueblo, morir para mi pueblo. Yo no puedo perder a mi pueblo para ganar el alma. Así me ha hecho Dios. Yo no podría soportar las tentaciones del desierto. Yo no podría llevar sólo la cruz del nacimiento.” La completa soledad y su alejamiento total del hombre y justamente, queda el silencio ante el aguijón por la incertidumbre de obtener el todo. Y es justamente, Lázaro el hermano que reaccionaba a su creencia, aquel venido del nuevo mundo (América) quien se resiste pero al entrar en contacto con él se hace su confidente y se convierte a la creencia. Ante el encargo de una madre agonizante es el santo que le hace prometer que rezara por ella, pero después viene la comunión ante el pueblo de Lázaro y san Manuel blanco y tembloroso termina tirando la sagrada forma, se le cae, Lázaro le recoge para llevársela a la boca. Ángela presenta tal conversión le dice a su hermano acerca de tal conversión: “¿Por eso? ¿Por darnos alegría? Lo habrás hecho ante todo por ti mismo, por conversión.” Pero resulta que después de tal comunión, queda un diálogo entre hermanos, y al igual que el san Manuel, blanco y tembloroso, le confiesa que para no escandalizar, fingiese creer si no creía y revela una de sus conversaciones en estas palabras: “¿Y usted celebrando misa ha acabado por creer?”, él bajo la mirada al lago y se le llenaron los ojos de lágrimas. Y así es como le arranque su secreto. [...]

al describir que el santo barón ayuda a todo hombre de su pueblo a bien morir, pero hay algo en esa tranquilidad, esa imperturbabilidad, precisamente como vida del espíritu, en la memoria base de la personalidad una tremenda pena. Su obrar es sobre su pueblo, su esfuerzo es una solidaria pena, sufrimiento y padecimiento ante la incertidumbre por la otra vida, la de la conciencia después de la muerte, siempre desde ésta vida, desde la existencia trágica, que pugna en todo momento por su conciencia, por el problema que Unamuno hace el principal de la filosofía, el destino propio, la inmortalidad del alma.

La alegría, la imperturbabilidad, del casi santo se enfrentan con la pena infinita, el temor por dejar de ser, sin algún recuerdo que sobreviva, para después de la muerte, la soledad le lacera el espíritu, la tristeza le mina el alma, al llorar en la ceremonia, con su hermano Lázaro se desahoga de esa pena. Al llorar al llegar a la resurrección de la carne, el consuelo se aleja muchísimo de prestarle ayuda, auxilio, ante eso, justamente la conciencia se guarda en silencio y mientras lo creen en comunión con la divinidad, pasa un trance que San Manuel bueno, mártir puede lograr por haber consagrado su vida a los misterios divinos y pasan por alto que lo que tiene es una tristeza que lo sujeta bien y por eso mismo, por no poder llegar a creer sobreviene tal pena, más aun queriendo querer creer en esa resurrección con todo su ser. Esa confianza en Cristo se quiebra, pero del mismo modo su resolución no es definitiva, el quién sabe respecto a la perduración de la conciencia salva de la completa incertidumbre.

Entonces comprendí sus móviles, y con esto comprendí su santidad, porque es un santo, hermana todo un santo. No trataba al ganarme para su santa causa –porque es una causa santa, santísima–, arrogarse un triunfo. Sino que lo hacía por la paz, por la felicidad, por la ilusión si quieres, de los que les están encomendados; comprendí que si les engaña así –si es que esto es engaño –es por medrar. Me rendí a sus razones, he aquí mi conversación. Y no me olvidaré jamás del día en que diciéndole yo: “Pero, Don Manuel, la verdad, la verdad, ante todo”, él temblando me susurro al oído –y eso que estábamos en medio del campo–: “¿La Verdad? La verdad, Lázaro, es acaso algo terrible, algo intolerable, algo mortal; la gente sencilla no podría vivir con ella.” “¿Y por qué me entrefer ahora aquí, como en confesión?”, le dije. Y él: “porque si no, me atormentaría tanto, tanto, que acabaría gritándola en medio de la plaza, y eso jamás, jamás, jamás. Yo estoy para hacer vivir a las almas de mis feligreses, para hacerles felices, para hacerles que se sueñen inmortales y no para matarles. de Unamuno, Miguel, *San Manuel bueno mártir*, pp. 143, 144, 146, 162.

El personaje de Ángela en la novela San Manuel bueno, mártir, pone de manifiesto la creencia por encima de la incertidumbre, ella da testimonio de la vida del casi santo, que renuncia a la multiplicación carnal en pro de la perduración de la vida, se entrega a su pueblo, se entrega en su empeño por querer creer en la inmortalidad del alma, la salvación de la conciencia, y de mantener a sus hermanos en la creencia de dicha salvación, el hombre se angustia y se entristece por no poder alcanzar lo que el personaje de Ángela tiene, parece que es una fe inquebrantable, segura de esa salvación y que en el fondo cree que la Conciencia del Universo les hizo de algún modo creer al casi santo y su hermano Lázaro que no creían.

A San Manuel bueno, le queda el llanto en forma de estremecimiento, pues es precisamente quien representa la pugna por el destino que hunde sus raíces en el subconsciente, tal vez en el inconsciente. El contento que da a los creyentes no puede lograrlo para sí, la tristeza infinita y eterna por la conciencia, la finalidad de la vida, y la existencia. Es justamente la incertidumbre que se devela en lo más hondo de la intimidad y resulta que ésta es tan necesaria para la vida, que sin ella no se concibe como tal la existencia trágica del hombre, y la razón se estremece por desaparecer, y ese temor y temblor del que sufre San Manuel estremece al hombre concreto. Ante el riesgo de la soledad se sume en su pueblo, no quiere una soledad acética, sino que, justamente prefiere la cuna de su pueblo, ya que en otro lugar que no sea su pueblo no se siente cómodo, en ese pueblo con sus aguas cristalinas y en la claridad del cielo, termina por cargar con la incertidumbre¹²⁰ del más allá, y por tanto del destino de su inmortalidad del alma.

¹²⁰ Justamente después de la conversación entre Ángela y Lázaro, después de tal confesión la poseedora de fe tiembla ante el encuentro con san Manuel, y adivinando el estado íntimo y la causa. Rompe el silencio que Ángela no se atrevía, asegurando que ella cree, desde su infancia. A lo cual responde preguntando: Pero usted, padre, ¿cree usted? Y después de vacilar la respuesta es: ¡Creo! Al seguir inquiriendo la respuesta es dejar eso. El silencio es un buen reguardo para la incertidumbre. Al pasar del tiempo un poco más moribundo el santo llama su asistencia, para confesar su terrible sufrimiento. Poniendo a Arón y Moisés que por no haber creído no meterían a su pueblo en la tierra prometida, haciéndolos subir al monte Hor hizo que Moisés desnudara a Arón y pereció, mientras que a Moisés se le privo pasar allá: “!No pasarás

Si bien tenemos en la novela de San Manuel bueno, una referencia constante a la lucha desde el sentimiento trágico de la vida y que se encarna en la zozobra por perseverar el ser, el yo, el cuerpo, el santo rehúye de la soledad y en ella encuentra la raíz de esa angustia que le aqueja hasta la muerte, y con la que se bate en todo momento de su vida, el casi santo comprende que la vida y sus penas son la única manera de disfrutar de esa existencia que vive y busca sentido, propósito, en el hecho de que su papel de santo no le priva de los disfrutes de la existencia, de bailar, de comer, de llorar con ellos hasta en la pena infinita del destino, esa angustia íntima de la existencia es profunda en la medida que se preocupa por su ser actual, el aquí y el ahora, si llora y se consuela de que no puede afianzar la creencia y la esperanza de esa vida inmortal, es porque comprende y sabe que es un hombre con existencia y que al igual que se sumerge en los padecimientos de ella, también disfruta de ella.

La incertidumbre que mora en la conciencia del hombre que sufre y muere, se hace presente en la existencia al vivirla, padecerla y también disfrutarla, este sentimiento de incertidumbre deja abierta la resolución, de ahí que lo mejor es una renuncia desesperada a solucionarlo. En *Del sentimiento trágico de la vida* se expresa tal incertidumbre, que se hace presente en su novela, ante la completa certeza del destino individual y personal de la única conciencia que tenemos conciencia, es decir, del hombre:

La certeza absoluta, completa de que la muerte es un completo y definitivo e irrevocable anonadamiento de la conciencia personal, una certeza de ello como estamos ciertos de que los tres ángulos de un triángulo valen dos rectos, o la certeza absoluta, completa de que nuestra conciencia personal se prolonga más allá de la muerte en estos o las otras condiciones [...] harían igualmente imposible la vida. Es un escondrijo, el más recóndito del espíritu, sin saberlo acaso el mismo que cree estar convencido de que con la muerte acaba por siempre su conciencia personal, su memoria, en aquel escondrijo

allá]” y su muerte fue ahí justamente en el límite. Ante la muerte sin remedio y para siempre. Ángela espera del san Manuel un “¿y quién sabe? la incertidumbre ante no conseguir, no poder creer al igual que Spinoza, ante la falta de fe. de Unamuno, Miguel, *San Manuel bueno, mártir*, Almar, Salamanca, 200, p. 172.

le queda una sombra, una sombra de sombra de incertidumbre y mientras él se dice: «Ea, ¡a vivir esta vida pasajera, que no hay otra!», el silencio de aquel escondrijo le dice: «¡Quién sabe...!» Cree acaso no oírlo, pero lo oye. Y en un repliegue también del alma del creyente que guarde más fe en la vida futura hay una voz tapada, voz de incertidumbre, que le cuchichea al oído espiritual: «¡Quién sabe...!» [...] ¿Cómo podremos vivir, si no, sin esa incertidumbre?¹²¹

El corazón hace su asidero de la verdad religiosa que promete tal vida, mientras la conciencia abriga el riesgo de querer ser inmortal, el hambre de divinidad, el deseo de más vida para después de la muerte, la razón no desprende al cuerpo de la aniquilación, la constante de Miguel de Unamuno por ese destino inmortal y su completa resolución quedan como una afirmación de la existencia del hombre concreto del que parte toda la Filosofía, el ¡Quién sabe...! Respecto a la continuación de la vida después de la muerte como la completa aniquilación permiten una acción de pugna, un esfuerzo por mantener el estado presente de la conciencia, aceptar que se dirige constantemente a la muerte y como certeza ineludible, vienen a ser el reconocimiento de la existencia de la vida, padece e incluso se disfruta. La voluntad de no querer morir es el reflejo de la existencia que sabe que solo tiene un ser, un espíritu, un cuerpo, querer no morir es el reconocimiento pleno de la existencia vital del hombre de carne y hueso.

¹²¹ De Unamuno, Miguel, *Del Sentimiento trágico de la vida*, p. 255.

3. La idea del hombre más allá de la razón sustancial

El hombre, dicen, es un animal racional. No sé por qué no se haya dicho que es un animal afectivo o sentimental. Y acaso lo que de los demás animales le diferencia, sea más el sentimiento que no la razón.¹²²

Miguel de Unamuno tiene muy claro que el hombre de carne y hueso, no es una idea, como se ha presentado a lo largo de la historia, al reconocer que el hombre es algo sustantivo, esa característica le hace un hombre existencial, a diferencia de las consideraciones como un ser que no es de aquí o de allí, que no es hombre, sino una idea. Encuentra en Kant un claro ejemplo de ello, “hombre de corazón y cabeza, es decir, hombre”¹²³, que se preocupan por la inmortalidad del alma, de ahí justamente que para Unamuno Kant dio un salto, después de haber pulverizado con su análisis las pruebas de la existencia de Dios, del abstracto según Miguel, con el salto de una Crítica a otra, reconstruye con el corazón, al Dios de la conciencia. “El hombre Kant no se resignaba a morir del todo. Y porque no se resignaba a morir del todo dio el salto aquel, el salto inmortal, de una a otra crítica.”¹²⁴ En Descartes ve que prescinde del hombre concreto, el que no quiere morirse, de ahí justamente que el hombre es corazón y cabeza, no sólo cabeza, así lo reitera pues cuando piensa lo hace con todo el cuerpo, con cada musculo, con todo su ser, Descartes al dudar de su cuerpo, y afirmar el yo, omite que tiene existencia propia, que siente desde él el deseo de no querer morir, en resumen lo que afirma Rene Descartes es la idea de un hombre, la duda que propone no vitaliza, y es lo que Miguel antepone como del sentimiento trágico de la vida, querer la vida significa luchar en ella, consciente de que no podemos prescindir de la conciencia de ser y de estar.

¹²² de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, pp. 98, 99.

¹²³ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 99.

¹²⁴ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 100.

Como primer punto de reflexión se integra el sentimiento que no sólo convive con la razón y las ideas, sino de las cuales brota tal concepción que es unitaria y total, al tratar de la comprensión e incomprensión de la vida, surge la asociación y un reconocimiento de que la razón, no es sustancia única del hombre, tiene un cuerpo, un espíritu, que cuando se le pregunta por su yo es como preguntarle por su cuerpo. Así la conciencia del destino parte del sentimiento respecto al mundo y la vida, si existe una preocupación y la angustia íntima en el hombre por su destino es porque se sabe existente, y se le desvela su mortalidad y finitud, como condición humana, la afirma que hace falta algo en el hombre. Esta carencia de divinidad la podemos apreciar en los momentos de ahogo, de necesidad, de algo esencial como lo es el aire, ese reconocimiento debería bastar para reconocer la ausencia de divinidad en nosotros y dar la posibilidad de pretender, anhelar y desear eternidad, pero como lo mencionamos al principio para Miguel lo que constituye a un hombre es su corazón y cabeza, la razón a su manera marca los límites del hombre en la condición perecedera, y justo ahí la angustia, la incertidumbre de mantener algo después de que el hombre muere, esto es su estado consciente.

De modo que la razón se pone en tela de juicio como la sustancia del hombre, que no es idea, ni abstracción, del hombre atemporal que no es de aquí, ni de allí. El hombre concreto, siente su destino; entendida como condición de posibilidad de concebirse como ser libre, lo enfrenta y pugna por la eternidad, que no se separa del mundo, se bate con el mundo al querer darle finalidad en la Conciencia Universal, en Dios, de ahí precisamente que la finalidad y la Conciencia son en el fondo lo mismo. El hombre desea ser y la razón le limita el horizonte de su acción, el empeño que pone en ser sí mismo se ve contrariado por la razón limitante, incluso esta le conduce a la certeza de la muerte para siempre, de ahí que interviene el deseo de querer siempre una vida inmortal y su pugna, fuente del sentimiento trágico de la

vida. De este modo propone reconocer al hombre y su distinción de cualquier otro, su sentimiento respecto a la vida, un sentimiento trágico, y su padecimiento mediante el llanto y la búsqueda de sentido, del consuelo para resarcir los coces del aguijo que se mueve y sumerge mediante la incierta posibilidad de ganar el destino, ante el terrible riesgo de perder la vida para siempre. Lo terrible de la existencia radica justamente en la pérdida completa de la individualidad y la personalidad de cada ser existente.

Individuo o indiviso, unidad distinta de las demás, y no divisible en otras unidades análogas a ella, y lo que quiere decir persona. La noción de persona se refiere más bien al contenido, el individuo al continente espiritual. Con mucha individualidad separándose uno muy fuerte y acusadamente de los demás individuos sus análogos, puede tener muy poco de propio y personal. Y hasta podría decirse que en cierto sentido la individualidad y la personalidad se contraponen, aunque en otro más amplio y más exacto sentido puede decirse que se prestan mutuo apoyo. Apenas cabe fuerte individualidad sin una respetable dosis de personalidad, ni cabe fuerte personalidad sin un grado eminente de individualidad que mantenga unido sus varios elementos; pero cabe muy bien una individualidad vigorosa con la menor personalidad posible dentro de su vigor, y una riquísima personalidad con la menor individualidad posible encerrando esa riqueza.¹²⁵

La conciencia y la existencia reconocen los límites de la condición humana, pero también quiere ensanchar su consciencia a todo, sin perder la personalidad, “la personalidad se refiere principalmente a nuestros límites, o mejor no límites hacia dentro, presenta nuestra infinitud.”¹²⁶, es decir reconoce que el hombre no puede todo lo que quiere y de ahí la íntima congoja, que necesita de Dios para su salvación de la nada, de ese algo que perviva una vez que se muere. La individualidad dice más bien respecto a nuestros límites hacia fuera, presenta nuestra finitud. Y lo que asiste a la existencia en el mundo, para soportar esta vida y hasta para darle sentido es el esfuerzo de la finalidad el para qué de todo, de ahí comprendemos luego que la finalidad de la vida es vivir no comprender, si la finalidad radica en la vida, la esencia del hombre es no querer morir, y quererlo de tal modo

¹²⁵ de Unamuno, Miguel, *El individualismo español*, En Obras Completas T. VIII, p. 527.

¹²⁶ de Unamuno, Miguel, *El individualismo español*, En Obras Completas T. VIII, p. 528.

que arrolle incluso a la razón para lograr el deseo de no querer morir. “Así una finalidad, motivo de vivir ¿quién nos las dará sino la conciencia obrando sobre nuestros espíritus? Sólo del propio conocimiento y del conocimiento del mundo que nos rodea, podemos sacar ideal de vida y fe en nosotros mismos.”¹²⁷ De este modo, se identifica lo de que conciencia y finalidad son en el fondo la misma cosa. Y precisamente, el reconocimiento de tal riqueza y variedad del hombre concreto, se encuentra en las metáforas ante la razón que marca y define muy bien los límites de acción.

De este modo, presentamos lo que Unamuno desarrolla al poner que el sentimiento como la causa de las ideas, lo que las engendra y si estas reaccionan en su contra, esto es precisamente su confirmación, no prescinde de la razón, pues firmemente se presenta por medio de la inteligencia, es decir buscamos la forma de expresarlo con la razón, y el cuestionamiento sobre el mundo y de la vida por la conciencia. Integra de este modo el sentimiento como la fuente y lo que constituye el ser del hombre. No priva en ningún momento, al contrario integra a la razón como algo que crucialmente necesitamos para que emerja del sentimiento trágico de la vida, respecto a la vida misma por la existencia.

Una idea no es algo sustantivo y que exista por sí; supone siempre un espíritu humano que la conciba. La idea no es para nosotros algo sustantivo; la idea no existe más que en una mente que la conciba. Y la idea en sí, abstrayéndola del espíritu que la abriga y le da calor de sentimiento y empuje de voluntad, es algo frío, inerte e infecundo. El acto intelectual no se da en el hombre sin alguna parte de sentimiento y sin alguna parte de voluntad, por pequeñas que estas partes sean.¹²⁸

La voluntad de vivir por siempre, como esencia de la vida, el latir incesante de la conciencia, nos dejan en el camino de llegar a ser el todo siempre y cuando el hombre tenga presente que no debe renunciar y menos desconocer su condición humana, pues lo que propiamente hace de un

¹²⁷ de Unamuno, Miguel, *De la enseñanza superior en España*, En Obras Completas T. VIII. p. 12..

¹²⁸ de Unamuno, Miguel, *Sobre el fulanismo*, En Obras Completas T. VIII, p. 546.

hombre ser el mismo, es el sentimiento de su finitud, sentir su deseo de más vida: siente, ríe, llora, sufre, ama, tiene voluntad, es libre, elige, piensa, desea, es feliz... y aquel que piensa con todo el cuerpo, con el espíritu. Y al hablar sobre el hombre, en lo que ha de poner mayor hincapié es sobre su vida, la existencia, sobre el dolor y sufrimiento de su condición, sobre la necesidad de creer, sobre la certeza de la condición humana, la necesidad vital de tener fe. De ahí la exaltación y la inevitable pugna de Unamuno por ver a un ser humano que existe y al existir obra, de este modo es un ser existente en el mundo: “Obro sobre mí según soy, y no siendo de otro modo, no de otro puedo sobre mí obrar”¹²⁹, y nos queda que el hombre en lo que más pone empeño y todo su esfuerzo es en ser él mismo y no otro, ya que esta intensión de la alteridad u otredad no tiene posibilidad, pues, lo que se quiere en lo profundo es existir como hombre, como sí mismo, que aun cuando es agobiado por la zozobra y la nada hace el mayor esfuerzo por conservar su propia existencia.

El riesgo de Unamuno por conservar la existencia, de arriesgar la vida y enfrentarla al terror por anonadar la conciencia o ser sumergida en la conciencia del universo, son las dos posibilidades que provocan temor y temblor en el pensamiento de Miguel de Unamuno. Enfrentar la resolución ante el destino personal e individual de la conciencia humana, llevan ya un reconocimiento de la necesidad de morir, y la de aspirar a la divinidad mediante el hambre y sed de esa divinidad, el sentimiento de infinito como la conciencia de perecer son el estado del hombre de carne y hueso. La amenaza de la nada se patentiza en la evidencia de la razón, con su certeza de que el hombre ha de morir, este reconocimiento lo podemos ver en personajes como, Augusto, de *Niebla*, cuando el grito del que llega al pensamiento de su mortalidad y ve próximo su fin quiere vivir, la angustia

¹²⁹ de Unamuno, *Miguel, De la enseñanza superior en España*, p. 12. En Obras Completas T. VIII.

ce centra sobre ese destino que se dirige hacia la muerte, el otro (Damián y Cosme), de su obra de teatro, *El Otro*, que al dar muerte a su hermano quedará perdido y conducido hacia la muerte mediante el suicidio. La congoja que se impregna de la existencia humana, sino otra cosa que pugna por la muerte del cuerpo ante la falta de una creencia y el reconocimiento de su necesidad.

En *entorno al Casticismo* presenta el peligro de no creer en la inmortalidad que desea, “Cuando no se cree más que en la vida de la carne, se camina a la muerte”¹³⁰. Incluso la razón se integra dentro de lo que constituye al hombre concreto, aun cuando el problema y la solución se presenten y se de manera irracional, o contra racional como gusta llamar Unamuno. La dificultad de la existencia viene no solo marcada por la perennidad de la carne sino que más aun cuando es evidente que ello sucede, la existencia humana y el espíritu en esa suma es lo que provoca un terror, con la tragedia de la vida, que implica el morir batiéndose desde y con la existencia, pone todos los esfuerzos, toda la vida del ser existente en conservarla, con todo y lo que parezca un abrazo de la irracionalidad. Unamuno reacciona contra la razón que diluyente de la conciencia, el cuerpo, el espíritu, del terror que ésta produce en un acercamiento y aniquilación, en la nada, en la completa y soterrada tierra del olvido, el sumergimiento en lo recóndito del no ser, por tanto lo que busca es una posibilidad para que la existencia se realice de manera completa en el mundo, dicho de otro modo, realizarse como ser existente en el mundo con su propia existencia.

«Donde precisamente se muestra el riesgo de la abstracción, es respecto al problema de la existencia, cuya dificultad resuelve soslayándola, jactándose luego de haberlo explicado todo. Explica la inmortalidad en general, y lo hace egregiamente, identificándola con la eternidad; con la eternidad, que es esencialmente el medio del pensamiento. Pero que cada hombre singularmente existente sea inmortal, que es precisamente la dificultad, de

¹³⁰ de Unamuno, Miguel, *Entorno al Casticismo*, En Obras Completas T. VIII, p. 75.

esto no se preocupa la abstracción. O le interesa; pero la dificultad de la existencia es el interés del existente; al que existe le interesa infinitamente existir. El pensamiento abstracto no le sirve a mi inmortalidad sino para matarme en cuanto individuo singularmente existente, [...] Cuando se considera un pensador abstracto que no quiere poner en claro y confesar la relación que hay entre su pensamiento abstracto y el hecho de que él sea existente, nos produce, por excelente y distinguido que sea, una impresión cómica, porque corre el riesgo de dejar de ser hombre. Mientras un hombre efectivo, compuesto de infinitud y de finitud, tiene su efectividad precisamente en mantener juntas esas dos y se interesa infinitamente en existir, un semejante pensador abstracto es un ser doble, un ser fantástico que vive en el puro ser de la abstracción, y a las veces la triste figura de un profesor que deja a un lado aquella esencia abstracta como deja el bastón. Cuando se lee la vida de un pensador así cuyos escritos pueden ser excelentes, tiembla uno ante la idea de lo que es ser hombre.»¹³¹

Para Unamuno no son ni las abstracciones de la razón, ni el pensador que prescinde de su existencia como hombre, lo que hace y manifiesta respecto a algunos pensadores y hombres que han prescindido de que son precisamente hombres de carne y hueso: que antes de pensar, existen. “El pensador abstracto, o pensador de abstracciones, piensa *para* existir, para no dejar de existir, o tal vez piensa para olvidar que tendrá que dejar de existir.”¹³² Es por eso que se revela contra una tradición que ve a las ideas engendrándose unas a otras y dejando fuera lo más importante, al hombre, su ser, del cual parte todo pensamiento. No puede obrar si no es a partir del reconocimiento de que es un ser que tiene conciencia, de su estar como hombre, que existe en el mundo y de que este se hace para la conciencia y como es el único que puede dar conciencia de que existe.

¹³¹ De Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, pp. 245, 246

¹³² De Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 247

Capítulo III

El misterio de la muerte

Lo que en rigor anhelamos para después de la muerte es seguir viviendo esta vida, esta misma vida mortal, pero sin sus males, sin el tedio y sin la muerte.¹³³

Albert Camus en *el Extranjero* deja muy clara el temor de Unamuno en el encuentro en la celda del condenado a muerte, Mersault tiene claro que la vida para él se acaba está próxima a su fin, y disfruta incluso en su reclusión del olor que sube del mar, de la noche y sus luminarias del cielo, imagina que la vida para él ya ha terminado, es decir, una vida libre, a diferencia de aquellos que imagina en el crucero dirigiéndose a un viaje por el mundo. El mismo Mersault sabe que la vida ya no le pertenece, es decir, elegir sobre ella y el deseo de ser libre no basta para serlo, por el contrario esa certeza de su muerte es lo único que tiene y vive con ella, enfrenta el temor ante el verdugo que vendrá a buscarlo, desea el rostro de una mujer. Mirando un poco atrás vemos a Mersault de *la muerte feliz*, lo único que quiere es llevar una vida feliz, en este caso tiene una enfermedad que se lo impide, sin embargo vive feliz. “La felicidad residía en que existiera.”¹³⁴

«[...] usted morirá más tarde si no muere hoy. La misma cuestión se planteara entonces. ¿Cómo afrontara usted la terrible prueba? Respondí que la afrontaría exactamente como la afrontaba en este momento. [...]» «¿No tiene, pues, ninguna esperanza y vive con el pensamiento de que va a morir totalmente? —Sí», respondí. [...] «¿Ama usted hasta el punto esta tierra?», murmuró. Nada contesté. [...] «No, no puedo creerle. Estoy seguro de que ha sentido alguna vez el deseo de otra vida.» [...] quería saber cómo imaginaba yo esa otra vida. Entonces le grité: «Una vida en que pudiera acordarme de ésta»¹³⁵

En el *Extranjero* de Camus se patentiza la importancia vital de existir sin esperar y donde el abandono no significa renuncia, toda la clarividencia de Mersault y su destino deja de esperar ya. El San Manuel de Unamuno

¹³³ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 396.

¹³⁴ Camus, Albert, *La muerte feliz* (Tr. de María Teresa Galledo), Madrid, Alianza, 2014, p. 173

¹³⁵ Camus, Albert, Obras, 1, *El extranjero* (Tr. De José Ángel Valente), Madrid, Alianza, 2013, pp. 202, 203.

cierne su vida en la esperanza de mantener a los hombres en la creencia de la vida más allá de esta, es decir, el consuelo que ofrece no es suyo y lo sabe, ahí radica su santidad, hace y mantiene a los demás en la creencia de más vida. Camus reconoce la importancia vital, lúdica y estética de la vida humana, y el juicio de si vale o no la pena vivirla, Unamuno otorga la importancia vital a la necesidad de que haya Dios, de que salve la conciencia del destino humano.

Así el hombre que se angustia por su proximidad a la muerte se desprende del tedio de la vida, de la costumbre de vivir, por medio de la necesidad de creer en Dios como Conciencia del Universo, el anhelo de querer más, y a la vez la sustancia del hombre que se esfuerza en conservarse, la resolución del conflicto entre el corazón y la razón, la elección de ese destino humano recaen en la existencia, la lucha por conservar el cuerpo y por perseverar la conciencia, son la vida existencial del hombre. Que está dispuesto a enfrentar ese destino, que se esfuerza y duda, pero que no renuncia, como lo reconoce Unamuno que va a luchar hasta contra la razón. Miguel de Unamuno reitera su sentir y reflexiona sobre del sentimiento trágico de la vida en el hombre en el mundo, y no sólo en él sino desde la vida y la existencia. Del verdadero hombre que: piensa, quiere, oye, ve, ama, y siente su destino, por medio *del sentimiento trágico de la vida en los hombres* de la siguiente manera:

Hay algo que, a falta de nombre, llamaremos el sentimiento trágico de la vida, que lleva tras sí toda una concepción de la vida misma y del universo, toda una filosofía más o menos formulada, más o menos consciente. [...] Y ese sentimiento, más que brotar de ideas, las determina aun cuando luego, claro está, estas ideas reaccionen sobre él corroborándolo. Unas veces puede provenir de una enfermedad adventicia, de una dispepsia, verbigracia; pero otras veces es constitucional. ¹³⁶

¹³⁶ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 116.

Hermano de espíritu con Kierkegaard, Pascal, Miguel de Unamuno reconoce la preocupación vital, del destino del hombre de carne y hueso, de cada “uno de nosotros”, del destino personal e individual. Reconoce que para éste problema, no basta tomar una actitud frente a su destino individual. Sino que hay que tomar acción en el problema. Es tan humano preocuparse por el destino personal, como saber que se ha de morir, el problema vital es el de la perduración de la conciencia. El verdadero problema vital, problema de la Filosofía para Miguel de Unamuno ha de tomar y tener en cuenta que el sentimiento y la voluntad que moran en él hombre. Reiterando de manera aguda el sufrimiento y el dolor de encontrar que la vida tiene un fin, culmina en la muerte, la pugna y la espera por conservar y perseverar algo, por mínimo que sea, convencido de que algo sobreviva a la muerte, al destino humano. “El que sufre vive, y el que vive sufriendo ama y espera, aunque a la puerta de su mansión pongan el «¡Dejad toda esperanza!», y es mejor vivir en dolor que no dejar de ser en paz.”¹³⁷, la pugna trágica entre la contraposición de la razón y la fe, son la lucha de la vida y de la vida existencial.

El problema que ha de considerar la Filosofía resulta ineludible. “Trágico es el problema y de siempre, y cuanto más queramos de él huir, más vamos a dar en él.”¹³⁸. Afrontar el riesgo es asumir la necesidad de aquello que el hombre carece y vive en carne propia, elige ante todo hacerle frente, viviendo esforzadamente por sentir su destino, por vivir en la incertidumbre y con la intimidad de la conciencia en la angustia. La apuesta de la conciencia es por el todo, que la finalidad del ser del hombre, sea la vida continua, ello está en querer serlo todo. Expresión vital del deseo del hombre de carne y hueso. “No quiero morirme, no; no quiero, ni quiero quererlo; quiero vivir siempre, siempre, y vivir yo, este pobre yo que me soy

¹³⁷ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, pp. 151, 152.

¹³⁸ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 153.

y me siento ser ahora y aquí.”¹³⁹. La tragedia del destino personal, radica justamente, en una razón que niega en todo momento la inmortalidad individual, y más aún nos lleva y conduce a la nada, donde la conciencia antes de ser no fue, así del mismo modo después de dejar la vida no será. Y justamente la razón se enfrenta de continuo con el anhelo de querer ser más. Del anhelo que Unamuno pone como centro de todo movimiento. “Podrá decirse [...] que después que me muera no me atormentará ya esta hambre de no morir, y el miedo a la muerte, o mejor dicho a la nada, es un miedo irracional, pero... Sí, pero [...] Y seguirá moviéndose. ¡Cómo que es la fuente de todo movimiento! [...] La fe en la inmortalidad es irracional. Y, sin embargo, fe, vida y razón se necesitan mutuamente.”¹⁴⁰

La verdad objetiva disuelve todo, de tal manera que no queda nada para el hombre, la razón somete todo a fórmulas su principio y materia es el mundo dado, de ahí que la consideración por la integración y que tiene su lugar en la vida tanto el aspecto sentimental como volitivo, el deseo es tan humano como la negación de la vida más allá de la existencia:

El racionalismo, y por éste entiendo la doctrina que no se atiene sino a la razón, a la verdad objetiva, es forzosamente materialista.

Es menester ponerlo todo en claro, y la verdad es que eso que llamamos materialismo no quiere decir para nosotros otra cosa que la doctrina que niega la inmortalidad del alma individual, la persistencia de la conciencia personal después de la muerte. ¹⁴¹

La negación de la continuación del alma y su inmortalidad, éste materialismo es para Miguel de Unamuno un ideal o más aún lo identifica con un idealismo, en el sentido de que no sabemos qué sea el espíritu y menos aún que sea la materia, y responde a éste materialismo que es ideal. “De hecho, y para nuestro problema el más vital, el único de veras vital, lo mismo da decir que todo es materia, como que es todo idea, o todo fuerza, o

¹³⁹ Ibidem.

¹⁴⁰ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 247.

¹⁴¹ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 207.

lo que se quiera.”¹⁴² El resultado de que el hombre no logre afianzar la esperanza de la fe radica en que él mismo imagina como podrá ser dicha vida, y resulta trágico no llegar a creer aun cuando se quiere. La continuación de esta vida venidera es por medio del principio de unidad: éste consiste, primero en el espacio, merced al cuerpo, en la acción y en el propósito; y si el propósito resulta ser uno resulta tanto más hombre en cuanto orienta todas sus acciones a ese propósito, si el propósito o finalidad desde este punto de vista es la continuación de la vida, todo el esfuerzo se pone en mantener dicha vida. De este modo afirma que hay hombres que en su vida persiguen un solo propósito. Y el principio de continuidad en el tiempo. Por una serie continua de estados de la conciencia. La memoria es la base de la personalidad individual. Así se vive en el recuerdo y por el recuerdo, siendo la vida espiritual, en el fondo, el esfuerzo del recuerdo por perseverar, por hacerse esperanza, el esfuerzo de nuestro pasado por hacerse porvenir. He aquí los dos aspectos esenciales del hombre para el anhelo de inmortalidad.

Ahora bien, en la fe pone el consuelo ante este destino que la razón lleva a la aniquilación, al no ser, arrastra inevitablemente a la nada, es decir; a la absoluta inconciencia. Justamente siendo terrible la consideración del destino, la nulificación de la conciencia, de cada una de las conciencias, es a lo que Unamuno se opone rotundamente y como tal se rebela, la pugna que deposita en *del sentimiento trágico de la vida*, en toda su vida la lucha es por permanecer, la rebeldía es contra lo que aniquila y desvanece al hombre, todo lo que él es, incluso contra la idea de ser absorbido por el todo, sin tener la posibilidad de conservar algo propio. Si bien es la razón que muestra que la conciencia se disipa, disuelve y dirige a la nada. Es justamente por esto que la fe hace del problema de la inmortalidad su seno,

¹⁴² Ibidem.

al llevar la vida misma como problema y pugna de la conciencia, de la existencia misma. No podemos negar la existencia del hombre, su existencia está ahí, la imaginación de que todo lo que le rodea se desvanezca causa vértigo, pero con este ejercicio se afirma nuevamente la existencia humana, sumir la nada desde la vida no es posible. Ya que el hombre es conciencia que da conciencia de sí mismo. De ahí el rechazo por la razón que conduce al dejar de ser, que reduce todo a la nada, la considera como monista, no da posibilidad a la continuación. En cambio acepta el dualismo, sólo esto rescata el problema de la inmortalidad “que la conciencia humana es algo sustancialmente distinto y diferente de las demás manifestaciones fenoménicas.”¹⁴³ Posibilitando la inmortalidad desde la vida, en la creencia de una vida imperecedera.

Si bien el hombre de carne y hueso, el verdadero hombre, no el sujeto de las divagaciones más o menos científicas. Una idea, en fin. “Es decir un no hombre.”¹⁴⁴ Se preocupa por su conciencia, es sustantivo, no idea, que no es de aquí o allí, atemporal, es decir; no es de esta época o de la otra, sin sexo, sin patria. El hombre se sabe mortal de ahí el esfuerzo que pone en su anhelo, representa el grito del hombre ante la nada, la necesidad del deseo vital de trascender el tiempo y el espacio son tan importantes, “lo necesito para vivir. “Y «¿quién eres tú?» me preguntas y con *Obermann* te contesto: «¡Para el universo, nada; para mí todo!» ¿Orgullo? ¿Querer ser inmortal? ¡Pobres hombres!”¹⁴⁵, ese estado de miseria se afirma una y otra vez en el terror a dejar de existir y la necesidad del anhelo, con el poeta italiano Leopardó:

Tiemblo ante la idea de tener que desgarrarme de mi carne; tiemblo más aún ante la idea de tener que desgarrarme de todo lo sensible y material, de toda sustancia. Si acaso esto merece el nombre de materialismo, y si a Dios me agarro con todas mis potencias y mis sentidos todos, es para que Él me lleve

¹⁴³ Ibidem.

¹⁴⁴ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 97.

¹⁴⁵ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 157.

en sus brazos allende la muerte, mirándome con su cielo a los ojos cuando se me vayan éstos a apagar para siempre. ¿Qué me engaño? ¡No me habléis de engaño y dejadme vivir!

Lllaman también a esto orgullo: «hediondo orgullo» le llamo Leopardo, y nos preguntan que quiénes somos, viles gusanos de la tierra, para pretender la inmortalidad: ¿en gracia de qué? ¿Para qué? ¿Con qué derecho? « En gracia a qué » preguntáis , ¿y en gracia a que vivimos? ¿Para qué? ¿y para qué somos? ¿Con qué derecho? ¿y con qué derecho somos» Tan gratuito es existir como seguir existiendo siempre. [...] No reclamo derecho ni merecimiento alguno; es solo una necesidad, lo necesito para vivir.¹⁴⁶

La expresión de Shakespeare de ser o no ser la compara con el deseo de inmortalidad, de ahí justamente que el sentimiento trágico no transige con términos medios es ¡todo o nada! Y lo que Miguel de Unamuno exalta, es el deseo de ser todo, por ende anhela el ser. Confía en el Humanismo del hombre, no en el de las cosas del hombre, que consiste en que el anhelo es del hombre, el deseo, la voluntad, y el sentimiento. Le preocupa que el hombre se rinda de cansancio ante tantas cosas que ha creado la cultura, para al final caer desvanecido y se pregunta acerca del para qué de esas creaciones del hombre, si todos y cada uno de ellos han de morir, de sacrificio, entonces para qué todo lo que hace.

El riesgo raya en la razón escéptica, investigativa: preguntando, inquiriendo, por el deseo de vida inmortal, frente a esta razón inquisitiva. El hombre concreto Miguel de Unamuno, reitera que la razón, pregunta por la razón misma, trastoca el absurdo del problema del destino y si acepta propuestas aún a su consideración más absurda, por qué no ha de aceptar el sentimiento. Saliendo de este arrostramiento victorioso ante la Esfinge, que lo pretende devorar, sobajar y someter. De ésta manera la disolución, el anonadamiento de la razón, da cabida al reconocimiento de que el hombre difiere de ella, no le satisface esa solución y se rebela contra ella, incluso como la razón deja al hombre en un estado de soledad, la razones que ofrece para la vida no son las que él quiere, y en definitiva apela que las razones

¹⁴⁶ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, pp. 156, 157.

sólo son eso y que él ha venido a vivir, no a teorizar ni a comprender el universo.

Unamuno siente con el cuerpo, con todo el pensamiento, pues con todo el cuerpo filosofa sin desdeñar ningún aspecto, incluso acepta la convivencia con el destino trágico. Se conduce con golpes de hombre, utilizando todo el cuerpo, no es un golpe de boxeador experto, que ha aprendido a ahorrar sus fuerzas, así emplea cada musculo, fuerza y toda la vitalidad del cuerpo. La necesidad de Dios en la vida del hombre la reitera en el sentimiento de divinidad. “Esa sed de vida eterna apáganla muchos, los sencillos sobre todo, en la fuente de la fe religiosa; pero no a todos es dado beber de ella.”¹⁴⁷ Y no porque se niegue, sino porque sus intentos le rehúsan a llegar a tal saciedad. Así considera digno a quien intenta creer aun sin llegar a lograrlo y desprecia al de la razón que niega de una manera rotunda y total y más aún, según Miguel de Unamuno, se empeñan y le molesta que haya quienes quieran convencer a otro de que no la hay.

“La única conciencia de que tenemos conciencia es la del hombre.”¹⁴⁸ Tener conciencia, dar conciencia de la vida, de la existencia en el mundo solo lo puede hacer el hombre concreto, tener conciencia de la mortalidad y del destino, así como del sufrimiento y del dolor de la existencia, al igual la preocupación de ésta vida, la angustia de la conciencia, la afirmación del yo, todo ello humano y más aún el riesgo de perderla: ese disolverse sin dejar huella alguna son preocupaciones por la conciencia. La congoja recalcitrante que produce el pensamiento, de que me tengo que morir aunque no lo quiera, el enigma después de la muerte es el latir de la conciencia.

¹⁴⁷ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 170.

¹⁴⁸ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 111.

“Como que solo vivimos de contradicciones, y por ellas: como que la vida es tragedia, es perpetua lucha sin victoria ni esperanza de ella; es contradicción.”¹⁴⁹ Así de trágica se presenta la batalla por la pugna de la inmortalidad del alma, y aun en la desgracias se prefiere vivir con ésta a la no existencia, y como no, si la vida se bate, esfuerza, sufre y ama desde la vida existencial. Así el hombre más desgraciado, el verdadero hermano, convive con su desgracia y la prefiere por ser la vida, la conciencia y por ende la existencia que se despliega.

La exaltación del pensamiento vivo y existencial que busca su norte, o lo que es lo mismo que el sentido de la vida humana, y de la creencia hacen de vital importancia su incidencia en la vida del hombre. Eso es lo que resalta Miguel de Unamuno con su pensamiento y la acción del destino personal como problema, que debe perseverar en su ser. Perder la conciencia, subsumirla en la nada, disolverla, aniquilarla son lo mismo a dejarse morir mediante el tedio, de ahí la necesidad de la creencia en la inmortalidad del alma, la pasión del anhelo de vivir eternamente, todo este dese proporciona un campo de acción para el hombre, ya que le permite a su modo vivir de la esperanza de más vida, mediante la promesa de alcanzarla. Pero al mismo tiempo se engendra la sospecha de que también cabe el riesgo de perder por completo todo, el hombre muere y resulta más terrible si no quiere morir o se deja morir sin pugnar por la existencia. Todavía reconoce que valor de la vida pasajera se exagera por la falta de creencia y de fe, su apresuramiento a la nulidad, la necesidad de contraponer a la razón el anhelo en la inmortalidad por la fe; defensora de la vida. Incluso la angustia, la congoja por dar en el problema de siempre y la conciliación desde la vida en la existencia.

¹⁴⁹ Ibidem.

Todo esto nos lleva a plantear, ¿qué es lo que Miguel de Unamuno ve, descubre, desvela de la existencia para apostar por medio de su acción? sin duda alguna el riesgo de la conciencia de ahí la apuesta por el todo, por el ser, por su posesión con el hambre de inmortalidad y la sed de eternidad.

Ni eso es orgullo, sino terror a la nada. Tendemos a serlo todo, por ver en ello el único remedio para no reducirnos a nada. Queremos salvar nuestra memoria, siquiera nuestra memoria. ¿Cuánto durará? A lo sumo, lo que dure el linaje humano. ¿Y si salváramos nuestra memoria en Dios?

Todo esto que confieso son, bien lo sé, miserias; pero del fondo de estas miserias surge vida nueva, y sólo apurando las heces del dolor espiritual puede llegarse a gustar la miel del poso de la copa de la vida. La congoja nos lleva al consuelo.¹⁵⁰

Más aún con los personajes que siguen se exalta la riqueza, la franqueza y queda la ruptura, disyuntiva de la existencia, la tragedia del destino tan ansiado. Un Augusto que al recibir desprecio y rechazo de su amor, al cual no le valen ni los mimos, ni el dinero, y menos aún su deseo de amar. Que parece se deja matar en cada resolución y acción, en la persecución banal de quien no lo ama y más aún no lo quiere. Se arroja a la persecución no correspondida sin advertir que la vida le va en ello. Al no ser amado, burlado y despreciado se acerca a la tragedia del destino humano. Aquí ocurre un encuentro entre lo real y lo ideal. Entre Augusto y su creador Miguel de Unamuno, la torpeza de reconocer que la existencia se pierde y de ahí la necesidad de entregarse a la vida sin tapujos y sin penas hacia ella.

De éste encuentro sale la condena de la creación (Augusto), hacia Miguel de Unamuno que le confiesa, se sincera y le advierte que ya no sabe qué hacer con él, que su vida terminará una vez que llegue a su casa. Ante la rebeldía de la creación y su negativa a abandonar la vida opta por seguir viviendo aun sin el amor de quien ama. Y su rabia lapidaría por perder la vida, por no comprender aún, que las ideas carecen de existencia y

¹⁵⁰ Ibid. p. 170.

adquieren la inmortalidad, por eso justamente. Hace de su cólera e impotencia una sentencia hacia el hombre concreto que corrobora la existencia; que acaso el que va a morir sea el creador, Miguel de Unamuno y que su creador va a perecer por otro creador (Dios) cuando éste se despierte y su existencia acaso no será más que un guiño en el universo. Una vez que surge el encuentro el enfrentamiento, queda la sentencia lapidaria y dolorosa para el hombre real. La reconciliación entre la idea de Augusto se hace mediante el sueño, la creación se reconoce como inmortal.

Este juego ilusión y realidad, ficción con la realidad, son el reflejo del ensueño de querer ser inmortal, del hambre de divinidad, del sentimiento trágico de la vida del hombre que quiere ser siempre sí mismo aun cuando se enfrente con la muerte, “hombres de carne y hueso, hombres que nacen, sufren, y aunque no quieran morir, mueren; hombres que son fines en sí mismos, no sólo medios; que han de ser los que son y no otros; hombres, en fin, que buscan eso que llamamos la felicidad.”¹⁵¹ Si vamos un poco más en estos personajes que sufren, el desgarrar, el abrazo íntimo entre la razón y la fe, nos encontramos a un San Manuel bueno, mártir, que lucha por mantener la creencia en la perseverancia del alma.

Éste desgarrar se hace y arroja luz en del sentimiento trágico de la vida en los hombres:

Ese pensamiento de que me tengo que morir y el enigma de lo que habrá después, es el latir mismo de mi conciencia. Contemplando el sereno campo verde o contemplando unos ojos claros, a que se asome un alma hermana de la mía, se me hinche la conciencia, siento la diástole del alma y me empapo en la vida ambiente y creo en mi porvenir; pero al punto la voz del misterio me susurra: «¡Dejaras de ser!», me roza con el ala del Ángel de la muerte, y la sístole del alma me inunda las entrañas espirituales en sangre de divinidad.¹⁵²

¹⁵¹ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 115.

¹⁵² de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 147.

El santo varón como lo llama la creyente en la inmortalidad del alma, Ángela, logra ver en él la pena que lleva dentro de toda su vida y conciencia, pues en ello le va la existencia. La turbación, el horror, esa tranquilidad que presenta San Manuel bueno, la falta de fe y la imposibilidad de llegar a creer en la inmortalidad, esa necesidad vital, en la inmortalidad personal del alma. Es así como contempla el sereno campo verde, sus ojos azules y claros como el lago encuentran en Lázaro un hermano del alma, de Ángela, esa duda incesante, se le hincha el alma y cree en el porvenir de sus creyentes que unen su voz de pena haciéndola una sola y buscan consuelo ante el destino. Pero con lo que no cuenta y en este sentido es justamente algo inesperado, que llega sin advertir, la voz del misterio en susurro. Como resultado se presenta el terror de dejar de ser. Ésta incertidumbre mordaz del misterio sobre la conciencia, de la continuación de ésta vida del hombre que es aquí y ahora, no después, ni antes.

Resultado del encuentro con la mortalidad, arrojando al hombre al estado de incertidumbre, en el desconsuelo, desesperanza por no encontrar la vida soportable si el término de la vida es la aniquilación, un estado de abandono total, y es así como el hombre tiene que vivir su existencia con la conciencia y el susurro de la nada. Así la razón aparece como potencia desconsoladora y disolvente, mientras la creencia consuela. “creo porque es cosa me que me consuela. No, para la razón, la verdad es lo que se puede demostrar que es, que existe, consuélenos o no. Y la razón no es ciertamente una facultad consoladora.”¹⁵³ Y del mismo modo el riesgo de que no se nos muera el alma y el enfrentamiento con la Esfinge que al no obtener respuesta engulle a los hombres, en un espanto y un terror inesperado. Antes bien decide enfrentar el problema del destino personal. Lucha y sufre pero sobre todo se entrega.

¹⁵³ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 225.

Ahora bien, el problema de la perduración de la existencia en el mundo e incluso en el cosmos, nos arroja a una incesante corriente de vida. El tremendo y trágico problema de perder, tanto, la vida como la conciencia, implica en todo caso la pérdida del hombre concreto, sustantivo: independiente e individual, existente por tanto, así aparece la existencia como verdad inmediata: “la verdad inmediata es que pienso, quiero y siento yo. Y yo, el yo que piensa, quiere, y siente, es inmediatamente mi cuerpo vivo con los estados de conciencia que soporta. Es mi cuerpo vivo el que piensa, quiere y siente. ¿Cómo? Como sea.”¹⁵⁴ Es justamente aquí donde se puede ver claramente la preocupación y la importancia del cuerpo vivo, y más aún de mi cuerpo y no de otro. Sólo así se puede comprender la conciencia unida y en reciproca relación con el cuerpo. Y por qué San Manuel bueno, necesita creer en Dios y en él encontrar la garantía de inmortalidad del alma, y a la fe, como; la que proporciona la creencia de esa garantía, de la inmortalidad del alma, es decir, proporciona la espera de que sea así. Tenemos una vida del santo en desesperanza y pone manos a la obra, por ver y alcanzar esa vida imperecedera, desde la existencia, es decir: desde la conciencia. Busca y raya en rebeldía al buscar ese algo, la tragedia radica en creer que la vida continua después de que la mortalidad se presenta en destino trágico, del sentimiento es la base de la conciencia propia.

Es justamente como vemos a un Miguel de Unamuno defensor de su ser, aquí y ahora, de la vida concreta, consciente, anhelante y agónica, en la congoja por la existencia. En ningún momento renuncia a su ser, a ser hombre de carne y hueso, antes bien busca mantener la lucha entre la angustia y el escepticismo, reconoce la gran valía de ésta vida que no se repite, tanto es así, que no puede concebir otra vida sino es desde ésta,

¹⁵⁴ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 212.

conservando siempre su personalidad, su anhelo y por supuesto su razón, deseando una depuración de lo que hace sufrir como es: la muerte, el tedio de vivir, el sufrimiento, el dolor. Permitiendo una vida plena rebelando se ante todo aquello que lo aniquila. Ama la vida y quiere su existencia por encima de todo. Teniendo así una vida que se escapa de la razón, y que no se reduce en lo más mínimo a ella, por el contrario parece ser que la razón se fundamenta en del sentimiento trágico, el camino de lograr ésta vida y su continuación es por medio de lo contra racional es decir de lo vital y para Unamuno lo vital es que quiero vivir y no que quiero morir.

“La inmortalidad que apetece es una inmortalidad fenoménica, es una continuación de ésta vida.”¹⁵⁵ Cuando Miguel de Unamuno en del sentimiento trágico de la vida dice que el hombre vive en la contradicción, se refiere a ese choque entre lo que denomina como vanidad del mundo; el valor de esta vida pasajera que niega la perpetuación del alma, y el deseo de más vida, como continuación para después de la muerte. De ahí la consideración del deseo de inmortalidad, del hambre de ser por siempre, como la esencia actual del hombre que se esfuerza, es decir que vive esforzado por mantener la creencia de que a su muerte su conciencia permanecerá, esa creencia es resorte de acción en la vida que lleva a cabo cuando despliega lo que es, es decir; cuando agota sus posibilidades. Si Unamuno desligara la vida venidera que implica el porvenir de la conciencia de ésta vida que acontece en el mundo, caería en el absurdo, en lo imposible. De todo esto resulta una vida que se reconoce con el sentimiento trágico de su existencia, es decir sabe que muere y a la vez su voluntad desea una continuación, más vida para después de la muerte.

La riqueza que podemos encontrar justamente en el San Manuel bueno, preocupado en la inmortalidad del alma, su consuelo roza en lo

¹⁵⁵ de Unamuno, Miguel. *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 214.

absurdo: y entiéndase por ello, el gran sordo, el silencio, al lanzar la pregunta sin obtener respuesta alguna, cuando San Manuel pregunta por la garantía de la inmortalidad el silencio le cobija. Los viajes que realiza en solitario al lago, a la serena calma del lago de Lucerna, su muerte en estado silencioso, toda la vida del santo se topa con el silencio cuando enfrenta la inmortalidad que apetece. Atormentado por la vida inmortal, es decir por no poder sujetar la parte soleada de la razón; la fe, por trepar a ella, en el suspiro y la congoja de lograrlo, se solidariza con los hombres que buscan al igual que él, ese asidero, y su santidad radica sin lugar a dudas en amparar en la fe a quienes creen en una vida inmortal, aun cuando él no pueda ni logre creer. De algún modo esa fuente se le niega, y no sacia en nada su sed, en la fuente de la fe le está incapacitado.

1. El silencio como resguardo del misterio

Cada vez que Miguel de Unamuno escudriña por la continuación la vida humana, consciente, por la perseverancia de su ser, por la angustia íntima de la inmortalidad del alma, de la eternidad, aparece el ¡Quién sabe...! Respecto a ese deseo de inmortalidad. Ya sea con respecto a la mortalidad total de la conciencia o la inmortalidad de la vida, del alma y del espíritu, el silencio es el resguardo de lo que no podemos saber, esto lo podemos apreciar con San Manuel bueno, se resguarda en el silencio del espíritu al reconocer el límite de la condición silente en el hombre, el esfuerzo que emprende por la eternidad lleva al límite de su condición su deseo haciendo un reconocimiento desesperado por dar una solución al problema de la continuación de la conciencia personal, y por poseer el Ser sin perder la personalidad; esa vida íntima que no reconoce límites incluso que se sobrepone a la muerte.

Al callar frente a la inmortalidad, es decir, ante no poder dar una certera evidencia que garantice el deseo de inmortalidad es porque comprende que la certeza total y absoluta lo mantendría en un estado de inacción, y una vez incapacitado para vivir no desplegaría ni agotaría las posibilidades de la existencia, de ahí que con la congoja de esa vida apetecible a la conciencia se sumerge en el silencio del mundo, obteniendo de ese estado una fuente de su accionar, es decir el deseo de lucha por mantener la vida como un signo de existencia, angustiada pero existencia al final. La vida existencial del hombre es pues la lucha sin finalizar de la conciencia que se reconoce a sí misma como carente, insatisfecha, e inacabable. De ahí que la vida existencial es una vida con esa incertidumbre que permite una solidaria convivencia ante un destino semejante. San Manuel como muchos de los personajes encarnan la pena que lacera la mente del hombre desde su primigenia estancia en el mundo, ha nacido para morir, pero no por ello se arroja a la aniquilación o se deja morir, la finalidad que humanamente busca es que su conciencia está destinada para algo más que el mero sumirse en la nada, que vivir y mantener la creencia es signo de existencia, angustiada quizás pero que en el mejor de los casos la angustia es preferible a la inacción.

El deseo inacabable de querer ser siempre nosotros, se enfrenta una tras otra vez, con el susurro de la conciencia que dice dejaras de ser. Si hemos de reconocer la incapacidad para decir algo de ese más allá, al mismo tiempo se cae en la cuenta sobre la conciencia de ganar una verdad trágica; esta es la certeza de la mortalidad del ser existente, es decir, que tiene que morir, tiene que desplegar su ser, tiene que agotar toda posibilidad, no dejar nada para después. El misterio de lo que habrá para la conciencia después de la muerte es una constante en la vida del hombre, lo que interesa de esa constante es que despierta en el hombre una búsqueda que llevará hasta su muerte. Una búsqueda de sentido, de norte para su vida, el sentimiento

teleológico dentro del pensamiento de Unamuno es ese sentido que deja en las manos del hombre hacer de su existencia una búsqueda por la trascendencia, que si bien conduce a un pesimismo trascendental es una apertura a un optimismo temporal y terrenal, es el sentimiento trágico de la vida.

El reconocimiento de la conciencia de la mortalidad sitúa al hombre por encima de aquello que lo puede aniquilar, dar la razón del ineludible destino permiten una vida existencial, que hace posible sentir tanto los pesares como las alegrías que produce la estadía en el mundo. La existencia reconoce un estado silente, el no poder decir que será de su vida después de la muerte nos pone en esa necesidad de vivir lo mejor posible, el sentimiento trágico de Miguel de Unamuno es un sentir existencial. Este reconocimiento se hace de una manera tan peculiar en su novela *Niebla*: la “idea eterna” de Augusto, su personaje principal, al reconocer que su angustia de vivir era por nada, pues no había caído en cuenta, en que no tiene vida o cuerpo, e incluso espíritu, más aun alma, que como creación de Miguel de Unamuno, como concepción de un hombre, a diferencia del él, como idea le otorga el carácter de eternidad, al no poder morir, por carecer de existencia.

Como ejercicio deja la tarea de ese enfrentamiento al autor mismo, al creador de ese personaje, es decir a Miguel de Unamuno, ante el haberle trazado un destino nada agradable para Augusto, este personaje precisamente tiene un final atragantado, no puede saciar su hambre, en este aspecto es alusivo a el deseo de más vida por parte del hombre, sin un reconocimiento del límite y menos aún del gozo que permite una vida existencial, es sólo cuando se encuentra ante la idea que ha de morir llegando a su casa, la develación de su condición de ente de ficción deja el camino libre al hombre, reconoce en este no morir una empresa que sólo le corresponde al hombre sustantivo, tener que morir, tener que realizar su

existencia. Parece que este reconocimiento le permite una vez encontrarse con el silencio, a partir del reconocimiento de su no mortalidad como creación literaria, es decir en idea inmortal. Solo cuando se reconoce como inmortal guarda silencio y ya no se manifiesta a Unamuno.

Al guardar silencio el personaje de Augusto y su identificación previa con la inmortalidad, deja el esfuerzo al hombre por identificar ese deseo de no morir, el silencio de Augusto, es el silencio de Unamuno, no poder decir qué es la muerte nos pone y sitúa en la vida, el reconocimiento del sufrimiento en la vida del hombre solo se hace desde la vida. Solo cuando la reconciliación de personaje de novela se forja con el autor, el silencio y la ausencia de éste se hacen presentes, el personaje toma la actitud de guardar silencio, se ausenta, se resguarda en la eternidad de la idea, en la imagen de no poder morir nunca.

Miguel de Unamuno nos deja casi como iniciamos, al ser existente le corresponde padecer, disfrutar, sumergirse en la existencia, pero ahora es clarividente nuestra existencia, si no padecemos, disfrutamos y somos felices, no podemos imaginar que lo seamos para después. Los dolores, sufrimientos, deleites, alegrías de la vida son los mismos de la existencial, el hecho de existir en ya una ganancia respecto a la nada. Lo que Miguel de Unamuno reconoce en la concepción del sentimiento trágico de la vida no es otra cosa que la existencia del hombre de carne y hueso, que: nace, sufre, llora, se consuela, disfruta y se preocupa por el porvenir, siempre anclado en el instante que pasa. Al llegar a la conciencia, al caer en cuenta de una existencia propia lleva al mismo tiempo a accionar ante lo que lo aplasta y lo aniquila, a la conciencia de su fin, del riesgo que marca como terrible y espantoso éste reconocimiento lo hace en la nada, pues es según Unamuno signo de la soledad infinita.

La agonía que en del sentimiento trágico de la vida nos presenta Miguel de Unamuno por mantener la vida y vivir con la certeza de la mortalidad del hombre de carne y hueso hacen que este aspecto sea la condición trágica, por saber de antemano que se ha de morir, así que para Unamuno el camino, la actitud respecto al problema de la personalidad, es decir, ese encuentro tanto de la angustia con el escepticismo permiten luchar desde la existencia. La necesidad de formar una concepción unitaria y total tanto de la vida como del mundo, del sentimiento como fuente de tal concepción y del engendramiento de la actitud agónica, es decir en lucha de la vida que se reconoce en una actitud silente, pugnando por un esfuerzo en perseverar la vida. la voluntad de vivir, el deseo de vivir por siempre es la actitud respecto al infinito, la certera muerte es el escepticismo por no alcanzar el anhelo Así como la infinitud y la finitud, la inmortalidad y la mortalidad y más aún la tan remarcada relación vida y muerte. Ya sea como requisito existencial de caer en cuenta de que se nace para morir, de entregarse en algún momento, de perder la batalla, la grandeza radica en hacerlo de tal manera que se afirme la vida existencial de quien posee la conciencia de ello, creando, realizando, pugnando, padeciendo, viviendo su vida personal e individual en el mundo. El resultado trágico de la vida ante el descubrimiento consciente de la mortalidad, así como el que dicha comprensión e incomprensión broten del sentimiento respecto a la vida misma. De este modo la conciencia llega a una incomprensión y luego la angustia.

El consuelo que Miguel de Unamuno presenta ante haber nacido es la esperanza, se expresa en *del sentimiento trágico de la vida*, “Ante ese terrible misterio de la mortalidad, cara a cara de la Esfinge, el hombre toma distintas actitudes y busca por varios modos consolarse de haber nacido.”¹⁵⁶ Por lo

¹⁵⁶ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 161.

que califica al pensamiento de Nietzsche como el remedo del eterno retorno, y como un desesperado por no poder creer en la otra vida, del mismo modo considera a Spinoza quien tampoco según él logra creer. Así lo que Miguel de Unamuno ofrece es una esperanza afianzada en la revelación de la vida más allá de la muerte, con la resurrección del cuerpo y la perduración del alma, pone como ejemplo a Paulo de Tarso, apóstol y en quien ve un renacimiento de Cristo en él, como aquel que pregona la resurrección, sin haber conocido de manera personal a Cristo. Para Miguel de Unamuno la firme creencia en la otra vida, en la salvación de la muerte permitiría al hombre una vida mejor. Así se expresa en sus ensayos: “sigo creyendo que si creyésemos todos en nuestra salvación de la nada seríamos todos mejores.”¹⁵⁷ Pone gran hincapié en la necesidad de Dios, de no poder vivir sin él. Se expresa de este modo de la necesidad de la inmortalidad para el hombre de carne y hueso:

Tiemblo ante la idea de tener que desgarrarme de mi carne; tiemblo más aún ante la idea de tener que desgarrarme de todo lo sensible y material, de toda sustancia. [...] si a Dios me agarro con mis potencias y sentidos todos, es para que Él me lleve en sus brazos allende la muerte, mirándome con su cielo a sus ojos cuando se me vayan a apagar para siempre. [...] y nos preguntan que quiénes somos, viles gusanos de la tierra, para pretender la inmortalidad; ¿en gracia de qué? ¿Para qué? ¿Con qué derecho? «¿En gracia a qué?» —preguntáis—, ¿y en gracia a qué vivimos? ¿Para qué? ¿y para qué somos? ¿Con qué derecho? ¿y con qué derecho somos?» Tan gratuito es existir como seguir existiendo siempre. No hablemos de gracia, ni de derecho, ni de para qué de nuestro anhelo, que es un fin en sí, porque perderemos la razón en un remolino de absurdos. No reclamo derecho ni merecimiento alguno: es sólo una necesidad, lo necesito para vivir.¹⁵⁸

En el San Manuel bueno se hace mención de lo digno y admirable que puede resultar en querer creer sin lograrlo, tener fe. La desesperación ante el anhelo de inmortalidad, ante la revelación del casi santo a su fiel creyente, Ángela, la revelación del pecado del hombre, su único pecado es el del nacimiento, no concibe el rezar para llegar a creer, esa fe de carbonero; aquel

¹⁵⁷ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*. Pág. 152

¹⁵⁸ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*. pp. 156, 157.

que empieza por tomar agua bendita y empieza a creer, para alcanzar una fe segura de la inmortalidad. Sino el develamiento del silencio ante tal pregunta por el destino individual, de cada hombre de carne y hueso. “¿Orgullo querer ser inmortal? ¡Pobres hombres! Trágico hado, sin duda, el de tener que cimentar en la movediza y deleznable piedra del deseo de inmortalidad la afirmación de ésta; pero torpeza grande condenar el anhelo por creer probado, sin probarlo, que sea conseqüidero.”¹⁵⁹

En San Manuel, bueno se encarniza la congoja del hombre de carne y hueso la desesperación se hace presente a cada paso del hombre, el consuelo que reconoce que no es suyo le permite vivir, hacer vivir, es decir mantener a los hombres en unanimidad de sentido, es decir, por la esperanza de la fe.¹⁶⁰ Precisamente líneas arriba mencionábamos la verdad trágica que permite una vida existencial, de tal modo que la imaginación como facultad creadora permite poder vivir estética y lúdicamente, incluso ese acto de imaginar permiten un acercamiento a la vida como continuación, que permite la personalidad, el ser del hombre, reconoce que el esfuerzo por depurar la conciencia es su esencia vital, ser hombre de carne y hueso es ser agónico, una lucha por, desde y para la conciencia. Ahora mientras Miguel de Unamuno es constante en el llamado por la perpetuación del alma, y de la vida misma, es decir por perseverar, por esforzarse en ser siempre, lo hace desde la creencia, la fe en la resurrección de Cristo. Visto así parece que no hay problema pues bastaría con la fe en esa vida después de la muerte.

Es justo en el San Manuel, bueno y otros personajes donde la dificultad se presenta en el esfuerzo que pone el hombre en el deseo de perseverar la vida, más aún se hace presente la condición humana del

¹⁵⁹ de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 157.

¹⁶⁰ Miguel de Unamuno en sus ensayos deja claro que en primera instancia, creer significa querer creer, querer que haya Dios, necesidad de él, es decir, no poder vivir sin Dios. Así la fe es la firme esperanza en Cristo.

hombre de carne y hueso, es decir, la de lograr afianzar, asir y asumir tal creencia. El empeño que pone el casi santo es heroico al mantenerse hasta el final defendiendo esa creencia al mantener a sus prójimos en el consuelo, se empeña con todas sus fuerzas en creer, como símbolo tenemos incluso el llanto frente a sus feligreses, en la remembranza del sufrimiento de Cristo, lo que no admite el casi santo es que esas lagrimas son por no poder creer aun cuando quiere creerlo. Parece que no le alcanza todo el esfuerzo para llegar a creer y por tanto surge la congoja, más aún el gesto de callar al llegar a la parte del credo sobre la creencia en la resurrección de la carne, y por eso llora, el consuelo que haya ante la falta de fe, lo sitúa en la incertidumbre. Para Unamuno la esperanza emerge de la incertidumbre, ésta resulta en la condición humana como salvífica, salvadora, es el supremo consuelo del hombre ante su mortalidad.

Al contrario de la esperanza de Ángela encontramos la desesperanza de San Manuel, en la inmortalidad del alma. Ángela ante el encuentro de la duda, se refugia en el consuelo de la vida inmortal, en la creencia de más vida, de haber nacido es la revelación que le hace el casi santo ante la incompreensión de ésta vida inmortal, el pecado del hombre es haber nacido, de ahí que el casi santo desvela el sino de la vida existencial del hombre, la búsqueda de sentido, la finalidad como las problemáticas de la existencia permanecen. La petición del casi santo ante su recelo es que la fiel le redima del pecado de pensar por cuenta propia, por medio del rezo, la oración, incluso de los que no creen. Del encuentro entre haber nacido y de tener que morir para siempre en el mundo, surge por un lado la firme convicción de que el santo varón se murió creyendo no creer, aunque para Ángela en el fondo creía no creer. El casi santo mantiene a los creyentes en la fe que él no puede afianzar, mantiene sus esperanzas de más vida, en sus palabras, los hace vivir. Al no lograr la creencia le queda al casi santo el enfrentamiento directo con del sentimiento trágico de la vida. Esa ineludible

pugna del destino frente al infinito con la lucidez de la conciencia de realizar su existencia hasta las últimas consecuencias.

La esperanza que muestra el pensamiento de Miguel de Unamuno, el silencio de San Manuel bueno, no poder decir nada definitivo respecto a la vida inmortal del alma, de la continuación de la vida, nos deja en la encrucijada del ¡Quién sabe...! La resolución, como afirmación o negación total no ce cierran, dejan un estado de abierto por el porvenir de la gratuidad de la existencia, de aquí la agonía del hombre de carne y hueso con esta esperanza que posterga para más allá la libertad como ley, esto no supone una contradicción con nuestra libertad, ya que él hombre como ser consciente tiene la posibilidad de concebirse como tal. La conciencia y el espíritu resuena al mismo tiempo con la desesperanza y la falta de fe en la perseverancia de la vida, del alma, el inmortal anhelo de perseverar que muestra Unamuno, como la esperanza de más vida para después de la muerte.

El silencio como actitud de San Manuel ante el problema de la perseveración de la conciencia conlleva la condición silente del ser del hombre. La apelación al cobijo del misterio de la mortalidad y del silencio, como resguardo ante la incompreensión del mundo y de la vida misma. Cuando calla se solidariza con su hermano, una especie de armonía con esa incompreensión, todo lo que pueda decir del más allá es casi nada, o mejor dicho nada. El misterio de lo que habrá se cierra justo en el momento del reconocimiento de tal incapacidad para nombrar algo de ello, y luego el silencio. De este modo el misterio y el silencio colaboran ente el inexpugnable destino y la finalidad total del hombre de carne y hueso.

Con el silencio podemos entender la confrontación con la duda de tal esperanza, es decir, la de la perseverancia tanto de la carne como del espíritu, Ángela arrebatada e infiere lo que le angustia a él casi santo,

comprende lo que lacera su conciencia siempre en constante lucha. De igual manera que desvela el pecado de haber nacido, el santo varón claudica en el tal vez no respecto de la perduración de la vida, en la posibilidad de que no suceda, mientras que Ángela abraza la creencia de que tal vez sí, su incomprensión ante la desesperación de San Manuel como del pecado no son suficientes para que a ella se le muestre el terrible abismo de la nada que tanto teme Miguel de Unamuno, de modo que la intimidad del casi santo se armoniza precisamente con el callar, al llegar al misterio de la resurrección, se sume en la contemplación y el silencio que le ofrece la montaña, el lago, es decir, el mundo, se solidariza con el hermano, en la pena común. Su villa de Valverde no es otra cosa sino el mundo mismo, se enfrenta desde el, busca sentido, y finalidad, es y está, despliega lo que es.

Al decidir enfrentarse a ese destino y busca la felicidad, reconoce en este mundo una vida posible para la felicidad. Al igual que todos los personajes de Miguel de Unamuno el reconocimiento del instante es aceptable, aun cuando se presente como calamitoso, e incluso funesto, o más todavía como terrible. La lucidez unamuniana radica precisamente en que no puede haber vida más allá de ésta si no es desde el reconocimiento de una vida, de un espíritu, de una conciencia, de una vida existencial que se siente ser aquí y ahora. Incluso si es posible tal vida y su perseverancia es como una continuación precisamente de ésta vida que se sumerge en la existencia, que encarna el pensamiento, que no teoriza, sino que vive con el dolor, con el sufrimiento, con la miseria, con la búsqueda de la felicidad, con la lucidez, es decir, que padece y disfruta su existencia. Como ser libre el hombre tiene a su alcance vivir en el mundo, con su vida íntima, con su ser que reconoce la existencia, como hombre concreto, que, disfruta, se angustia, siente, conoce, anhela, quiere, vive. Todo esto hace del hombre de carne y hueso un ser consciente de sí mismo, que sufre su destino, ante el problema de la perseverancia de su alma, no de otro ser, no de la idea de

hombre sin cuerpo y atemporal, sino de un hombre concreto y sustantivo, y precisamente por eso existencial.

Aun cuando Miguel de Unamuno juegue con la realidad y la contraponga a esa otra realidad verdaderamente real, es decir por encima de la comprensión del hombre por pertenecer a lo imperecedero. Reconoce en la vida un enfrentamiento del cuerpo con el destino, un pensamiento no sólo con el cuerpo, sino también con el espíritu, la conciencia y con el alma, es decir en agotar lo que es y en llevar a cabo tal ejercicio con todo lo que el hombre de carne y hueso es, ese lado afectivo y racional, volitivo por tanto. Al asistir el casi santo a bien morir, al asir la mano de los moribundos, es un acto de asir del hombre la fe en la inmortalidad, ayudar y dar consuelo para la vida es la apertura del camino de la fe. El hecho de que el cuerpo muere aquí, de que el espíritu entra en los límites del silencio no cierra el camino del espíritu de manera total. Lo que si da posibilidad tal hecho es una existencia que vive de la lucha por su conciencia, ese pensamiento vivo es lo que le enaltece en su condición, saber de la mortalidad no cierra el camino de la vida, antes bien exalta la conducción hacia el des plegamiento, agotar cualquier posibilidad.

Si Miguel de Unamuno apunta a una verdadera realidad donde sea ley la libertad. Es porque comprende y sabe que el destino que depara al hombre de carne y hueso es el mismo para cada individuo. De ahí que se rebela contra esa posibilidad de la nada, como estado completo de soledad infinita, donde no hay solidaridad incluso con el creador eterno, de algo que le auxilie, que mantenga incluso algún resquicio de divinidad, la necesidad de Dios en la vida del hombre es el camino para la gratuidad de la existencia infinita. En el pensamiento de esa sed de eternidad y hambre de inmortalidad , tiene muy claro que la apuesta es por ser siempre, incluso al tener conciencia y sentir la carencia, el dolor y el sufrimiento que pueda

causar la existencia, es preferible, a no ser sí mismo, a ser otro, más aun a dejar de ser. La esperanza siempre afianza la creencia de ser siempre sí mismo, no otro, ni la despersonalización en el todo, por confiar en que es posible ganar todo a brillar un instante en el universo. El “hermosos riesgo” de que no se nos muera nunca el alma y la perduración de la vida vale para él la pena, precisamente por el premio que ofrece.

2. El destino del hombre y su fatalidad

El pensamiento existencial acerca del destino personal es ya sentimiento trágico de la vida, y va al mismo tiempo ligado con el desenlace funesto y la ineludible muerte para cada hombre concreto, la concepción que brota del nuestro sentimiento respecto a la vida misma y ese sentimiento engendra al mismo tiempo una acción, y si las ideas se revelan en contra de él sólo es para corroborar que sus fuente es del sentimiento trágico de la vida, esa enfermedad que se mantiene hasta la muerte, en Miguel de Unamuno se hace presente esa condición enfermiza en el segundo capítulo de su *Del sentimiento trágico de la vida*, parece que incluso el estado de insano es más claro que demostrar que el hombre sea un ser alegre.

Así tenemos a un animal enfermo por tener conciencia respecto a cualquier otro ser, este estado sitúa a el hombre como un hombre minado por el pensamiento de la mortalidad absoluta, ya que depende completamente de él la libre elección de decidir si ha de optar por la búsqueda de propósito para su vida existencial. De tal manera que al elegir que hay una Conciencia universal que rige las cosas y que su razón es la expresión de ese sentido teleológico sería o bastaría para buscar sentido de la vida. Pero parece que dentro de ese sentimiento trágico se exalta la

infelicidad y la melancolía, y hay que realizar la empresa por ganar esa Conciencia refleja de la conciencia humana, que da finalidad al Universo y que salva la conciencia humana de la nada por no poder ésta hacerlo.

Hablar de destino es hablar de los aspectos que se relacionan como el temor, el horror, el miedo, el sufrimiento y el terror que se viven y experimentan en carne propia. Desde el origen él hombre ha mantenido una estrecha y cercana relación con la fatalidad en su existencia, baste para ello mencionar a la Tragedia griega, ahí ya se hunde la búsqueda ininterrumpida de sentido, el destino funesto para cada personaje muestra un desarrollo de la existencia tormentosa, cada héroe con su destino, unido por el coro a la permanencia de los problemas de la existencia, resaltado de este panorama el carácter funesto de la condición humana, así como la posibilidad de realizarse, de encarnar el pensamiento, de engarzar la lucidez y el carácter estético con la vida del hombre.

Del mismo modo vemos esto en el pensamiento de Unamuno al negar que nadie ha probado que el hombre sea un ser completamente alegre, da la apertura al hombre concreto y deja la tarea en su manos de hacer de la existencia una autentica vida, sentir las alegrías que proporciona el estar vivo y sentir el destino que aprieta con la fatalidad ineludible, que permite del mismo modo los deleites del cuerpo, el pecado de haber nacido y de buscar un consuelo dejan en el hombre de carne y hueso una vida completamente existencial, si piensa que se ha de morir es porque tiene conciencia de que no es infinito, si se angustia por no querer morir es porque se siente aquí y ahora, si se lamenta por la pérdida de su conciencia es porque entiende que la vida sólo dota de un cuerpo.

De esta vida emana todo el sentido del hombre y de esa búsqueda también la felicidad que no se posterga, si se revela ante la aniquilación es porque advierte que ha nacido para agotar sus posibilidades y que incluso

mantenerse en el camino de la fe, de dar el salto hacia la eternidad requiere de una voluntad inquebrantable, si soporta esta vida es porque es la única que tiene y posee, si desprecia la absorción y pérdida de su identidad, personalidad e individualidad es porque ama la vida carente pero que le permite existir como es, con su ser, su estar, no como quiere que sea, si desprecia la otredad o ser otro es porque no renuncia a su precaria y mísera condición silente; le es mejor no saber. Así su esfuerzo se pone completamente al servicio de la existencia, busca lucidez y solidaridad al saber que no tiene más que arriesgar la existencia, agotarla en cada decisión y acción frente al destino y la nada que aniquilan, todo aquello que aniquila merece ser contrariado y vencido, solo la conservación de lo que denomina como el ser actual, el no querer morir llevan en el fondo el sentido trágico de una vida existencia, vivir significa sumergirse en las penas e incluso en los disfrutes, padecer en carne propia el destino, gozar y ser feliz incluso con la pesadumbre e incertidumbre de perecer por siempre.

Unamuno advierte los peligros de la existencia y de la vida existencial, el tedio de vivir o dejarse morir por costumbre, ahorrarse hasta vitalmente, suicidarse corporalmente o espiritualmente son riesgos que el hombre debe enfrentar y a los cuales debe doblegar y dominar, y de este modo erigirse como ser autárquico. Si aprecia al pensamiento de los antiguos como los estoicos y epicúreos es porque ellos vitalizan al hombre, la potencia de la creencia en su pensamiento, según su consideración se encuentran en una época sin encontrar a el Dios vivo, por el que pugna toda su vida el mismo Unamuno, sentimental, con voluntad. Bajo estas consideraciones el pensamiento vital de estos se apega a la felicidad y la verdad. Unamuno en su pensamiento existencial pretende recalcar que la fe y la creencia vitalizan con la angustia y la esperanza de una vida más allá, que es la fuente de la vida misma, que la fe da el consuelo de vivir, y la necesidad de divinidad. Mientras la razón no es vitaliza dora en el sentido de que no es una facultad

consoladora, sino demoledora, que tiene que diseccionar para conocer, incluso el cuerpo.

Al considerar al cuerpo y darle la importancia vital tanto como al espíritu y al alma Unamuno tiene claro si la vida existencial es algo es justamente desde esta vida como ha de lograr asir esa esperanza, si sabe que un hombre muere y se ausenta su conciencia en el silencio al no poder dar cuenta de ese estado se enfrenta con el destino humano, no dimite de la vida y no lo quiere incluso, lucha en agonía por mantener su ser, su vida y su conciencia. Como certeza inmediata tiene el cuerpo, los sentidos, el sentimiento es la base de su esencia, si quiere ser, es por medio de una voluntad anhelante y si no puede es porque reconoce su límite. Cuando Unamuno concibe la felicidad como goce hasta del cuerpo y de que el espíritu es algo o no es nada reconoce un sentido existencial, si decide que la vida vale la pena, se niega rotundamente a morir bajo cualquier presión, incluso al ser reaccionario de su tiempo, cuando se opone a toda dictadura de un solo hombre, ante la cruda imagen del bombardeo de su ciudad en su infancia, se opone a la violencia contra el cuerpo, cualquier forma de violencia o de aniquilación, tiene claro que el cuerpo al igual que el espíritu padecen en carne propia el destino humano.

El problema más apremiante y por tanto el más importante por el que debe preocuparse y procurar el hombre se vuelve sobre la angustia íntima que siente el hombre, el destino de cada ser concreto capaz de dar conciencia de sí, con lo que Unamuno identifica con aquel ser que: nace, sufre y sobre todo muere, es decir, con el hombre de carne y hueso, el hombre concreto, ser sustantivo unitario y con conciencia. No le preocupa la idea del hombre abstracto, atemporal y carente de personalidad, carente de cuerpo y sin tiempo, sino un ser que se preocupa por la finalidad de su conciencia del ¿para qué?

Que si bien tiene el germen de la angustia por su porvenir no descuida su presente, que ama la vida porque esta se termina, la continuación de esta vida conserva hasta la desventura hasta el final en el deseo, no reniega de esa condición y tanto es así que decide que el suicidio no es una salida, carente de infinitud conserva el deseo, carente de divinidad busca ser feliz, carente de eternidad apela a una vida existencial vivida, a un pensamiento que se encarna y se expresa, agotando lo que es. Si siempre afirma su ser es porque parece que el hombre olvida o pone sus ojos en lo que no es. En la apariencia de querer ser, olvidando hasta las pequeñas cosas que lo hacen ser él mismo.

Solo podemos recaer en la preocupación por el más allá a partir de una carencia de eternidad e infinitud, y Miguel de Unamuno tiene muy claro que el ser del hombre padece en carne propia esa agonía por la permanencia de nuestra alma, de nuestro espíritu, y del cuerpo. Si proclama por la necesidad de Dios en la vida del hombre, es porque lo necesario¹⁶¹ de la condición humana es ese deseo, anhelo de amar, desear y no dejar de soñar con la vida inmortal. Por eso mismo el hombre necesita a Dios para que le salve de la nada, ésta salvación la encontramos con la felicidad que busca Miguel de Unamuno, la terrible preocupación para el hombre que sufre y busca ser feliz, de su destino todo, de su espíritu y de su cuerpo, lo podemos imaginar, mediante la facultad que permite una creación de ese anhelo ante la demoledora contraposición racional, y es precisamente la fe como la facultad que permite crear esto mismo.

Mientras que la desolación por parte de la razón nos deja en un estado de desesperación y angustia, para Miguel la fe ofrece la creencia esperanzadora de alcanzar esa vida y su perseverancia en el más allá. Pero precisamente es del sentimiento trágico lo que nos muestra esa condición

¹⁶¹ Lo necesario: “no es sino lo que es y en cuanto es” De Unamuno, Miguel, *Del Sentimiento trágico de la vida*, Tecnos, Madrid, 2005, p. 239.

de lucha sin esperanza de victoria, es decir sin posibilidad de llegar completamente, pues de ser así se culmina la empresa de pretender ser siempre. Unamuno no busca resolución y es consciente de que no hay solución para el problema del destino del hombre de carne y hueso.

De ahí precisamente que muestre a hombres carentes y sufrientes de tal destino y de su búsqueda interminable, al mismo tiempo se reconoce una condición silente anclada y asida a la existencia, es decir de la vida existencial, siempre buscando ya que cuando se agote esa búsqueda el hombre está próximo a la muerte, o el tedio le invade y se deja morir a conciencia plena, no otro, es decir caer en el riesgo de la despersonalización, ya que la conciencia solo se hace presente en el reconocimiento de la persona, personalizar la conciencia es un acto de la existencia, si el destino humano aparece como fatalidad del hado del ser humano, es por la racionalidad que muestra una ineludible destino. De hecho afirma que quien se mata es porque no espera a morirse. La agonía de Miguel de Unamuno, es la conciencia lucida, plena y con todos sus componentes, reconociendo que el derecho no le es lícito para pretender ser inmortal, y si una necesidad para poder soportar esta vida.

La fatalidad del destino humano resulta terrible por dejar en la inacción al hombre, es porque incapacita para poder vivir de manera existencial, es decir porque al igual que sus personajes se percatan muy tarde de que vale la pena ser con carencia y miseria a no ser, que del mismo modo que se padece y sufre se disfruta, se vive, se agotan las posibilidades de la existencia hasta sus últimas consecuencias.

La fatalidad en la vida del hombre es una constante, precedida por la desgracia y la falta de vitalidad, llevan a un ofuscamiento como es el caso de la novela *Niebla*, no se ve claro que la vida solo necesita un aguante y empuje vital, sin el cual el hombre no podría llevar una vida existencial, es

decir, si nos pone personajes que sufren los avatares de la condición silente; de haber nacido, el consuelo incluso se agota se vive y más aún se siente aun cuando no se logre afianzarlo o creerlo. Lo fatal resulta en el enfrentamiento de eso que Miguel identifica con el apagamiento de los ojos, para siempre, de ese morir para siempre, si el hombre rehúye tal enfrentamiento no asume esa vida completamente existencial, si no se preocupa y cae en cuenta sucede precisamente lo que en sus personajes, llegan a darse cuenta casi al final, es decir cuando caen en cuenta que han vivido de tal manera que parecen unas sombras o remedo de hombre de carne y hueso, solo a partir de esa toma de consciencia pretenden afianzar y tomar más en serio su vida.

Con el hombre de carne y hueso la apremiante pregunta es la de su destino todo, de sus características y de sus defectos de lo que Miguel de Unamuno identifica con su esencia, el esfuerzo constante por perseverar esta vida sufriente, y anhelante. Pero consciente también que ha de morir quiéralo o no, de ahí que el grito que lanza Miguel es una triada de vida: quiero vivir, vivir, vivir. Por fin es los personajes les cae que no hay vida verdadera sino es a partir de esta que sufre, por esa perseverancia y porque no tiene eso que desea, que bebe esmerarse por alcanzarla y si no lo logra es digno para su condición esforzada.

Conservar a toda costa y bajo cualquier circunstancia la vida es para Unamuno el deber de la conciencia la perduración de la vida solo se logra de una manera esforzada, viviendo y sintiendo lo terrible de que la conciencia se disipe y se anonade en la nada, que este resguardo sea no solo el de su cuerpo sino el de su alma, rehúye a la idea de aniquilación por saber que vive existencialmente. El resguardo de la existencia y de la vida de aquello que la aniquila da la posibilidad de la creencia, y la fe.

La farmacopea para enfrentar la vanidad por la vida efímera es la lucha entre la razón y el corazón, el esfuerzo consciente y sentimental, volitivo de querer ser siempre, de afirmarse incluso en la desgracia y la miseria por encima de la apariencia. El estado de la conciencia es, lucido, vital, incluso sobreponerse a la fatalidad es un estado digno del hombre de carne y hueso, mantener el deseo aun a sabiendas que se ha de morir o de no poder creer son una condición humana por la búsqueda de sentido vital. Ese deseo irracional de más vida también constituye una parte del ser del hombre y si tiene que luchar con la razón o contra ella será siempre en pos de ganar el todo. La fatalidad o la desgracia siempre han ido de la mano con la tragedia, en este caso la tragedia de la existencia radica en decir y creer que no hay Conciencia que pueda salvar la conciencia del hombre, pero incluso más trágico resulta el estado en el cual se encuentra y del cual depende la existencia, la guerra entre el deseo de ser por siempre y la certeza de morir por siempre. Si la existencia es algo y quiere algo lo ha de buscar desde esta vida, agotando todas las posibilidades, si se bate en agonía y en estado de angustia por su destino es porque tiene claro que la vida se acaba, y que depende del hombre elegir y juzgar si la vida tiene un sentido. Al igual que Camus considera que los mitos tienen que ser escuchado y reinterpretados, Unamuno nos deja como a Edipo, frente a la monstruosa Esfinge que pregunta por nuestra finalidad en el Universo, y exalta el esfuerzo de derrotar su ayoamiento, de contestar o morir, de ahí que la opción en enfrentarla, esforzarse por vivir existencialmente, por padecer y gozar de la vida, por alcanzar el goce del cuerpo y la creación del espíritu.

3.- La esperanza

La esperanza dentro de la tradición filosófica, en especial con Hesíodo de acuerdo a su interpretación es uno de los mayores males para el hombre, debido a que lo mantiene en un estado de apariencia, de inactividad, no le permite desplegar su existencia completamente, esa espera posterga su vida para un próximo y mejor estado. Dentro del pensamiento de Miguel de Unamuno la esperanza de una continuación de la vida, el escándalo del cristianismo con la resurrección resultan ser el consuelo máximo del hombre, ese consuelo de haber nacido, de que ha de morir, de su inexpugnable destino, mientras esta esperanza se engendra o nace del sentimiento de divinidad y se asienta en la incertidumbre de esa vida inmortal, tenemos que no es completamente una cuestión racional o que pueda ser explicada por medio de la razón, sino que compete totalmente al ámbito irracional del deseo de perseverar. Si el consuelo y para poder soportar y vivir esta vida es la esperanza, se apela a que el hombre debe encontrar el móvil de su acción entre este encuentro de la incertidumbre, la angustia vital de ser siempre y la verdad de la razón de dejar ser algún día.

Mientras ese consuelo no se sienta según Unamuno no vale despreciarlo o desdeñarlo, esperar una vida inmortal y abrigar en lo íntimo de la conciencia es tan válido como la duda de perseverar o la angustia de perder la conciencia, es él quien hace las dos posibilidades y las mantiene en lucha, mientras unas veces se desespera, otras espera. La esperanza es pues el consuelo de esta vida agónica, si el hambre de divinidad o sed de eternidad buscan ser siempre sin perder nada de personalidad, es porque son parte esencial del hombre de carne y hueso y sin ese elemento podría darse el enfrentamiento de la conciencia con el todo y la nada. Si el riesgo de perder todo, hasta la conciencia es el temor de la conciencia humana, la

esperanza de ser el todo es el deseo de no morir nunca. Y entre el deseo y la razón el hombre vive humanamente, es decir, existencialmente, unas veces negando la posibilidad de trascender y otras preocupándose por la inmortalidad del alma. El querer asirse a algo, como el Dios vivo y sentido incluso con los sentidos es en el pensamiento y sentimiento trágico de que la nada también pueda ser el destino de la consciencia.

En otro sentido como Camus sostiene en *el mito de Sísifo* rechazar no es sinónimo de renuncia, el hombre desespera, es decir, deja de esperar y este reconocimiento, que si se quiere ser algo es desde esta vida, se encuentra en Miguel de Unamuno si quiere que la vida sea algo después de la muerte es como continuación, desespera y pone su empeño en ser siempre desde aquí, mientras la desesperación es un signo de vida existencial, dejar de esperar y poner el empeño en lograr esa vida se hace desde la carencia y el dolor, desde la belleza del mundo. Es esa felicidad que Unamuno vagamente expone en unas líneas, “Una felicidad de deleite, no sólo espiritual,”¹⁶² la apetencia; el hambre y sed de eternidad, el pensamiento vital de necesitar la divinidad, querer poseerla, no ser poseído.

Aquí imaginamos a un Sísifo feliz, que no se desprende de la vida mientras vive, porque comprende que el reino de los muertos no le ofrece lo que el mundo, los rayos del sol y la belleza de la costa, y al mismo tiempo a Mersault de la muerte feliz, quiere sentir aunque sea de manera intempestiva la sangre que recorre su cuerpo, de ese choque que lo mantiene en el mundo aun de manera inconsciente, quiere sentir la vitalidad del cuerpo. Si creemos a Camus sobre la interpretación de los mitos siempre inciden en el sentido del hombre, Sísifo se gana el castigo por el amor a la vida. Unamuno apetece una felicidad fugaz que en el fondo sabe que es la única que el hombre puede sentir y vivir. Cuando presenta a un San Manuel

¹⁶² de Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 399.

en sus actividades parroquiales no se aleja de Sísifo, en cuanto que hace un esfuerzo por mantenerse en la esperanza, de una vida en la que no cree, o Ángela le pone como un mártir al creer que se murió no creyendo, que en el fondo creía sin saber realmente.

En Camus tenemos el sentimiento del absurdo, el juzgar si la vida vale o no la pena de ser vivida, en Unamuno el sentimiento trágico de la vida, apostar por sentir la Conciencia del Universo. Mientras Calígula quiere lo imposible, quiere la luna, y la persigue sin conseguirlo, hasta el grado que parece estar fuera de sí, hace lo que quiere, como hombre libre no teme ya transgredir las leyes mortales o los acuerdos. El otro de Miguel de Unamuno, fuera de sí en un raptó de la conciencia yo no se reconoce, o más bien reconoce que es el mismo desde que nació, la locura que le ha llevado a perseguir la muerte reconoce que un muerto le llevara a la muerte propia, su hermano gemelo ya muerto se le parece hasta en el estado de mortalidad. Ahora sabe que no debió matarle, en ese acto se terminara matando a sí mismo.

La voluntad de perseverar en Miguel de Unamuno va de la mano con la libertad, conservar la conciencia ante todo peligro o circunstancia, el problema de la conciencia humana su conservación y perseverancia son el sentimiento trágico de la vida, la contradicción de la cual vive la vida humana, unas veces reconociendo que la vida se acaba, se extingue y es necesario vivir sin ahorro y otras bajo el reconocimiento de la incertidumbre de lo que pueda deparar al destino humano, deseando que haya vida y continuación de ésta después de la muerte. Si es absurda la creencia en la vida inmortal, le reconoce cierta irracionalidad y la necesidad de ella, pues hace vivir, promete vida después de la muerte y ofrece a partir de un sentimiento teleológico o religioso y la esperanza, si la incertidumbre es la fuente de la razón el deseo de inmortalidad lo es del corazón.

Así la eterna esperanza de más vida, se enfrenta a la incertidumbre de que tal vida sea garantía, el ¡quién sabe! De Miguel de Unamuno integra las dos posibilidades tanto lo trágico de la existencia como la esperanza de abrigar la creencia. Así la afirmación o negación no es definitiva. No podemos saber ni de la completa mortalidad, como no podemos saber de la inmortalidad del alma. Y la acción del hombre es frente a ese destino humano, que por momentos se siente conducido a un callejón sin salida y otra es capaz de alcanzar el infinito, y conservar lo finito y lo infinito es lo que hace a un hombre ser consciente. La promesa de más vida ha sido la constante dentro de la religión de San Manuel bueno, pero así como esa promesa sustenta la religión y promete un porvenir, el esfuerzo de la conciencia es el de hacer del pasado porvenir, mientras el presente el instante que contiene la posibilidad el sentimiento trágico de la vida del hombre de carne y hueso.

El intento de afianzar la creencia nos conduce por la zozobra de la vida existencial, no podemos aun cuando queremos ser acreedores a la vida después de la muerte. Sí el consuelo de haber nacido se llora como San Manuel es porque desesperar es la relación del hombre consigo mismo de Kierkegaard, como no se encuentra a sí mismo desespera. Y en el San Manuel, el casi santo se entristece hasta la muerte por no alcanzar la fe que dispone del premio de la inmortalidad del alma, al solidarizarse y ayudar a los demás reconoce que sabe de manera inmediata que su muerte es inevitable, que el consuelo que ofrece no es suyo, que el hombre no se salva a sí mismo. Pero que si puede vivir de manera que agote las posibilidades de la existencia.

La vida del hombre es existencial en la medida que reconoce sus límites proyecta y busca un propósito para la existencia. No rehúye y menos se apoca en el enfrentamiento, es decir, no niega su ser para la muerte, su relación y consideración con esa certeza le hacen actuar humanamente, si

hay que elegir entre el todo y la nada, es preferible ser sí mismo, hombre de carne y hueso, ser en la desdicha, en la pena y en la alegría, la felicidad y desde la existencia.

Coda

Desde los tiempos de la antigüedad se ha exaltado la pasión vital del pensamiento, la búsqueda incesante de sentido nos ha llevado por los senderos más arduos y el esfuerzo de la conciencia por ver debajo o más allá de la apariencia. El sentimiento teleológico, el para qué de la conciencia ha sido un punto de referencia en la existencia humana, la apuesta por ser de manera auténtica, única e irrepetible, reconocer que la vida es sólo de quien con toda clarividencia tiene y da conciencia de sí mismo, el hombre, no como una consideración abstracta sino concreta. El pensamiento vital que ratifica nuestra condición carente de infinitud, nos deja en el camino de realizar la existencia desde el mundo, anhelar es tan humano como claudicar acerca del destino individual, y personal. La preocupación por el ser del hombre ha ocupado a todos los tiempos, darle finalidad al mundo desde la conciencia, salvar la conciencia con el propósito de pensar para existir. La inquietud por la eternidad siempre ha sido un tema tan arcaico desde que se ha puesto como accesible a la vida humana, entran en juego no solo la conciencia sino también el cuerpo, el espíritu, el ser del hombre que sabe que la única certeza le empuja a buscar, que esa búsqueda es su vida misma. Si necesita de la eternidad es porque no puede lo que quiere, y el deseo o apetencia volitiva y sentimental de más vida, de continuación no tiene nada de racional, sale de los límites de la razón y como tal da posibilidad a la fe.

El sentimiento trágico de la vida es la moral de la lucha por conservar la conciencia, el cuerpo, así como el espíritu, la libertad va aparejada con la voluntad de no querer morir, querer no morir como esencia actual del hombre y como punto de partida de la filosofía. El problema de la conciliación de lo sentimental y afectivo con lo racional. La base y fuente de la existencia es el sentimiento respecto a la vida misma, este sentimiento

teleológico y religioso ofrecen un consuelo ante la evidencia de haber nacido, la condición silente de que es lo mejor no saber respecto a nuestro destino. Y mejor vivir en unanimidad de sentido. No podemos hallar resolución para el problema del destino del hombre, de ahí que lo más humano es desear, querer, conocer, dudar y apostar. Si el problema tuviera solución -de ahí la renuncia desesperada a dar solución al problema- el sentido y el propósito de la existencia terminarían con la vida, de ahí que el sentimiento respecto a la vida es trágico.

La consideración de Miguel de Unamuno acerca del hombre de carne y hueso, del ser con capacidad de concebirse como ser libre, libertad entendida como condición de posibilidad de un ser existente que puede concebirse como ser libre, nos dan de la misma manera la sustancia del hombre, su esencia; no querer morir, justo de aquí se puede comprender que el deseo, el amor a la vida es el fundamento del sentimiento trágico de la vida. El deseo y la finalidad de la vida es la perseverancia de ésta, pero la finalidad de la vida se enfrenta con la incertidumbre de dicha perseverancia. El sentimiento trágico de la vida es el encuentro sin fin entre el deseo por perseverar y el escepticismo por alcanzar la perseverancia de la conciencia después de la muerte. El hombre ha buscado el sentido para su existencia, y Unamuno lo encuentra en la finalidad, en el para qué de la vida, ese para qué es la perseverancia del ser del hombre, con la posibilidad de trascender su condición ante su indeterminación. La moral es de lucha por la perseverancia de la conciencia, la agonía por la existencia se realiza desde un reconocimiento, si la perseverancia no parte de la vida o no es una continuación de ella, no es nada o es como si no fuera.

La voluntad de no morir, el anhelo de querer seguir siendo, como la indeterminación del ser del hombre dan posibilidad a la fe, el límite de la razón entendida como aquella que niega la perseverancia de la conciencia,

del alma, o que incluso en sentido estricto no pueda formular el problema del destino personal para después de la muerte, la razón para Unamuno como facultad es aniquiladora de la conciencia, de ahí que la imaginación permite crear, la duda es lo racional, la creencia en la persistencia es la fe, como tal es contra racional, como lo racional anti vital. La agonía de Unamuno es por la perseverancia de la conciencia para después de la muerte, el hombre de carne y hueso se rebela ante lo que lo aniquila, como ser con conciencia elige la conservación de la conciencia incluso frente a la muerte. Unamuno comprende el desgarramiento de la existencia humana en el riesgo de la nada, de ahí que es mejor aspirar, apostar por el todo, y justo en la Conciencia Universal pone su mirada, el camino es un continuo acercamiento en pugna por ser.

Si pudiéramos hablar de un destino en el hombre este habría de entenderse como la libertad, en el entendido de que forzosamente está obligado a elegir. La esperanza del hombre por medio de la vida, su continuación y su conservación, la fe como posibilidad de la vida íntima del hombre mantiene el lazo con lo que Unamuno ofrece como la esencia de la cosa, ese esfuerzo que pone en seguir siendo, la esencia del hombre es no querer morir. Unamuno muestra el camino de la fe como camino para la salvación de la conciencia. El pensamiento contradictorio, es decir la afirmación de la vida y diciendo que el valor que se le da en el mundo no es el verdadero, poniendo el sentido teleológico de la vida como la inmortalidad de ella, son la condición de una existencia, el problema vital, el de la perseverancia del alma para después de la muerte se convierte en la apuesta por la eternidad. La esperanza de la vida para después de la muerte, la muerte total de la conciencia se resume en el sentimiento trágico de la vida, en un ¡Quién sabe...! Acerca de las dos posibilidades. Justamente por eso se muestra una esencia con la moral de batalla por la conciencia, por la existencia, por la vida consciente.

La tragedia de la existencia radica en no poder creer en esa perduración de la vida aun cuando el empeño por lograrlo no sea logrado, en la angustia por mantener el consuelo de haber nacido, desde esta perspectiva lo trágico en el pensamiento de Miguel de Unamuno deja al hombre la posibilidad de elegir la incursión del problema de la conciencia. Sentir la vida es sentir la perduración, continuación y la posibilidad de romper los límites, sabiendo de antemano que la lucha tiene como límite la muerte, el hombre tiene pues en su haber, en su obrar, en el propósito que elija agotar sus posibilidades. El hombre sustantivo, quiere, desea, ama, vive, sufre, muere. Pero con la congoja encontramos, la libertad, la felicidad, la lucidez, el amor por el aquí y ahora, la conciencia de que si no se es desde aquí y ahora, si no se desespera, es decir si no se deja de esperar y se pone en el esfuerzo, en la vitalidad no se puede esperar para después de la muerte.

La tragedia de la existencia es no sumirse, negar el aspecto y reconocimiento de lo terrorífico, de lo que muestra como aniquilación de la conciencia, la existencia por su parte tiene en sus manos agotar todo lo que es, tragedia y existencia del hombre que no quiere morirse y que sin embargo sabe que ha de suceder. Que aspira al Ser, pero que sabe que no puede ser sí mismo si no sufre desde su condición primordial, vivir significa sentir la vitalidad, los estados contradictorios, la angustia por ser infinitamente, la felicidad, la libertad de ser va aparejada con la voluntad de perseverar la conciencia. Ser hombre es ser existente, esto es agotar todo lo que es, no después, no antes de ser, sino justo aquí y ahora.

Bibliografía

I. Obras de Miguel de Unamuno.

- De Unamuno, Miguel, *Del Sentimiento Trágico de la Vida., Agonía del Cristianismo*, Porrúa, México, 2003, pp. 309
- _____, *Paz en la Guerra*, Alianza, Madrid, 2009.
- _____, *Amor y Pedagogía*, Alianza, Madrid, 2001.
- _____, *Vida de Don Quijote y Sancho*, Alianza, Madrid, 1987.
- _____, *El Espejo de la Muerte*, El libro de bolsillo, Alianza, Madrid, 2009.
- _____, *Niebla., Abel Sánchez., Tres Novelas Ejemplares y un Prólogo*, Porrúa, México, 2011.
- _____, *Divagaciones de un Confinado*, Artemisa, Canarias, 2007.
- _____, *El Otro*, Aymá, Barcelona, 1964.
- _____, *La Esfinge., La Venda., Fedra*, Castalia, Madrid, 1987.
- _____, *San Manuel Bueno, Mártir, y Tres Historias Más*, Espasa-Calpe, Madrid, 1933.
- _____, *Entorno al Casticismo*, Calpe, Madrid, 1979.
- _____, *Andanzas y Visiones Españolas*, Espasa Calpe, Buenos Aires, 1941.
- _____, *Por Tierras de Portugal y de España*, Espasa Calpe, Madrid, 1955.
- _____, *Cartas de Alemania*, FCE, Madrid, 2002.
- _____, *Antología*, FCE, México, 1971.
- _____, *Obras Selectas*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1986.
- _____, *La Tía Tula*, Alianza, Madrid, 1987.
- _____, *San Manuel Bueno, mártir*, Alianza, España, 1985.
- _____, *Del sentimiento trágico de la vida*, Losada, Buenos Aires, 2008.

- _____, *Inquietudes y Meditaciones*, Espasa Calpe, Madrid, 1975.
- _____, *Soledad*, Espasa-Calpe, Madrid, 1981.
- _____, *El otro, El hermano Juan*, Calpe, Madrid, 1975.
- _____, *La dignidad humana*, Calpe, Madrid, 1976.
- _____, *De esto y de aquello*, Calpe, Madrid, 1973.
- _____, *Contra esto y aquello*, Calpe, Madrid, 1980.
- _____, *El caballero de la triste figura*, Calpe, Madrid, 1963.
- _____, *Ver con los ojos y otros relatos novelescos*, Calpe, Madrid, 1973.
- _____, *Monodialogos*, Calpe, Madrid, 1972.
- _____, *La vida literaria*, Calpe, Madrid, 1967.
- _____, *Viejos y jóvenes*, Calpe, Madrid, 1980.
- _____, *Soliloquios y conversaciones*, Calpe, Madrid, 1975.
- _____, *Nuevo mundo*, Trotta, Madrid, 1994.

II. Obras complementarias.

- Abbagnano, Nicola, *Diccionario de Filosofía*, FCE, México, 2008. Álvarez, Mariano, *Unamuno y Ortega; La búsqueda azarosa de la verdad*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2009.
- Blase, Pascal, *Pensamientos*, Sarpe, 1984.
- Borzoni, Sandro, *Miguel de Unamuno, De la Desesperación Religiosa Moderna*, Trotta, Madrid, 2011.
- Camus, Albert, *El mito de Sísifo*, Alianza, Madrid, 2006.
- _____, *Obras*, 1. *El Extranjero*, Alianza, Madrid, 2013.
- _____, *La muerte feliz*, Alianza, Madrid, 2014.
- Ferrater Mora, José, *Diccionario de Filosofía*, Editorial Atlante, México, 1941.
- Fraijó, Manuel, *Filosofía de la Religión Estudios y Textos*, Trotta, Madrid, 2001.

García Bacca, Juan David, *Nueve Grandes Filósofos Contemporáneos y sus Temas: Bergson, Husserl, Unamuno, Heidegger, Scheler, Hartmann, W. James, Ortega y Gasset, Whitehead*. Anthropos, Barcelona, 1990.

García Nuño, *El Problema del Sobrenatural en Miguel de Unamuno*, Encuentro, Madrid, 2011.

Gullón, Ricardo, *Autobiografías de Unamuno*, Grados, Madrid, 1964.

Jean Cassou, *Retrato de Unamuno*, Porrúa, México, 2008.

Malishev, Mijail, *Vivencias Afectivas y Actitud ante el Existir (amor, envidia, culpa, muerte, fe y deber)*, UAEM, Toluca, 2001.

Moreno, César, *Fenomenología y Filosofía Existencial tomo II*, Argentina, 2000.

Padilla Novoa, Manuel, *Unamuno, Filósofo de Encrucijada*, Ediciones Pedagógicas, Madrid, 2001.

Pérez-Borbujo, Fernando, *Tres miradas sobre el quijote: Unamuno, Ortega, Zambrano*, Herder, Barcelona, 2010.

Poncela, Serrano, *El Pensamiento de Unamuno*, FCE, México, 1964.

Ribbans, Geoffrey, *Niebla y Soledad; Aspectos de Unamuno y Machado*, Grados, Madrid, 1971.

Rubio Prado, Francisco, *Unamuno y la Vida como Ficción*, Gredos, Madrid, 1999.

Savater, Fernando, *Sin Contemplaciones*, Ariel, México, 1996.

Søren, Kierkegaard, *Temor y Temblor*, Altaya, Barcelona, 1994.